

JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. Nació en Madrid en 1926. Cursó estudios en la Facultad de Letras de Madrid. Dirigió el Teatro Estudio Universitario, participó como actor en el Teatro Nacional de Cámara colaboró en *Radio Madrid*. Sin embargo, las experiencias teatrales se vieron reemplazadas muy pronto por las del cine; Fernández Santos fue el guionista y director de una nutrida serie de documentales sobre la cultura artística y literaria española y, al mismo, tiempo crítico cinematográfico.

Publicó tres cuentos en la *Revista española* pero su nombre, inevitablemente, está unido a su primera novela, *Los Bravos* que supuso el modelo de la posterior novela testimonial y de crítica social en la España franquista, al lado de escritores como Juan Goytisolo, Rafael Sánchez Ferlosio y Luis Martín Santos.

En 1970 obtuvo el Premio Nadal por el *Libro de las memorias de las cosas*.

La novela *Extramuros*, de 1979, le valió el Premio Nacional de Literatura y fue llevada al cine por Miguel Picazo en 1985, también se hicieron adaptaciones cinematográficas de *Llegar a más* (1964), dirigida por él mismo, y *Los jinetes del alba* (TV) (1990), dirigida por Vicente Aranda.

Murió en 1988.

Jesús Fernández Santos



La que no tiene nombre

Título original: *La que no tiene nombre*
Jesús Fernández Santos, 1977

Domingo de cuaresma; como siempre, tiempo de nieve sobre la cordillera rutilante ya desde principios del invierno. Los autos se suceden despacio con su liviana carga de colores, con sus esquís en lo alto, rumbo al nuevo teleférico recién inaugurado en la línea divisoria.

Los que no suben hacia la cordillera se apartan buscando caminos secundarios. Cerca está la capilla con los escudos que cantan o recuerdan la muerte de la Dama, ese paso truncado en las afueras que, cada año, los niños rememoran. En la explanada, a la vez jardín, ante la puerta principal que la preside, que no da al camino como los escudos, se ha alzado una tarima con nuevas cruces y telas algo raídas ya que el viento frío parece ir a rasgar definitivamente. Las niñas visten blancas galas de primera comunión y el muchacho que interpreta el papel del caballero calza sus medias marrones remendadas. La aldea toda, las calles y los modestos arrabales se hallan a tope de automóviles. Alguna que otra máquina fotográfica surge de su funda complicada y el zumbido de un par de tomavistas atrae la mirada en torno mientras sus dueños parecen implorar de lo alto un poco de sol a las nubes cargadas de relieves opacos.

—¿Cree usted que nevará?

El compañero de fotómetro mueve, dudando, la cabeza.

—No es una luz tan mala. ¿Lleva usted blanco y negro?

—Color… Solo traigo una máquina.

—Yo siempre llevo dos y el *flash*. Me gusta a veces hacer interiores.

—Lo que no entiendo es cómo esas chicas no se hielan.

—La costumbre. Yo les he visto hacer la comedia nevando.

—Hoy poco va a faltar. Ya me veo poniendo las cadenas.

—Aquí no es nada. Quisiera ver arriba, en la montaña. En la

sierra quiero decir. Eso sí que es vivir pendientes del tiempo.

—Yo creí que solo habría caseríos.

—Y caseríos son.

—Pero vacíos.

—Siempre hay alguno que no quiere marcharse.

—¿Por qué?

—¡Vaya usted a saber! —se encogió de hombros.

La función comienza mal, con la salida en falso de las niñas, que el joven párroco, cada vez más nervioso, intenta repetir sin esperar a que la adolescente que hace el papel de Dama se halle presta. Su vestido es más largo, más rico que los otros. Lleva flores bordadas y cenefas en la camisa, en el rodete que cubre sus cabellos recién lavados, cepillados, cardados con espuma de cerveza.

Las madres, con su afán de borrar pliegues y arrugas, entorpecen aún más el trabajo del párroco, que lucha por poner a punto los altavoces. Su voz, protagonista principal, casi tanto como la Dama, dice ya el «uno, dos, hablando» de ritual, en tanto los espectadores beben coñac de botellas escondidas en los abrigos y chaquetones de colores.

—Por aquí llaman «solitario» —continúa el de las dos máquinas, mirando la cordillera, más allá de los tejados— a todo el que por su gusto se queda allá.

—¿Por gusto o por necesidad?

—Por vanidad, por tercos, por orgullo.

—¿Y si hay más de uno? Si son dos, ¿qué pasa? Por lo menos se ayudarán…

—No lo crea. Cada cual cuida su casa y en paz. Si le pregunta por el otro hágase cuenta de que no existiera. Yo conozco a unos cuantos. Hasta tiré con ellos unos cuantos rollos, pero en verano, claro. Viéndolos luego en casa, nadie se explica cómo pueden vivir tan cerca sin tropezarse. Hace falta estar mal de la cabeza.

—¿Ni siquiera en invierno?

—En invierno todavía menos —señalaba las blancas cuestas—. Allí cuando nieva es de verdad.

Ya la música, tras mucho vacilar, empieza. Las niñas, en hilera, al compás que el altavoz les marca, aparecen bajo el pequeño soportal, camino de la explanada, dispuestas a ocupar su lugar en torno a la Dama. Tras ellas, el cierzo arrecia por encima de las

cumbres cenicientas.

Ya no se oye el runrún de la máquina. Quizás le falte gasoil o encontraron una lastra más dura o lo dejaron para otro día como tantas veces. No llega ese rumor de irse a echar a volar de las cadenas patinando como al pie de una cuesta demasiado pina. No llega ese rumor del espolón girando, atornillando en la nieve. Cuando calla, viene el golpear de las gotas en el patio, del agua sobre las pizarras y las losas. Viene también la voz seca, rencorosa, del gallo torciendo el cuello hacia el cielo, tanteando con las uñas los restos de caliza enterrados. Las gallinas deben de ser, como siempre, cinco o seis bolas de plumón, en la penumbra y arriba, donde él río nace, se alza a ratos el oscuro lamento de los grajos. Viene el olor de la montaña de estiércol que la humedad del otoño hizo vivir de nuevo, el aroma de los urces que arden en la otra casa, vecina de la iglesia, semioculta, reconocida apenas, al amparo de los álamos.

La máquina no viene, no se acerca. La radio dice como siempre que sigue trabajando, pero ahora no se mueve, no debe moverse. Quizás alguna de sus palas se averió o se quemó el motor, quien sabe. La radio suena todavía, en cambio. No hay parásitos, ni cables de la luz, ni motores cerca. Trae de la capital de un mundo remoto, casi olvidado ya después de tantos días, noticias vagas del tiempo, sin anuncio de si al fin acabará la nieve que todo lo cubre y rodea. Es preciso ahorrar pilas por si acaso, por si vuelve a hablar de la máquina y sus hombres, encenderla solo de noche, aunque no siempre sus noticias sean ciertas. Dice que vienen hombres espalando por delante de la máquina, abriendo paso, pero ella sigue lejos, callada, muerta con su gran hélice inmóvil y sus hombres de permiso, incluso el que la lleva. La luz del frío, ese relámpago helado, continuo de la nieve, llena la alcoba, mata las grietas, la desigual superficie de sus cuatro paredes, las vuelve de cristal sucio y oscuro, como los lagrimones de los vidrios y ese aliento tenaz, regular, que retumba en los bronquios y rasca la garganta.

El río debe correr debajo de su pesado caparazón centellante que unas veces se mantiene firme, como un puente total entre las dos orillas y otras choca consigo mismo a lo largo de islotes que se

licúan de día en cuanto rompe el sol, para volver a fundirse con la helada. Incluso el salto, arriba donde el río se precipita entre los álamos, casi al amparo del soportal de la iglesia, aparece con sus barbas de hielo, como tirabuzones, que se enroscan y enredan entre sí y que en ocasiones, sin saberse por qué, se derrumban con estrépito en la gran lastra helada a sus pies, llenando el aire de ecos remotos y astillas relucientes. Desde que el sol amaga en la gran ventana cuadrada de la sierra, esa puerta que parece cortada en el basalto, todo el río se mueve, se agrieta y vibra, se diría que comienza a vivir, pero solo por unas horas, lo que dura arriba ese sol de uñas, tibio y frío, lo suficiente para moverse un poco, correr un poco y detenerse hasta el día siguiente. Es todo lo que se puede hacer: calentarse y mirar hacia la sierra; intentar descubrir qué consigue el amigo, siempre a vueltas con su larga escopeta, inmóvil entre las manchas oscuras de los cistos. Calentarse, mirar, intentar moverse un poco, en tanto que el sol dura, volver a encerrarse para hacer la comida.

Una tan solo al día. A eso ya se acostumbró mucho antes de que la nevada cerrara abajo el paso de las Hoces. Nunca desde que la guerra terminó, ni mucho antes se conoció nieve peor que aquella, tan espesa, tan dura, tan violenta. Nadie la recuerda igual, ni siquiera abajo, donde la gente vive, donde también amenaza de cuando en cuando, sobre el río menos bravo, sobre tierras más rojas, dividiéndolas en fértiles tierras y abiertos prados.

Tres hijas tenía un noble
todas tres como la plata.
Dijo un día a la pequeña:
«Tú has de ser mi enamorada».

Dama quiere decir señora o concubina, criada o ese animal que se parece al corzo, de ancas blancas, vientre pálido y lomo oscuro, de cabeza orgullosa y cuerna como vencida por el viento.

Nada de esto era la Dama entonces. Si alguno me pregunta, yo le responderé: mi dama se llamó Juana García, nacida en Arintero, muerta en La Cándana, en tierra de León, a su vuelta de Toro, donde luchó, en su toma, a favor de los Reyes.

Mañana de domingo volvía de la iglesia con sus dos hermanas por la senda que sigue junto al río, ese río que se alza en remolinos oscuros cuando la gran ventana de la sierra bufa en lo alto dejando

paso a los primeros envites del cierzo.

Bajaban las tres; era otoño y el viento enredaba su pelo, desde el recto paso de la nuca hasta la cruz de las espaldas, de la nuca a las sienes, adornadas a veces con coronas de plomo y a veces con guirnaldas. El viento se abrazaba, prieto, a las tres como un buen padre, las ceñía con su manto de niebla, las empujaba, camino abajo, a lo largo del agua que ya alzaba su voz más allá de laureles y jaramagos.

Tras la última venían los mendigos, torpes, ciegos, lisiados que poco a poco se acababan rezagando. Entre aquella mancha ocre, turbia, plañidera, las tres brillaban bajo el sol, sobre el barro del sendero, como arriba, en los picos vecinos, las primeras nieves, ajenas a los turbios carrizos, a remotos canchales desolados. Las tres reían, se perseguían, se empujaban; una traía la llave del arcón de la casa, otra la del aceite de la lámpara que nunca debe dejar de lucir, la pequeña solo el pañuelo blanco, regalo del padre.

Según iba quedando el camino detrás, según se iba borrando la silueta gris y torpe de la iglesia con sus cruces en torno y su macizo campanario, con su puente de madera sobre el salto clamoroso, abajo iba naciendo la otra mole almenada alzada con los fustes, las basas y derribos de otras casas mejores, levantada con colores de diversas canteras, viejas y nuevas, crecida sin rigor, ni sentido, a expensas del capricho o las necesidades que cada día volvían a trazar muros y huecos, bóvedas y ventanas.

En lo alto, sobre la puerta que nunca se cierra, está ese escudo que nada dice, que no aclara linajes, ni fechas, ni fuerza de sangre, cuya única figura armada cabalga apuntando con su lanza al camino que la casa defiende, hermano del río, que con él nace y baja, desde la cordillera hasta la tierra, más rica y llana, tras cruzar el laberinto de las Hoces. Allí la tierra es roja, casi cárdena; el río y el camino se ensanchan, se vacían. Arriba, en cambio, donde ambos nacen entre circos de caliza y derrumbes sombríos, el río que se asoma a los pastos por vez primera en grandes ojos planos de pupilas inmóviles, va rompiendo poco a poco su cerco de césped azul, de genciana y violetas, hasta crecer en lagunas silenciosas. El camino duda con él, busca también los pasos mejores, va ganando batalla tras batalla sobre las que a su orilla se sucedieron desde que fue trazado, tallado, horadado, tendido a lo largo de taludes y

gargantas, sobre arcos ya en el puro esqueleto, entre avalanchas de cascajo, laberintos de aguas remotas donde el cielo tan solo se adivina con el sol en lo alto en los días de viento.

Este camino hermano del río, de su voz y sus tumbos violentos, guardaba la casa almenada de las tres hermanas. Las aldeas quedaban lejos, escondidas en torcas y vaguadas, agazapadas, iguales a la grava o la ceniza, al blando manto de oropéndolas y helechos, solo visibles en el humo, solo vivas en él, en los cantos de los gallos, en el golpe del hacha o el eco de la poda. A todas ellas como al camino, servía de guardián la casa del escudo que nada dice, que nada cuenta, hacia donde las tres se encaminaban.

Como el agua, la corriente del río, a ratos tranquila y a ratos bulliciosa, así bajaban por el sendero las hermanas.

Ahora que el guarda no viene, ahora que no llegará, el campo es libre, libres los rastros, las liebres, los conejos. Incluso un corzo o puede que una dama y, por supuesto, los rebecos. Hace años allá abajo donde no hay hielo ahora, donde tan poco dura aun sin auxilio de la máquina, bajó un oso durante una fiesta, se dio de cara con unos cuantos que salían del bar. Todos huyeron y el animal también. Se fue, desapareció entre los avellanos y no hubo nada. Cuando volvió la gente con las escopetas, el animal ya debía andar monte arriba entre las hayas. El guarda dice que no atacan al hombre, lo asegura la radio y allá abajo la televisión. También dicen que no atacan los lobos. Y sin embargo, muchas noches se acercan con su quedo paso. Muy de mañana aún aparecen blandas las pisadas de la manada o la pareja. Se les oye cruzar camino de los hatos, husmeando la nieve, venteando el cierzo desde los escalones de la iglesia, apuntando el morro hacia los dos huecos en lo alto, trotando luego al amparo de los álamos, el macho y la hembra juntos como buenos compadres. Se les siente a lo lejos, como perros hambrientos, seguir rastros remotos en la nieve. Sobre la mancha oscura de los derrumbaderos tienen lugar sus luchas y sus celos para luego alejarse por la derrota que les lleva hasta la venta. Allí desde la primavera, como en las otras dos casas a lo largo de año, hay buen fuego que el dueño mantiene encendido desde muy temprano y un buen fusil con el caño tan largo que con

carga de postas no marra el tiro a una distancia de cien pasos, Lo saben y como aprenden pronto, nunca se acercan a la luz del día. Solo de noche, pero el dueño ha comprado cerrojos alemanes que le ponen todo lo suyo a buen recaudo. Cuando ya no hay más luz que el brillo de la nieve, la manada espera inmóvil hasta que el resplandor va borrando sus sombras, y el cierzo de la ventana que allí se abre en un quicio enorme, les eriza los pelos sobre el lomo. Claman, se diría que esperan pacientes a que una puerta se abra, a que el cierzo, a fuerza de golpear, acabe derribando los postigos podridos de las cercas. Pero el dueño lo sabe. A él la nieve nunca le sorprende, porque vive en la nieve, porque la tiene encima desde mayo hasta octubre, los seis meses que dura el arriendo de la venta. No tiene más que esperar, solo comer, dormir y esperar a que arriba la ventana del cierzo deje pasar el sol, retumbe el río y su costra sucia y pesada se estremezca. A causa de los años ya apenas necesita su pareja; tiene su luz, y su bodega bien provista; para él esta nieve tan larga, tan pesada ni le asusta, ni le apresura. Mejor hacer como él en tanto dura este tiempo de libertad para la caza. Un tiro o dos y volver al calor, no como el otro siempre del corral a la casa, echando el grano al gallo, contando las gallinas. Mejor andar un poco aunque los años pesen tanto como la nieve, quemar unos cartuchos antes que la manada dé cuenta de los corzos y las liebres. El invierno anterior, sin tanto frío, alcanzó a ver a un gamo con los prismáticos. Andaba junto a la charca más allá de la venta; lástima no llevar el fusil del dueño. Imposible acercarse ni siquiera unos pasos en aquellos barrancos sembrados de cascajos. Imposible tirar desde aquella distancia. De todas formas, el viento cambió, y el animal alzó el morro de pronto, volviendo el testuz, dio un salto, un vuelo sobre aquella laguna y en un momento era un punto, la sombra de una nube perdiéndose a lo lejos. Lo que más recordaba era ese vuelo, como si un viento repentino de la ventana le pegara en la panza, le hiciera flotar sobre los cardos y los cistos, no como los rebecos, desconfiando siempre, temiendo siempre, con la huida calculada de antemano.

Ahora que el otro andará espalando la nieve o recogiendo su cosecha diaria en los nidales del establo, mejor echarse al hombro la escopeta pequeña, gastar la pólvora, estirar algo las piernas antes que la humedad y el frio vengan a entumecerlas, seguir los rastros

que la nieve hace fáciles aunque las liebres tengan carne tan dura, carne al fin fresca, en este tiempo que, bien aprovechada, mata el hambre y la monotonía. Comen carne de muerto, pero ¿dónde están los muertos ahora? ¿Dónde aquel bajo la tierra del corral? Deben tener los huesos igual que las maderas de las casas y la carne como la paja que el cierzo quema o como el musgo que oscurece las lábanas pesadas de su huerto de cruces en lo alto. Para llegar a ellos es preciso acomodar el pie con cuidado, tentar el suelo de pastos invisibles y agua escondida antes de seguir adelante; resbalar, alzarse, sacudirse el polvo helado de la ropa y las cejas, mirar en torno sin querer, como si alguien, la liebre, esos grajos que cruzan planeando, fueran testigos, estuvieran a punto de burlarlo. Levantarse y seguir, calentarse las manos heladas a pesar de los guantes, resbalar otra vez, maldecir la idea de no traer las botas, de calzar estos chanclos gastados.

La liebre va saltando entre juncos y zarzas con un suave golpear de sus ancas escuálidas, con su pelaje feo y ralo, atenta a la voz del río y al rumor de las pisadas. Cuanto más sube por la senda pelada de la iglesia, más se esconde, más torpe se alza sobre el barro. Ahora, junto al salto de las agujas inmóviles deja caer sobre el lomo las orejas y se estira dejando atrás sus zancas, como el cadáver de un hombre desmedrado. Entre las losas rotas que los aleros no defienden, aún asoman los tallos de genciana. Aún no acabó con ellos y ya siente por primera vez a sus espaldas el rumor mullido de los chanclos. Se alza, mira hacia el porche, gira, resbala y se estrella sobre los escalones alzando un polvo gris en torno, intentando dispararse, metiendo todo su cuerpo a duras penas entre las chapas rotas de la puerta que cierra el rincón cercano.

Ya viene ese rumor espeso, ya se acerca sin titubeos, sin prisa, seguro, acompasado, en el silencio helado. A ratos toma resuello, golpea el arco curvo y vibrante de las zarzas o chapotea en el barro que aflora y cede, que arrastra el agua aliviando el perfil de la montaña. Ahora llega al pie del porche, ante la puerta encadenada, que nada cierra, que deja ver la luz opaca del interior a través de la gatera.

Se detiene por un instante. El rastro se pierde en los cinco escalones rotos donde resuena ese gotear continuo que es la voz del invierno, ese rumor en el que a veces falta una nota que es la voz de

la nieve hasta la primavera. La puerta de hojalata que encierran un rebaño de cruces hundidas, recostadas unas en otras, no cede fácilmente, también se defiende con su cadena demasiado robusta para tan débiles hojas roídas por el cierzo, por donde asoma en verano el verde mate un poco sombrío de los helechos. El rastro sigue claro allí, cruza casi diagonal desde la cerca que es preciso saltar hasta el rincón en donde se adivina la madriguera con el animal temblando, palpitando. Un buen fuego le haría salir pero no hay leña seca y tampoco se puede esperar oyendo cómo las ramas de los chopos crujen a punto de estallar, solo de frío, ahora que está calmado el viento. Mejor intentarlo en otra ocasión. Mejor volver a casa como el otro, aunque el otro es más viejo, menos activo pero más curioso. Seguramente a esa hora le espía desde la ventana esperando quien sabe qué muerte, si la del cazador o la otra, más modesta, de la liebre.

Y allá en lo alto, al amparo de la almena brotada de la humedad del río, los ojos del padre vigilaban. No diré qué pensaba, pues la canción lo dice, lo dijo cuando la Dama partió arrastrándome consigo por el sendero que bordea la montaña. Escuchaba, más allá del rumor del otoño, ese ruido del agua que retumba en los pozos, ese suspiro suave de hojas barridas por todos los caminos como pájaros muertos, el rumor de las risas y voces que se venía acercando.

Por el camino venta
la Dama hacia su lugar
con peines de oro en la mano
para su pelo peinar.
Con ella van sus hermanas
con muy alegre platicar.

A espaldas del padre, otro murmullo preguntaba el porqué de su silencio, de tantas noches hoscas, interminables, del abandono de la casa, del propio lecho vacío y revuelto. Y aquellos ojos que apenas parecían ver, aquellos labios apenas entreabiertos se cerraban aún más, temblaban cuando ya las tres hermanas cruzaban bajo el escudo que nada dice, franqueando las puertas que nada cierran.

Las tres llegaban y en tanto el alboroto de las voces proseguía en

la cocina en torno a ellas, fuera, el padre espiaba a lo lejos entre la sombra de los avellanos, la sombra de su orgullo buscando una respuesta al agrio comezón que iba anidando en él, brizna a brizna, miseria tras miseria. A poco pedía el caballo y se perdía entre los urces, monte arriba, con las bridas en la mano izquierda y en la diestra, en su puño enguantado de cuero, el viejo halcón de la oscura caperuza.

Ese halcón baharí de ojos profundos, de dedos largos y uñas tan fuertes como el pecho, dormido a medias, vio un día aquella mano que ahora lo mece al compás de sus dos cascabeles, posarse sobre el pecho de la más joven de las tres hermanas como jugando, acariciándola. El halcón que se mece al compás del paso del caballo vio los ojos del padre y también estremecerse la pequeña, una mano muy cerca de la otra mano, pupila con pupila, boca con boca, más allá de los labios, hasta huir la muchacha por la escalera del patio verdinegro. Ahora el padre iba dejando tras sí un cielo cargado de haces dorados como el recuerdo de aquel patio con su aljibe sonoro, sombrío, unas veces a rebosar de agua de lluvia y otras mediado por el flujo del río. Quizás pensaba en el otro tibio camino cerrado, estremecido en un principio, abierto, vencido luego, en aquel secreto mar, él, que el mar no conoce, alzado agraz vuelto a la calma en susurros vacíos y suspiros violentos, en el gran lecho de nogal a la noche cuando el silencio duerme a su lado, llora o respira en palabras que ruegan, se incendian, se consumen, como a sus pies, las brasas de la lumbre.

El padre se deja mecer como el halcón. Como un olmo presto ya a desmoronarse parece hundido en sí, en la corteza de su piel vieja y dura que apenas debe sentir, que ni al alba renace. Recuerda sus años consumidos no en guerras sino guardando un paso por donde nunca vino sino gente de paz cuya única razón era su miedo y sus manos su mejor postura. Con su halcón en el puño, al compás de los dos cascabeles que son prima y bordón, acaricia las plumas ya gastadas y viejas. No ha visto la bandada de palomas que se alza de repente, gira y bate el aire. Ha olvidado quitar al animal la caperuza, correr el fiador, y la bandada se aleja rumbo a los bosques de avellanos. Por el camino sembrado de guijarros, rumbo a los vados de la sierra, amo y halcón van caminando, viejos.

Espalar, cavar hacia la carretera, hacia la máquina: un trabajo mejor, con más sentido que andarse paseando como el otro allá en lo alto, escopeta en mano. Un trabajo mejor aún sin saber si llegará a alcanzar antes de una semana el espolón, las aspas amarillas.

Hace entrar en calor, seca, borra la humedad del cuerpo y mata un par de horas de ese día tan corto que apenas dejan romper las avalanchas de nubes y esa niebla solemne que se pone y detiene sobre el valle. Esa niebla que vuelve el mundo oscuro y plano en torno, que lo reduce solo a rumores, al volar aterido del pinzón, al flujo suave, intermitente, de los pozos, al restallar del hielo cada vez que en lo alto el sol se deja ver en remolinos pesados y brillantes. Cortar el hielo, hundir la hoja a veces demasiado, arrancando con la nieve restos de muros, trozos menudos de tejas y ladrillos. Avanzar un poco y frotarse las manos sin los guantes. Echar un trago de ese vino que ya se enfría, que ya raspa la garganta igual que el aire, o el humo del tabaco. Mirar detrás el trecho breve desde la casa, lo poco que se avanza aunque bastante si se piensa en la máquina.

Mejor que andar arriba con la escopeta a mano entre los muertos. Sobre la cuesta tan suave ahora, punteada de siluetas desnudas y rastros de cardón pasto de grajos, su torpe sombra se destaca al amparo de la iglesia moviéndose despacio. Allí está, como siempre, sin que se sepa qué busca entre las lápidas hundidas, entre los hierros derrumbados y en los esmaltes rotos que, hasta hace algunos años, conservaban rostros, siluetas, nombres, miradas de otros tiempos. Allí aparece, buscando matar por matar, ahora solo con la intención, tal vez con la mirada entre cercas y vallas, muertas hasta la primavera. Pero no puede detener sus pasos, no los calma sin ese andar cotidiano con niebla o no, con helada o con viento que borra las huellas de sus presas.

A veces, algún día, suena ese golpe, ese chasquido opaco, como el disparo de la nieve, que estalla casi siempre, avisando los derrumbes, pero hoy no corre ni siquiera ese riesgo, va y viene en un trabajo inútil, sin otra cosa viva en torno que el tejón o los grajos. Esos al menos le son fieles, vuelven siempre, surgen entre la niebla, ojo avizor a todo cuanto vuela abajo. Vienen, cruzan o se mantienen igual que los cernícalos en los días de agosto. Miran, claman y vuelven a pasar inútilmente sobre la superficie rutilante,

donde cada cual se cobija en su cueva, en su lecho de juncos al amparo de las cercas o al calor de algún tronco desmochado. La nieve, el hielo de este invierno tan malo, tan pesado, lo ampara todo, lo defiende todo y es inútil buscar fuera de casa lo que en casa no hay, eso que el otro busca en cuanto el sol asoma, esa muerte, ese afán por matar, que solo sería justo, válido, apuntando hacia sí mismo los dos cañones cortos pavonados.

Así pues, iba el padre de la Dama, ajeno a las palomas, equivocando los senderos, volviendo a caminar a veces largo trecho. La niebla ahora arrastraba consigo j el rumor de los rebaños resbalando de los pastos más altos, el gruñido de las reses ocultas entre los avellanos, cantos remotos o llamadas de pájaros cercanos.

Iba ante mí sin ver, dejándose llevar, enhiesto sobre el eco de los cascos, ajeno a todo salvo a aquel mar suave de la hermana pequeña, cercano y a la vez inasequible como aquel otro que nunca llegó a alcanzar, sino tan solo ver en los días sin nubes desde la misma raya de la sierra.

Cabalgaba, hundido el pensamiento en aquel tibio refugio de sus manos, apenas en sazón, en aquel palpitar de quejas y suspiros sin ver ni oler siquiera las blancas fumarolas de los carboneros.

Eran tres. Alzaron la cabeza y viéndome pasar huyeron sin tiempo de apagar su montón de troncos y cenizas, cubierto como un viejo sepulcro por un manto de musgo y tierra. Se alejaron un trecho hasta quedar ocultos y desde la penumbra debieron distinguir nuestros caballos y sus dos jinetes, uno cansado, aburrido, vacío, el otro a vueltas con su recuerdo de la casa, con la pequeña de los pechos floridos.

Fue a la noche, a la vuelta de uno de aquellos vagos viajes, a la hora en que los siervos callan lo mismo que los muros, cuando fue en busca de su sueño. Pasillos, lábanas, vanos cerrados con pieles de cordero, lachas de piedra abrigadas de esparto y, en medio, el corazón luchando.

Toda la casa, aún encendida a medias, escuchando atenta, paso a paso, su camino sobre las lábanas del corredor, sobre los pisos de madera, a lo largo de las exiguas luces que aún esparcían en torno su hedor de sebo y luz, bajo el halo tenaz de las estrellas. Luego

vino el luchar de las quejas, de los gritos apenas sofocados, el blando retumbar de la madera, el respiro pactado por un instante, el nuevo envite, la agria respuesta, el definitivo desafío hasta acabar en un hostil silencio alumbrado tan solo por nuevas pisadas y lamentos vacíos, por el suave rechinar de las cornejas.

Quizás en ello andaba la razón, el pensamiento ahora para no distinguir a los tres hombres haciendo carbón con la madera de sus campos. Ellos sí que lo vieron y aún tuvo tiempo uno de esconder en la espesura el cepo que luchaban por tensar sus manos. De no haber sido por las últimas lluvias que volvieron el campo tan blando no le hubiera podido caer a sus espaldas. Apenas pudo soltar el bocado de hierro y correr unos pasos cerro abajo, en busca del amparo de las zarzas.

Di con él en tierra hundiendo su cabeza en el barro hasta que la voz de mi señor me ordenó alzarle. Quiso saber para quién era el cepo. La máscara de cieno abrió sus ojos rojos.

—Señor; para los lobos.

Pero no había lobos por entonces y el hombre con su voz quebrada aún suplicó:

—Para los corzos, para un buen gamo o quién sabe si una dama.

Y esa palabra suya debió de retumbar allá adentro en la cabeza del padre que de pronto, con un golpe de espuela, se abalanzó sobre nosotros haciéndome rodar abrazado al que hasta poco antes era mi enemigo. Los cascos que golpearon aquel rostro de barro, el espinazo de aquel hombre que buscaba su dama, nunca supe si iban por mí también pero yo los esquivé con un derrote.

El caballo, recuerdo vivo también de aquellos otros días, se alzaba y revolvía, machacando huesos, voces, despojos, hasta dejar en torno hierba y carne manchada de aquel hombre que de bruces sobre ella se acurrucaba igual que los erizos cuando los pies les tocan. Y yo, último recuerdo vivo y miserable de otros tiempos lejanos ya, de provecho y ventura, a riesgo de perder mi pobre vida, de dar con mi señor en tierra —que tanto vale lo uno como lo otro — sujeté su caballo de la rienda y una vez el animal tranquilo, pareció que volvía el sosiego al jinete, que cerrando el avispero de sus ojos, mas con el ceño tendido aún, me ordenó buscar el halcón que con la furia del envite y las alas trabadas, debía andar perdido entre los urces y también enterrar al del cepo. El halcón no lo

encontré; al otro, como buen cristiano, le hice una buena cruz, tras cubrirle como pude. De todas formas, túmulo y cruz no durarían mucho, no más que las primeras rachas de ese viento que arrastra al final de las batallas el hedor de la carne que se cuece al sol, que se hiela en invierno hasta hacerse firme y nueva en el día del Juicio.

Aunque el disparo que te mata nunca se oye, el eco de este apenas debió llegar más allá de los muros de tierra. Apenas espantó el sueño de los animales, ni alumbró ventana alguna ni aventó de su lecho nupcial a las palomas. La noche siguió igual en torno, el río con su llanto crecido, tras el calor del día y el salto retumbando. Nadie debió escucharlo a pesar de la hora. Quizás pensaron en un derrumbe arriba, después del sol tan seco que hace estallar los lechos de pizarra cuando después viene el aliento de la noche. Pero aquel golpe, aquel chasquido sordo, si es que se alzó, desde debajo de la tierra, no creció y se mantuvo en ese rastro sonoro del cascajo que aún dura entre juegos y remolinos de polvo cada vez que las pizarras se desgajan.

Nació y murió apagado; fue un mal sueño todo lo más, un sobresalto, si es que a alguien despertó, si es que alguien velaba con el leve sopor de la mala conciencia, o de los viejos. Un instante, un relámpago azulado rebotando en los muros excavados, marcados por cada golpe de piqueta y de nuevo la oscuridad, ahora con su olor a pólvora cómo en tiempo de fiesta, con su hedor a carne chamuscada. Allí debía estar aún en su lecho definitivo, descansando más allá del odio, de aquel odio engendrado por el miedo. Allí reposaría sin un gemido, inmóvil en sus propias tinieblas, definitivamente lejos del catre chamuscado, de las sábanas tantas veces lavadas en la casa, sin la silla a su lado repleta de periódicos ni sus armas, su parque y su macuto de los que en vida jamás se separaba. Fue un gran riesgo dispararle en las tinieblas, a ciegas, sin saber si llegarían a acertarle, si no irían a dar las balas en alguno de los peines de cartuchos dorados, o en el racimo de bombas de mano. Un gran riesgo pero menor que esperar a denunciarle o buscar acertarle en un descuido. Un gran riesgo pero no tanto ya que nada se oyó fuera, igual que si la detonación hubiera acabado incluso con el perro que no ladró esa noche, que

tampoco alzó a los otros en tenadas y establos. Solo el vacío negro, denso, sofocante, subiendo hasta los ojos y la garganta ahora y la duda de si estaría muerto del todo, bien muerto, o sería preciso rematarle apoyándole el caño esta vez en la sien, en la cabeza.

Ya venía la luz, entraba por entre las rendijas del falso suelo de madera, ya el chico y la mujer con su juego de sombras más allá de las grietas de las tablas, pugnaban desde arriba por alzar la trampilla bajo el halo sibilante del carburo. La voz de la mujer vacilaba, murmuraba, preguntándose quizás quién de los dos abajo aún sobrevivía. Daban ganas de seguir escuchando, descubrir su secreto, esperar a recibirla bajo tierra, al final de aquellos escalones casi verticales, ver sus ojos de cerca, sentir sus manos tal vez heladas y saber de una vez a quién de los dos deseaba encontrar, si aquellos muros excavados para casa y amparo de su enemigo le daban la razón ahora, si había acertado con su muerte aquella noche.

La mujer, con la luz del carburo temblando dos veces, en su mano insegura y en el extremo sonoro de la espita, bajaba los postreros escalones mal tallados a golpes de azuela, con el chico detrás, luchando por acomodar los ojos a las dos siluetas, la una en pie, con el arma de las liebres, viva aún en la mano; la otra con la cabeza negra y roja como un muñón sangriento fuera de la cama.

Cavar, cortar, echar la nieve atrás. Abrir poco a poco la trinchera en el hielo como antes en el barro, sin demasiada convicción, solo por hacer algo. Y después de la primera decisión, de los primeros ímpetus, recordar que esta vez nadie está a tus espaldas midiendo tu trabajo, organizándolo. Es preciso marcarse un rumbo para que tanto esfuerzo entre la niebla, que otra vez te rodea, tenga al menos el sentido del espacio que marcará tu tiempo de trabajo.

Miró, sobre las manchas rotas de cercas y corrales, sobre la enhiesta cumbre de techos desventrados y al otro lado de la carretera, escondida, distinguió el nombre sobre la flecha de latón, apuntando a los puertos desde los últimos corrales. Apuntar hacia ella, espalar hacia allí, buscando el nombre oxidado por el cierzo con su sigla al lado. Elegir ese nombre, hacerle suyo. Si él era el musgo, el barro, los pilones partidos de las fuentes, la cal vuelta a la

tierra, los solares en ruinas sembrados de helechos y cascotes, ese nombre era el suyo también, el de su libertad por encima del blanco repecho de la nieve.

El día en que la máquina llegara bufando, alzando al cielo sus dos grandes torbellinos verticales de polvo y sal, se detendría allí, al pie de aquella hilera de letras oxidadas, rotas. Porque el nombre eran los dos. Él y el otro también, y aquellos del lado opuesto de la iglesia que nadie quiso llevar consigo, vivos antaño y hoy pasto de las liebres.

Cavar, cortar, empujar la hoja con el pie, un poco más, llenar el día, prolongarle, ir dividiéndole en pedazos como el barro a sus pies, seco y duro pero menos arisco que aquel otro de las lluvias de mayo. El viento ahora arrastra un rumor de campanas, de nieve, el golpear de las lastras en las cimas, el eco de las ráfagas silbando. Es el cierzo porque campanas no hay desde que el nuevo arrendatario de la venta quitó la suya que no suena ya en las noches de viento o nieve, que llevaría ahora cerca de dos semanas tocando. Tampoco existen ya en la espadaña abierta, ciega, apoyada en el aire como la sombra de los álamos y el sueño de las yeguas, con sus dos arcadas silenciosas, salvo cuando las cruzan las manadas de grajos.

Tarea cumplida; se acabó por hoy. No hay patrón que mande a marinero, no hay cabo, ni comisario como tiempo atrás que pida cuentas. Se mira el camino abierto, la trinchera detrás y se hace el cálculo, se multiplica por los días que aún restan para llegar al nombre; luego se embota la cuenta, se hiela la memoria y se vuelve sobre las propias pisadas ya duras otra vez, sin pensar en otra cosa que en el trago que espera.

El otro también andará bajando. Es tonto y peligroso quedarse, andar arriba durante tanto tiempo. Aunque no es primavera, aunque vuelve a helar fuerte, de cuando en cuando salta un relámpago de nieve que a poco aumenta de hielo y musgo, de cistos y basaltos hasta seguir con su cola restallante la cerca más al norte del cementerio, los muros sin campanas, hasta cubrir el valle de un polvo más húmedo que el río, más sombrío, que el cierzo que baja amenazando.

En un día parecido, entre brumas y nieve, llegaron los primeros.

Venían, a lo largo de galerías y gargantas, en busca de los pastos bajos, cuando el valle se hallaba aún más desierto que ahora. Venían tras meses de marcha y campamentos nocturnos, empujando rebaños que no eran suyos, como hasta hace poco; medía vida hacia el Norte, huyendo en realidad, sin mirar atrás, balanceando la cabeza, con ese paso igual que parece medir el camino, ver tan solo la cinta del río y la ribera. Llegaron del otro lado de las Hoces, desde el final de sus gargantas entonces no defendidas por castillos ni torres, empujando, arriesgando sus aperos y reses, cuando aún los puentes de nombres miserables o tremendos no saltaban de una orilla a la otra, uniendo los dos grandes taludes interminables. Llegaron con sus perros de mirar sanguinolento, rivales de los lobos, con sus mulos que cargaban a veces el ganado enfermo, recién nacido o muerto. Un viaje de toda una vida con la casa a las espaldas, plantada, vuelta a alzar cada mañana, entre esta misma niebla, al amparo de las postreras brasas. Venían algunos dispuestos a quedarse arriba junto a la gran ventana o más abajo el amparo de los urces, cuando no había aún cercas ni tejados, ni el cementerio donde florece la genciana con la que luego aprendieron a curarse. Gente vieja aunque no raza vieja, indefensa aunque no débil, empujada quizás por otros más fuertes, más jóvenes.

Poco a poco, unos vivos, otros muertos, se fueron asentando. Se tendieron puentes a lo largo del sendero primitivo, se le fue enderezando con peraltes, se cercaron los pastos y algunos se roturaron para sembrarlos. Fue entonces cuando el castillo comenzó a alzarse, cuando aquellos recién llegados, crecidos, multiplicados, se hicieron otra vez más débiles y viejos, y uno más joven, el padre de la Dama, les fue empujando cada vez más arriba, a los espacios menos ricos. Todavía se resistieron durante un tiempo. Muchas noches se iluminaron con las vigas y paja de establos y techumbres. Hayedos y avellanos se animaron con alientos de escaramuzas y batallas. Por entonces, tantas cuevas, puentes y vados, nacidos con propósito de paz tomaron esos nombres pocas veces heroicos; casi siempre malditos o siniestros. Fue un tiempo hosco, sombrío, tanto como los días que vendrían después, tan callado como ahora cuando la noche crece y las sombras se borran, se abrazan sobre el viento y la nieve, sobre el tendido inútil de la luz eléctrica. Fue un tiempo de ímpetu sordo que llevó a las aldeas lejos de las almenas,

desde el río a los montes, sembrándolos de pequeños caseríos, no más altos que brañas. Luego vino un silencio vacío, medido por libélulas y truchas en pozos y remansos.

La nieve siguió cayendo año tras año, cada vez más cerrada, igual que ahora. Cubrió, como hoy también, establos y cohortes, como ahora borra las dos columnas de humo que coinciden a la hora del almuerzo.

¿Qué comerá el más viejo de los dos, que no caza, que apenas sale? De día se le escucha bullir al otro lado de la barrera blanca, se puede oír el chasquido de la leña, el golpe seco, seguro, del hacha, luego, cuando su columna gris se consume en sí misma, viene del otro lado de la blanca trinchera el rechinar de la pala contra las lábanas. Si la máquina tarda, le van a encontrar muerto, no de hambre porque debe comer poco más que un pájaro, ni de frío a no ser que se hielen los huesos. Lo encontrarán muerto de viejo simplemente, de la edad en que los viejos se mueren por tercos. Pudo irse y no quiso. No le gusta cazar, ni puede andar, ni subirse a la montaña. Para hacer lo que hace, con buen tiempo o mal tiempo pudo marcharse ya, cuando la hija murió, cuando tampoco el hijo quiso quedarse.

Desde lo alto, desde el porche de la iglesia, se le ve a espaldas de la casa, cuidando su rebaño de gallinas desmedradas. Ahora debe andar con el vino en la cabeza desde bien temprano, porque tras de la lente azul de los prismáticos, se adivina su cara tan oscura como en el mes de agosto y la nariz caída, como hinchada. Cava un poco y se detiene un poco más, mirando hacia las nubes, esperando el sol, sobándose al mismo tiempo los riñones; otro poco y se ve que se cansa; abandona la azada. Va y viene. Sale y vuelve a desaparecer como arriba, al otro lado de la sierra, los rebecos, pegados a sus toberas de basalto. Ya hasta la tarde apenas se le ve. Debe de echarse una siesta de casi medio día aunque ya apenas duerme, debe quedarse como los otros en la sombra, con las patas pegadas bajo la panza y el hocico alerta en cuanto sopla el viento. Después, cuando ya el sol se apaga, todos bullen, los unos entre los pastos de tréboles y helechos y el otro abajo, entre sus nabicoles. Más allá de la calina y de las lentes, se les ve viejos ya con el pelo ralo y la fuerza medida a cada paso. Se les podría tirar tan quietos como están a veces, pero es necio gastar en ellos ni un disparo. Se

les podría tirar durante la mañana que tanto aprovechan, cuando tanto madrugan o al final de la tarde, que todos dejan pasar sin apenas moverse, arriba entre las nubes, a vueltas con el tedio, abajo.

Se le podría disparar, acabar de una vez con ese ir y venir, con su sombra en las calles desiertas que, aún vista de lejos, también molesta. Nadie iba a echarle en falta, ni siquiera el de la venta a su vuelta. Él, como todos los que vivieron al pie de la campana, cobra y calla, sabe cerrar la boca y la puerta en cuanto el día cae y no abrir, caiga quien caiga, hasta que viene otra vez la madrugada.

Apuntar un instante como se apunta al urogallo, o a los gamos, después de tantas horas de trepar hasta tenerlos en la mira; descansar sobre el pasto que no cruje, apoyar los codos sobre la rodilla, tomar la referencia, calcular la parábola y el viento y apretar suavemente con el dedo. Borrar, matar ese postrer recuerdo viejo y vivo, borrar sus ojos allá en la oscuridad al pie de la escalera vertical, tallada, entre el hedor de la pólvora y la sangre, al pie del lecho con el cuerpo quemado, arrancado de entre las mantas por la onda doble de la carga de postas. No faltaría un buen lugar para enterrarle, aunque ahora el barro helado amanezca tan duro, ese barro que él se empeña en alcanzar, no se sabe por qué, un rato de mañana y otro rato a la tarde.

El padre de la Dama perdió el sueño. Fueron vanos los párpados cerrados, la casa muda, los siervos silenciosos. Noche tras noche su imagen volvía, cuando de nuevo a solas, lejos del mar de los lívidos pechos, de aquel liviano vientre aún apenas brotado, intentaba olvidarla, pensar al menos en aquellos días, cuando con las hermanas la sentía cruzando los campos yermos, las lábanas del río, la puerta bajo la sombra del escudo que calla, siempre en fiesta perpetua, alevín de mujer, medrado día a día. Era inútil no quererse dar por vencido cada noche, el vino, la comida, mentirse a sí mismo, querer borrar el tiempo a sus espaldas, mirar la soledad en torno, esperar cada tarde hasta verla volver, invicta, inerme, como segura de su nueva condición sobre las demás mujeres de la casa.

Por aquellos campos verdes
una muchacha venía

viste saya sobre saya
y jubón de cotonía
y miraba a un lado y otro
por ver si alguno veía.

Poco a poco le fue sustituyendo en todo, incluso en su cabalgar por los hayedos, en sus salidas repentinas rumbo a los altos bosques de avellanos. Ya cabalgaba a solas, a hombreriegas como solía de pequeña desde que su espinazo, aún ruin y temeroso, fue capaz de sostenerse sobre el lomo rotundo de las yeguas. Ya por entonces le gustaba hacerlas galopar, trotar sobre la hierba húmeda y mullida de los manantiales, sentir ese seguro deslizarse, con la manada retumbando detrás, romper el blando escudo del viento, sentir el relámpago del sol estorbando la vista o quemando las espaldas. Cuando un día volvió con la yegua bañada en sudor, como salida de los pozos, escupiendo espuma, con los ojos revueltos, todos en los establos supimos que el animal de la noche no pasaba. Hasta la madrugada aún vivió tumbado sobre su propio estiércol, sobre su propio vientre reventado hasta alzar las pezuñas hacia el techo y quedar quieta tras de los estertores, herida en el costado por aquella hinchazón que la rendía. La Dama miraba aquel luchar, aquellos ojos revueltos hacia ella, pero su tiempo de niña en los establos ya quedaba borrado, ya nada le decía, ni el mal de los caballos ni la época del celo en las ciegas vaguadas, ni la cosecha y doma de los potros nuevos.

Vio a la yegua intentar alzarse en su último estertor y adivinó arriba, en la galería del patio, la presencia del padre. Y también conoció el otro gesto mudo pero claro de los hombres en torno al animal, esperando a rematarlo, despojarlo de la piel, comer su carne, abandonar los despojos a sus perros; y el silencio de la madre y las hermanas aún en vela, el afilar de los cuchillos, el arrastrar sombrío de los tajos. Arriba, a un lado y otro del patio, de un lecho a otro, de una a otra alcoba iba y venía el silencio de los padres, el hosco rechinar del de las dos hermanas. Pero el padre aquella noche no llamó a la Dama, no fue a buscarla quedo y ceremonioso. Parecía maldecir no a la yegua, con la cabeza rota y las patas tronchadas, sino a aquellos que luchaban por arrancar su piel a golpe de cuchillo. Parecían ir desnudando su vientre reventado, sus ancas poderosas, enterrando las manos en su carne desde el lugar más alto

de la cruz hasta la negra maraña de la cola. La Dama volvió los ojos hacia las tinieblas y el padre debió de respetarla aquella noche porque nada se oyó, ni pasos ni rumores. Ni siquiera cuando los últimos despojos fueron colgados hasta el día siguiente se oyó otra cosa que el rumor del agua borrando la sangre de las manos, el chirriar de la rueda del pozo, el resbalar de tajos y cuchillos o el canto del cuclillo que ya venía arrastrando la mañana.

El encuentro tuvo lugar en uno de los bosques de piornos a la caída de la tarde, cerca de la gran ventana. Tanto los que venían como el que les esperaba, apenas visible en lo alto, llegaban con los mismos recelos, con sus propios resabios, con sus armas que en un principio ninguno quiso dejar de la mano. Volvían unos de una guerra acabada de ganar, aguardaba el otro con el recuerdo a cuestas, de una guerra perdida no olvidada. Traían los pies abiertos y los ojos sonámbulos de caminar en la noche, los macutos magros pero el parque intacto, un botiquín sin estrenar aún y muchos planes que explicar después de la cena.

Primero subió el jefe de los cinco. Se le oyó charlar, discutir con el huésped, confundidos los dos en el paredón cárdeno antes de ordenar seguir al resto de la tropa. Luego, de nuevo caminar con el mismo cuidado de no pisar el barro blando junto a los manantiales, no fumar, no alzar mucho la voz, en hilera, pensando si vendría a cerrar la noche una vez más antes de rendir viaje.

Ahora, por fin, el fuego alumbraba sobre los muros interiores, propósitos, deseos, rostros de parecida edad, ninguno joven, sobre todo el del huésped con su barba emponzoñada y crecida. Primero vino saciar el hambre, arrastrada, vencida de momento a lo largo de tantos días con pequeños robos, requisas y compras furtivas. Luego llegó la gran fiesta del vino con la garrafa que arriba se guardaba, lujo del compañero estable, afincado en la misma tierra durante tanto tiempo. Al final el tabaco, los cigarros, el aroma, el sabor ya olvidado a medio viaje, recuperado ahora, más áspero y extraño en aquel improvisado almacén, escondido bajo ramas de escobas. El humo de la hoguera, con el de los cigarros, huía, se filtraba, a través de las grietas del techo, volvía al monte entre helechos y mimbreras.

Todo para comer, para beber; tan solo, como siempre, faltaban las mujeres. Las mujeres abajo, respondía el huésped. En el pueblo debió querer decir, en aquellas luces que ahora el de guardia fuera, en la noche, se entretenía en contar, intentando averiguar su importancia. Sería como tantos; era fácil imaginarse su única calle, si es que tal calle había, su puente iluminado y el portal de la iglesia salpicado por el ir y venir de los murciélagos.

Era cuestión tan solo de costumbre calcular cuántas reses por vecino, si había molino o no, escuela, lugar de reunión para el concejo, chigre o cantina para acabar recordando la sed de nuevo, la rabia por fumar, por volver a escuchar entre los otros si llegaban a algún acuerdo o no, el objeto de aquel viaje largo, penoso, incierto. Porque ya en la primera decisión conjunta sobre el turno y lugar de las guardias, el huésped y la partida disintieron, viéndose pronto que, por encima de razones, él estaba en su casa, en su pequeño reino, pero reino al fin, conquistado por él y por él hasta entonces mantenido. Pero el hombre que hasta allí les llevó sabía cómo tratar a esta carne de monte, con paciencia y cortesía hasta llevarle a su terreno, sin ruegos ni amenazas, tan solo explicando, razonando, respondiendo, pregunta tras pregunta, con la fe ciega de su antiguo seminario. Hablaba de los cuatro objetivos como de un cielo a alcanzar, como, en tiempos, de las tres virtudes teologales. Razonaba con la poca razón de los ya convencidos y como alguno aseguraba, vencía por cansancio, sin disparar un tiro.

La cuestión principal era ante todo actuar, decía la partida; ante todo sobrevivir, contestaba el solitario. Él llevaba así ya unos cuantos años, es decir, desde que la guerra terminó y allí continuaba todavía. El frente se hundió, los demás cayeron, pero él permanecía. Permanecer, vivir allá arriba, ¿para qué? No contestaba, se encogía de hombros, dejaba resbalar la mirada a lo largo del humo del cigarro. Vivir así carecía de sentido ahora que se avecinaban tiempos distintos, nuevos. ¿Qué nuevos tiempos?, preguntaba perplejo. Quizás el otro jefe fuera a tener razón, quizás allá arriba en su cueva se estuviera volviendo, se hubiera vuelto definitivamente viejo.

Con su barba florida, marcada por el eczema en un laberinto de cicatrices rojas, sus preguntas volaban techo arriba con el humo. No había tiempo nuevo para él, solo vivir y hasta dejar vivir a su

manera, dejar pasar al menos un par de años más en su pequeño reino. Conocía cada vereda como los cazadores, sabía esconderse, caminar, cocinar como ellos, tenía, como las vecinas alimañas, sus lugares de verano y sus refugios de invierno. Su correo invisible, su estafeta de cuando en cuando le avisaba a través de unas letras mal alineadas, de cualquier acontecimiento, futuro o ya pasado, peligroso o favorable. Nada necesitaba; el tiempo, la soledad le habían vuelto así tan hosco, insolidario, aunque aquel su tono tan seguro de hablar, diera a entender ya en un principio que no vivía tan solo, sobre todo cuando, con el camino cortado por la nieve, bajaba a su refugio del pueblo. Allí estaba, según averiguaron pronto, la razón principal de tanto resistirse a marchar, entre muros de tierra que encerraban aquel lecho de sus noches secretas, de amor alerta con el muchacho acechando en oscuros sueños y prolongadas velas.

Quizás ahora temía, viéndolos allí en torno, fumando su tabaco, tendidos sobre su suelo y sus mantas, que aquellas sombras y la que afuera avizoraba al pueblo, fueran a echar por tierra su segura soledad sin traer nada a cambio salvo un riesgo en común, nunca por él solicitado.

Ellos sí le necesitaban. Y mucho más en adelante, cuando sus puntos de apoyo —si es que alguno tenían— les fueran fallando. Él sí los conocía bien. En un principio buenas palabras, luego según el miedo crecía, menos ayuda y mayores exigencias en el precio. Los conocía bien, más allá de las palabras. En un principio sabrían echarles sobre enemigos propios, hacerles saldar cuentas particulares, viejas venganzas, represalias, cuyo riesgo no eran capaces de afrontar, y en las cuales se hallaban dispuestos a empeñar incluso su dinero.

Sobrevivir les parecía poco. Ya aprenderían cuánto costaba aprender a espiar el terreno, a escoger la hora mejor, casi siempre a la caída de la tarde, a buscar el momento de menor riesgo, el lugar oportuno, cómo aguantar con la cabeza fría, cuando, como en su caso, se trabaja solo. Ellos podían contar con el tiempo a su favor, para eso eran más jóvenes. Él contaba con su vida, su juventud a las espaldas, con aquella mancha roja bajo la barba, que era preciso calmar de cuando en cuando con pomadas. En realidad era un diálogo entre sordos o mejor entre mudos, palabras, frases perdidas

que se estrellaban contra muros y cabezas para volver a la luz de las brasas con nuevos ímpetus, más vivas y encendidas. Ya uno se levantaba, miraba su reloj, y como allá en los viejos tiempos del rancho y las trincheras, salía en la penumbra hacia el relevo. Su mirada, su gesto que apenas se molestó en ocultar, se despedía como quien dice adiós a una causa perdida. Ya se borraba más allá de la cortina de humo y a poco, en silencio del cierzo calmado hasta la noche, surgía de la sombra el compañero preguntando a su vez, dispuesto a intervenir en aquella asamblea interminable.

Bien, ahí están. Se apaga la radio y se les puede oír aunque no es tan tarde todavía. Deben ser más allá de las nueve y menos de las diez porque no empezó el parte, ese que ahora llaman diario. Ahora se les oye empujar las puertas del establo. Quizás andan tras de las liebres como el otro o en busca de gallinas, de cualquier carne. Suenan sus pasos en el barro y la nieve, en los caminos rectos que deja a ras de tierra el gotear de aleros y tejados, ese rumor continuo que ahora la helada suspende hasta el día siguiente.

En la pausa que dura hasta que sale el sol, se escuchan bien esas idas y venidas que hacen cantar a las otras alimañas y revuelve en su sueño a las gallinas. No se llega a saber si son muchos o pocos, o tal vez perros que los pastores dejaron a su suerte, antes de abandonar los puertos para siempre, criados, enrabiados por el monte, famélicos, acostumbrados a la carne de corderos y ovejas. Los grandes fríos, la soledad, el celo, les vuelven iracundos más que a cualquier otro hermano ocasional del monte, más que al fétido zorro, más que al lince, ese resorte siempre a punto de saltar, esa explosión de uñas, dientes y nervios carniceros.

Ahora parece que se alejaron, que pasaron de largo. Solo se oye el compás de las gotas y el último bufido de los vientos; ahora esas pisadas sobre el barro fluido, sobre la nieve blanda y pegajosa, se hacen más débiles, su chapoteo se va alzando sobre capas más duras, más altas. Debe andar ya la tropa sobre la masa helada que funde unas ruinas con otras a la altura de las ventanas más altas. Deben saltar de tejado a tejado, de chimenea a chimenea alzando a su paso nubes efímeras como las que resbalan sobre los flancos de la luna, haciendo crujir vigas, travesaños, la retama apilada aún bajo

las tejas rotas, sembrando de residuos y rumores las cocinas hundidas y los patios.

Toda la gran meseta helada que forma el pueblo ahora, desde el salto poblado de carámbanos hasta los dos puentes junto a la carretera, es su dominio. Van siguiendo los rastros que el cierzo cubre, vuelven tras sí, confunden los caminos; a ratos quedan inmóviles, como buscando el rumbo a la luz de la luna. Se pierden definitivamente y a punto de hundirse en la noche, viene como un bufido ahogado, un crujido rebelde y violento, ese estampido seco y antiguo de la vieja carabina de postas. Seguramente el otro les estaba aguardando. Quién sabe si desde tiempo atrás, desde noches antes como al rival de la barba florida abajo en su refugio de madera y lodo. Ahora debe andar intentando como entonces cobrar su pieza o rematarla, si vive todavía. Como entonces también, nada rompe el silencio, se diría que no existe la manada, tan leves son sus pies, tan ligeros huyen sobre la nieve helada, sin un rumor, sin un grito. Las ruinas callan de nuevo, como en aquella otra noche, tiempo atrás, con el pueblo vivo todavía.

Ninguno habló, ni denuncio; con su duda y su común secreto durmieron durante tantas noches, un secreto que les hizo evitar desde entonces la casa, el corral, la huerta en torno sin saber ciertamente qué había sucedido, si el disparo, si es que un disparo hubo, los golpes de la azada luego, fueron golpes, rumores, luces y no el sueño repetido tantas veces desde entonces y que aún se repite ahora en esta otra noche, tan llena de murmullos, recuerdos y temores.

Entonces era verano, había luces, voces, rumor de reses en los establos y en los pastos. Aún la escuela vivía, como, sendero arriba, las campanas de la espadaña solitarias, más aun así ni siquiera los niños hablaron, esos niños que todo lo escuchan, que todo lo saben, que guardan todo en la memoria para preguntar después al cabo de los años lo que parece olvidado definitivamente; crecidos, adiestrados no en el silencio, sino en ese silencio, no en el callar de los padres y hermanos, sino en un silencio más trascendental, más importante que les otorgaba una nueva condición de mayores. Luego, una vez pasados tantos años, todos sabían, todos oyeron el golpe de las postas, la explosión ahogada por los muros de tierra y el corazón de la mujer bajando tras la llama del carburo

descubriendo al amante negro y rojo, con la cabeza vuelta y el pecho desnudo como tantas veces en la penumbra, entre aquellas mismas sábanas. Todos lo oyeron. El rumor debió de extenderse en un instante y durar y crecer al compás de los golpes de la azada, iguales, ordenados y sordos como estos que ahora acabaron por borrarse.

Ahora que la luz se ha apagado y el cierzo bate los flecos de la nieve, el recuerdo del disparo aquel se une a este otro, los dos son uno solo, tan vago ya como el perfil de las nubes que se borran y diluyen revueltas bajo el halo de la luna. En las tinieblas de la casa donde todo es el tacto de las manos, crece o mengua, se aleja o viene encima a cada paso el mundo, el tiempo se diluye también, incluso ese recuerdo de luces, pasos, muertes y disparos, esa imagen del otro intentando rematar al animal, abrirle de la cabeza al rabo, arrancarle las vísceras, enterrarlas para que no llenen con su hedor la casa, guardar solo la piel, tanto trabajo, en fin, tan solo por el gusto de matar, de derribarle, de sentirle allí sobre el barro del corral, palpitando, defendiéndose hasta quedar inerte.

Al día siguiente, si es que al fin pudo cobrarlo, su piel se hallará tendida en el porche como una bandera sangrienta, como el trofeo tras del que anda tanto tiempo, o si el reo escapó, la mañana pasará, como aquella otra, con el disparo de la noche borrado para todos y el rumor de la azada en la tierra. Todos callaron como los niños en la escuela donde no hubo preguntas ni siquiera a las horas de recreo. Nadie habló ni a la hora de la comida, ni en la cama, ni en el amor, ni en sueños. Aquellos días o mejor, la noche quedaron borrados durante tantos años, que cuando al fin quisieron recordarlos, muchos tuvieron que inventarlos de nuevo.

Allá por el invierno, pasada Navidad, comenzaron a llegar desde las tierras llanas, vientos, ecos, rumores de guerra. Venían en el ceño de los feriantes, en el silencio de otros amos rurales, en sus charlas con el padre que les daba posada y cena en la sala grande cuyas ventanas hundidas y pequeñas dejaban ver el relámpago del río apagando el rumor de la charla en la noche hasta que el vino o el sueño les rendía.

Hablaban de guerra y partidos, de pretendientes y coronas, de

mercados y predios a ganar, si acertaban a elegir o a distinguir al menos, entre el bien general y su propio provecho.

El padre de la Dama asentía, daba razón a todos y los huéspedes marchaban satisfechos, preguntándose algunos si su actitud era sabiduría o no entender el curso de los tiempos. Durante meses, se prolongaron las sobremesas de vino y alianzas, de proyectos furtivos y pactos secretos, que al igual que las voces se borraban a poco, cuando de día, unos y otros partían, unos Hoces abajo, y el padre de la Dama monte arriba, a solas con el halcón, conmigo y con sus pensamientos. Por ellos iba la Dama casi niña con la espada amenazante en el patio, tajando el aire en fugaces combates al pie de la mirada de la madre. El padre entonces procuraba calmar su gesto adusto allá en la galería, y la mirada de desdén de las hermanas mayores que aprendieron entonces a sentirla lejana y distinta, favorita del amo que aquel mismo invierno trajo para ella su primer caballo.

Pensaron en castrarle, más el padre no consintió. Fue preciso que un hombre lo sudara antes de que la Dama calzara el pie en el estribo de madera para salir, sendero arriba, rumbo a los prados de genciana.

Allí quedaron los pastores atónitos con sus galopes en principio necios, cruzando sobre taludes y rebaños, bien apretados los ijares, más allá de la raya de la sierra y el cierzo. Luego, pie a tierra, con el caballo vomitando espuma, sumiso, pero alerta aún, llegaban desde los chozos cónicos, como altares a dioses del rayo o de la lluvia, el pan, la cecina y el queso que la muchacha compartía con aquel tropel de sombras admiradas, sumisas y remotas.

Fue entonces cuando quedé entre los demás, a su servicio de por vida hasta su vuelta de Toro. Venía a horcajadas sobre el caballo, tanteando la trampa azul, resbaladiza, del cascajo, con la saya recogida lo mismo que las trenzas, con su vara en la mano, de tal modo que la tomé por el padre. Quedé mirando su rostro quemado, sus labios cortados por el cierzo, aquel pecho menudo y el oscuro remanso de sus piernas y cuando me ordenó seguirla, a lo largo del camino de vuelta, aún recordaba su mirada alegre y a la vez no del todo franca, como entre amiga y desdeñosa de quien sabe mandar y está seguro de ser obedecido. Ella me pidió al padre y el padre me entregó a ella igual que aquel caballo blanco y entero, cuyos flancos

yo debía limpiar cada día hasta quedar brillantes antes del alba.

Desde entonces seguí su huella para siempre, nunca más volví con los rebaños, ni barrí más establos, ni aré las tierras míseras colgadas sobre el río. Era mi único oficio acompañarla y cuando por vez primera salió fuera del valle yo fui con ella, para asistirla en todo y para defenderla.

Allá abajo, en las tierras que la nieve no pisa, un pariente del padre se casaba y allá fuimos los dos camino de las Hoces, dispuestos a dejarlas atrás antes de que sobre sus altos tronos de piedra viniera a cerrar la noche. Pero el mal sino o la desgracia nos aguardaban allí, a medio viaje, porque el caballo de la Dama tropezó y cayó quebrándose en el lance las dos manos. Quedó en tierra y la Dama a su lado, igual que quien consuela al amigo herido. Le acariciaba la frente, procuraba amansarle los dolores hablándole, en tanto yo tiraba del bocado luchando por alzarlo aunque, una y otra vez, volvía a caer con un sordo relincho, enterrando las crines en el polvo. A pesar del lugar y la hora, de aquel estrecho paso donde a veces asaltan a los viajeros solitarios, donde la niebla y los taludes diezman pastores y rebaños, solo de madrugada decidimos ajusticiarlo. Tres veces hubo que herirlo junto al río. Cayó como la yegua en los corrales, con un sordo relincho que devolvieron los alisos y enebros que apagó el rumor del río, cuando la blanca mole de patas, lomos, crines se precipitó abajo arrastrando avalanchas de cascajo, revolviendo el cieno invisible, tiñendo el corazón de los remansos. De mañana la Dama montó el caballo mío y a medio día llegamos a un lugar ya cercano al de las bodas.

Las mujeres aún andaban en alcobas y cocinas, solo para los hombres la fiesta había empezado, al compás de los juegos y las riñas. Así, viéndola tan sola, sobre montura tan ruin como la mía, cubiertas de polvo toca y saya, uno de ellos, el más joven de todos, se alzó de pronto olvidando la partida.

La veía un caballero
traidor que la pretendía
jugando estaba a los naipes
a la clara luz del día.

Detrás de nuestros pasos resonaban los otros cascos, ya pasada la iglesia, más allá de los últimos establos. Poco a poco el jinete se

venía acercando. Ya sentía el respiro de su caballo a la altura del cuello, pero nada quiso conmigo aunque tuve que apartarme para no dar en tierra con mis huesos. Cruzó a mi lado rozándome los hombros, apartándome de un golpe y fue a trotar al costado de la Dama como los lobos cuando buscan cansar a las presas ligeras.

—¿Dónde va la blanca flor?
¿Dónde va la blanca niña?
—Voy a bodas de un pariente
que casarse ya quería.
—Casemos los dos aquí
iremos en compañía.

Y cruzando el caballo, detuvo el mío tan sin aviso que dio en tierra con la Dama sin más escudo que mis voces, apagadas bien pronto por el tropel de amigos que antes jugaban y ahora a buen paso se acercaban. Una nube de varas y vergajos vino a dar sobre mis espaldas, sobre cueros y costillas derribándome al fin, roto, sangrado y dolorido, viendo cómo cerraban corro en torno a ella. Entonces el galán se acercó a la Dama y viéndola, limpia de polvo pero ahora más sola, intentó derribarla ante los otros.

Siete vueltas dio el galán
siete vueltas dio la niña.
En tantas como la dio
derribarla no podía
y entre las siete y las ocho
su puñal de oro caía.
La Dama se lo cogió
y haciéndole cortesía
se lo metió por el pecho;
por la espalda le salía.

A pesar de mi pellejo roto, de mis espaldas magulladas me alcé y vi al punto que el galán estaba agonizando. Había en su cara un gesto de no creer en su muerte, muy necio y asombrado como si le fuera forzoso a la muerte avisar la hora y el lugar de su venida. Puede que no entendiera morir a manos de una mujer, tan cerca de su casa y amigos, con su mismo puñal, ya no de oro sino de sangre, cuya hoja le mataba tan estrecha y bruñida.

Y oyendo que sus amigos acudían me alcé como pude sobre mis

huesos maltrechos y obligué a la Dama a montar aquel caballo que por manso y torpe apenas se había alejado, acompañándole de un salto sobre las ancas. A fuerza de espuelas y tacones no paramos hasta el palacio del pariente donde ya la fiesta había comenzado.

Era la casa parecida a la nuestra, pero no alzada de caliza sino de cal y cantos como huevos de paloma, salvo la iglesia, de ladrillo toda, donde tuvo lugar la ceremonia. Las chimeneas bajas y chaparras lanzaron al aire durante una semana un olor a romero y cantueso, a pichones y corderos. Arcas y escaños, vajillas y aguamaniles relucientes vinieron a llenar los salones mayores a la luz de candiles y lucernas, junto con los presentes de la dote. En la cocina las calderas hervían, la carne giraba sobre el fuego eternamente. Se hablaba de alhajas, reses y siervos, viñas y olivos, heredades y aceñas.

Pero a la Dama bien poco le decían los collares, las pieles y las túnicas. A cada nuevo golpe en la puerta del patio, bajaba a ver entre los hombres de la boda, los caballos de soberbia silla, los frenos de plata, los yelmos puntiagudos o las robustas lanzas. Apenas nos encontramos por aquellos días, ella arriba con amigos y parientes; yo abajo, en la cocina, entre pucheros y marmitas, entre el vino y la sidra de las tinajas más altas que dos hombres. Por vez primera que yo recordara sacié el hambre y la sed, dormía día y noche, salvo si era preciso servir en los establos, ayudar a los yegüeros o traer leña de los corrales tan grandes como predios.

Así cuando las bodas llegaron a su fin y volvimos al sendero de los secos corrales, camino de las Hoces, miré cien veces las murallas de canto como nuestros primeros padres cuando el Señor los expulsó del Paraíso. La Dama en cambio no volvió la cabeza atrás, solo cuidaba del caballo nuevo, regalo del pariente, su nueva silla de borrenes tan altos, la rica cabezada, las bridas y los frenos relucientes, pero estuvo atenta a no volver a cruzar la aldea donde el alma del muerto aún debía de andar penando.

Cuando a su vez las Hoces se cerraron tras de nuestras espaldas era como si el mundo se acabara también. Los dos debimos desear lo mismo, otra ocasión para volver hasta las tierras donde la nieve llega menos dura, vivir más tiempo allí, tranquilos sin cuidados, al amparo del sol y de la lluvia. Arriba, en cambio, la puerta bostezaba aún bajo el escudo y aparecían desiertos patios y corrales. Solo

quedaba el viejo que guarda la entrada con sus perros y sus armas viejas también, a medias recostado en la pared, dormido a medias como esperando que se lo lleve la que no tiene nombre, la que todos conocen según llega.

De madrugada, otra vez volvieron los pasos del padre sobre el piso ruin de la alcoba, el despertar a medias de la Dama aún cansada del viaje, el rumor de sus palabras, como tantas noches.

—De las tres hijas que tengo
todas tres como la plata
tú, aunque seas la menor
has de ser mi enamorada.
—No lo querrá el Dios del cielo
ni la Virgen soberana
ser yo mujer de mi padre
de mis hermanas madrastra.

El alba vino con suspiros y silencios sobre la voz del río, con reproches que eran casi una súplica, en respuestas veladas que debieron herirle como el cuchillo de oro de la víspera, que debían entrar en el padre con ese frío paso del acero y del dolor que al final le acabaron enojando. Aquella noche y otras más que vinieron, maduraron en una ira vacía y silenciosa. Ya sus pasos no volvieron a sonar. Fue entonces cuando ordenó encerrar a la Dama, no en su alcoba, la de los ventanales sobre el río, sino en la torre ciega que mira hacia los montes.

Bajar, iluminar la muerte, alumbrar las paredes de tierra, escuchar el silbido del carburo apuntando con su llama al muerto. Allí estaba dispuesta a colmar su penitencia, a cargar con esos brazos que eran aquellas piernas hundidas en sus piernas, a levantar esa cintura liviana a veces, aquel cuerpo apretado y humilde, otras pesado y victorioso, aún cálido, quien sabe si recordando aún, si guardando todavía algo de amor común, de noche cuando arriba era día para todos, fuera y dentro del mundo, de la casa. Colmar su penitencia ante esos ojos que era preciso cerrar no por piedad, sino por no reconocerse en aquella penumbra de voces suaves, respirar apretado, de torpe navegar como en el día primero. Alzar esa cabeza, a tientas como entonces, reconocida solo por el olor y el

tacto del pelo chamuscado, arrancado en parte, arrasado por las postas, ver, alumbrar esa nariz tronchada, la boca rota tan cerca de su boca y la oreja rasgada por donde caminaban, subían, en la penumbra de los ojos cerrados, secretos y mentiras siempre los mismos pero exigidos a medida que la ansiedad, la angustia amenazaba. Allí bajaba dispuesta a colmar su pena, ante el hijo asustado, haciendo crujir con su miedo sus piernas temblorosas, el negro jergón, prolongado, estirado, llenando de él toda la exigua habitación desde la puerta mal encajada en su marco de tierra hasta la cabecera cubierta por un mar desgajado de periódicos y el relámpago sombrío de las armas. El chico temblaba pero el padre no, ni el abuelo tampoco.

Ya el padre cogía a su rival y ordenaba con un gesto alzarle sobre las sábanas, arrastrarle escalera arriba.

El chico abría paso con su punto de luz, midiendo cada escalón, volviéndose infinitas veces a comprobar si la madre le seguía. El cuerpo se hundía por su peso entre el esfuerzo de los otros. Fue preciso devolverle al jergón y combinar las fuerzas de otro modo. Allá subían otra vez en pos de la luz, con el reo doblado, rozando con la pana del pantalón el cemento del suelo, luchando por mantenerle mientras se resistía hasta quedar sentado como tantas noches, vecino a la puerta. El sudor, el jadeo de los dos inundaba el pecho, las espaldas y las sienes. En silencio aguardaban, a solas con el galope del propio corazón, del corazón del otro que ya quedaba extendido, horizontal, definitivamente muerto.

El muchacho volvía. No había nadie fuera, ninguna luz salvo las dos bombillas de los puentes. Tras él llegaba el abuelo con el gran azadón de las buenas cosechas.

A la luz de las estrellas tan nítidas y firmes, no empujadas aún por el borrón luminoso de la luna, comprobaron otra vez el silencio que, tanto tiempo después, recordarían. Tras palpar a tientas la puerta del corral, entraron con su carga que de nuevo parecía a punto de derrumbarse. El cavar de los dos hombres, el más y el menos viejo, apenas retumbó en el suelo de estiércol, ni más allá de las cercas de la casa. La mujer, junto al muchacho, apenas osaba espiar los senderos en lo alto. Tanto daba. La misma oscuridad continuaba y los golpes seguían al mismo ritmo, a la vez mantenidos y apagados en lo profundo de la tierra.

El muchacho se inclinó sobre el cadáver. A ras del suelo se adivinaba apenas un halo casi apagado, pero vivo. Se acercó hasta casi apoyar el rostro contra el cuerpo y lentamente fue descubriendo las cifras de las horas y la manilla detenida indiferente al paso de la vida. Aún inmóvil, la manecilla era lo único vivo de la sombra en tierra; parecía absurdo que ella viviera con el otro a punto de borrarse y que el otro muriera con la aguja pequeña aún girando sobre la esfera, en la muñeca.

Si aún vivía, era preciso quitarle el reloj; si no vivía, aún estaba peor robarle. Siempre oyó decir que en las guerras se robaba a los cadáveres, se les dejaba poco menos que desnudos, pero aquella era una guerra particular o, como el padre intentaba explicar al abuelo silencioso, tan solo un accidente.

Del otro lado de la ventana llega el rumor del cierzo; dentro el aliento nace y se apaga el corazón. La Dama no habla; piensa y mira los montes a lo lejos. Ha apartado el lienzo para dejar pasar la luz, porque prefiere el frío a la oscuridad y más allá del río la nieve viva, empujada por el viento, acompaña. Lentamente los senderos van quedando helados, poco a poco los techos de paja quemados, negros, se van volviendo blancos, van perdiendo sus formas salvo en lo alto donde el humo aflora pintando manchas grises. La Dama en su prisión no odia al padre a pesar del frío de la noche, de los muros que ya comienzan a rezumar limo sombrío, de su capa y su saya que a ratos se remienda por alcanzar más pronto el sueño, a la luz del velón que multiplica sobre los muros su figura.

A la noche se acerca al lecho y antes de esconder su frío y su melancolía entre los cobertores, reza una breve oración esperando que de lo alto venga, si no un consuelo, una respuesta al menos, esa razón que el padre nunca dio desde la vuelta de la boda.

La metió en un cuarto oscuro
que tiene siete ventanas.
—No le daréis de comer
más que cecina salada,
no le daréis de beber
más que el agrio de naranja.

Ese plato de estaño que aparece en el umbral de la puerta

cerrada es su postrer amigo, el compañero que le avisa del paso de las horas, los días y los meses, igual que la cara de la luna, el vagar de los perros a lo lejos, los murmullos de las hermanas junto al río, su platicar que va acallándose a medida que se acercan a la entrada del patio. No hay espejos en la redonda habitación, ni tapices, ni paños que disfracen su miseria; solo el lecho de patas romas y el escaño pata matar las horas que van pasando, tirando unas de otras, como se siguen en la nieve las lentas caravanas de carretas. No hay espejos en que la Dama pueda ver cómo su cara va volviéndose magra y cenicienta. Nadie ha venido a visitarla desde que fue encerrada, nadie aparece salvo el plato de estaño cuyo golpe sobre las losas del umbral señala el mediodía o avisa que el invierno ya va bajando desde los pasos y los cerros:

Así estuvo la pequeña
en la habitación cerrada
sin ver la luna, ni el sol
ni la luz de la mañana.
Hasta que, al cabo del tiempo
abrió Dios una ventana
frente al lugar donde estaban
platicando las hermanas.

En el atrio donde acaba el carral que llega de los llanos, las hermanas callan. Nadie, salvo ellas, va o viene ahora bajo los soportales donde se mezcla la paja con el hielo sucio, fundido a medias. Las dos miran a lo alto, donde más que verse se adivina suplicando a la pequeña:

—Hermanas, pues que lo sois
traedme una jarra de agua
que el corazón se me aflige
y la vida se me acaba.
—Juana, apártate de ahí
respondieron las hermanas
que por ser tú tan hermosa
está madre mal casada.

La Dama, arriba, miró su tiempo de prisión, en el espejo de sus manos y las vio flacas y duras, parecidas a las manos del padre, cada vez más sordo a los demás, más huraño para la madre, para las

otras hijas, para sus siervos y animales. Apenas salía ya rayando el alba; apenas se alzaba de su rincón en la cocina, en las noches tan breves del verano, cargadas aún de polen, del aroma penetrante de la hierba, ni en los días de cierzo, pegado a la gran brasa de la redonda chimenea, sin ver nada más allá del fuego, rodeado de recuerdos, aún demasiado altivo o demasiado viejo para salir, al pie de la ventana de la torre.

Y sin embargo, la torre le llamaba, le llamaban aquellas manos hechas ahora de venas y tendones, los pechos huidos tal como antaño fueron, el vientre terso con sus sombras, enhiestas y vivas como la hebra menuda de los robles; aquel mirar, su cabalgar entre los avellanos hasta la raya que separa la tierra estéril de la otra que sobre el mar se precipita.

Y con los cazadores ya se sabía: después de todo un día caminando, comiendo apenas, acechando con paciencia infinita, aún les quedaban ganas y arrestos para bajar a las cabañas en busca de otras piezas. De siempre lo sabía. Recordaba el mudo asentimiento del amo que fingía no enterarse, que en realidad lo ordenaba todo desde el precio del vino al precio del amor en las habitaciones de la venta.

Los disparos más allá de la ventana de piedra eran una señal, un aviso que no tardó en comprender, como el primer amago de la nieve o la retirada temprana de los grajos. Los disparos, con veda o no, eran preludio de aquellas noches en el catre, carne con carne, braña oscura con braña, tras el primer envite tosco hasta quedar dormida junto al cuerpo ajeno, tan solo reconocido a veces, ajena, envuelta en el calor de aquellas bodas apresuradas. No dormía en realidad, solo dejaba caer los párpados ganando tiempo hasta iniciar el camino de vuelta, de lavarse sonámbula y de vestirse a tientas cuando ya los asturianos que madrugan o los guardias que aún madrugaban más o los que desde las alturas espiaban comenzaban a moverse en vaguadas y senderos para acabar llamando a la puerta.

En un principio, tras de aquellas noches, tras de aquellas bodas sombrías y pactadas, se negaba a bajar antes de mediodía, un poco por vergüenza y otro poco porque pensaba que su trabajo y sueldo

ya andaban por delante. Solía quedar fuera, en el banco de piedra, al pie de la campana, con la mirada en el sendero que, cruzando la Raya, iba a dar al mar en que pensaba. A veces se alejaba más allá de los helados manantiales y el amo, en tanto servía tras del mostrador, se preguntaba si volvería o, tal como amenazaba, habría huido definitivamente.

Solía aparecer cuando ya los haces dorados y vibrantes temblaban en el cielo, empujando una punta de pesadas reses o con un buen haza de genciana que iba a guardar con cuidado en la bodega. Traía en la memoria largas historias de cazadores, de sus duelos arriba, en los primeros días tras la veda, cuando el monte se llenaba de armas nuevas, frías aún, de gentes impacientes, después del largo invierno esperando la fecha. En ocasiones había heridos que nunca luego llegaban a aparecer, que nunca se llegaba a saber dónde sanaban, que volvían al año siguiente dispuestos a tomar parte en aquellas inútiles batallas renovadas cada otoño sin que en ellas mediaran extraños, ni los guardias siquiera. Luego, mientras daba de cenar a los clientes, escuchaba, preguntaba nombres concretos que, una vez a solas, gustaba recordar, lugares que solo por el nombre conocía, que en el nombre vivían y que en la noche debían concentrarse en aquella cinta reluciente que cierto día alcanzó a distinguir desde la gran ventana.

Luego vino aquel tiempo de la mala cara, de las grandes y profundas huellas bajo los ojos, inmóvil bajo las mantas, con los ojos semicerrados, hundida en sí, con las piernas tan inmóviles y juntas que formaban un solo tronco debajo del cuerpo. Aquel pelo castaño parecía un montón de húmedas raíces en torno de la piel encogida de la cara. Allí estaba aguantando quién sabe qué dolor, qué desgracia, mirando más acá, más adentro de los párpados y más allá de la cruz de los barrotes que cerraban la ventana.

El amo subía a la alcoba en ocasiones. Ni el leve piso de tablas, ni el quicio de la puerta, ni el silencio total de la casa en la noche, dejaban escapar una palabra sola; nada más el rumor de los pasos y algún que otro roce de cristal o aquel sonido igual al de la vieja, cascada, campana muerta. Allí estaba sin comer apenas, con su silencio y con su miedo a cuestas. Allí estaban los dos, como tratando a solas su negocio, mudos, sin verse, distinguiendo más allá de los muros, las sendas que el verano iba trazando en las

laderas con su dedo amarillo, escuchando las voces que, al pie del mostrador, era preciso aguantar después con aire ausente, agresivo a ratos, en veladas respuestas a preguntas necias o apurando a solas, cigarro tras cigarro.

Fue aquella una larga enfermedad que se llevó por todo un verano el color, el aplomo, el buen humor de la muchacha, que acabó con sus viajes solitarios en torno a la ventana de la sierra, volviéndola sorda a los fuegos del otoño, a aquellos imprevistos disparos lejanos por los helados caminos del alba.

Y así de nuevo, el silencio de la noche, ese rumor de gotas del agua a lo largo de tejas rotas y podridos aleros, se fue perpetuando. Los golpes en la nieve puede que fueran figuraciones solo, como esas luces más allá del río, esos recuerdos que no se sabe si nacen de algo que sucedió una vez, vueltos a la vida como las sombras de los álamos, de noche extinguidas, de día alzadas hasta tocar en lo alto las estrellas.

La voz de la radio, en tanto, llega, se escucha, se aleja y desvanece; es otro mundo que llena por un instante la oscuridad, que empuja al tiempo fuera de todo límite, más allá de los años y los sueños, hasta una conjunción donde solo las tinieblas restan.

De nuevo el montón de cercas y muros, los caminos donde el hielo espejea quebrándose en sombras de retamas y cardones por donde llega helado el aliento de los pozos inmóviles, se disuelve en la noche total, sin resplandor ni formas, que parece borrar al otro lado del cristal de la ventana, esa lanza de luz que escapa de la espita del carburo.

Solo llegan a adivinarse maderas rotas y restos de retamas sobre el montón de estiércol ya seco, estéril, que ampara el corazón del muerto, si es que estuvo alguna vez allí, si aún su cuerpo resiste hecho barro y nieve, cantos rodados y pálpito de huesos, si es que el disparo, el reo, la azada cavando en el silencio de la tierra, existieron una vez o son como esa lanza de luz que amenaza extinguirse, un relámpago en la noche que solo alumbra contra la pared sombras que nada dicen, que apenas viven el tiempo en que se borran.

El arma existe, ese mismo doble caño que ahora apunta a los

rebecos, el mismo que alumbró con su estampido el sótano y la escalera; las manos viven, más viejas ya pero vivas todavía, y el muerto aguarda seguramente una señal tan solo para abrir los ojos cerrados por la grava y la tierra. Es preciso estar en vela, montar guardia a su lado por si ese día llega. A fin de cuentas no se halla abandonado, comido por los cuervos como tantos de los que fueron cayendo arriba, unos ametrallados desde el aire, otros sacados de las cuevas tras el desastre final, llorando el hambre mucho más que la derrota. Aquellos quedaron arriba, destrozados, comidos y al final enterrados irnos pocos para salvar los huesos de los dientes voraces del invierno siguiente. De ninguno quedó huella de su enterramiento, el monte vino a ser su osario a un lado y otro de esas sendas que recorren los lobos en invierno y que también el muerto recorría cuando el chico era niño y la mujer, su amante, bajaba hasta el refugio cada noche. Ahora ella tiene su refugio más allá del salto, bien lejos de aquel a quien engañaba y de aquel a quien servía, a quien pocos en vida alcanzaron a ver, salvo en algún ir o venir, subir o volver de su cueva en la Raya donde se iba a esconder cuando de abajo le avisaban alguna próxima batida. Nadie le vio, ni habló con él. Todo lo más un saludo en la noche, todo lo más —en verano sobre todo— sorprenderle, sin querer, fumándose un cigarro a la puerta de casa, siempre a solas con su aspecto inconfundible con aquella gran barba que al final a la fuerza se dejó, tras la infección del heno, de dormir en distintos pajares hasta irse a dar de pronto con el sueño total, definitivo.

Así pues, esperar, sentir caer las gotas, como el amor de la hija y el muerto, dentro, en el corazón, redoblando en ira aún ahora al cabo de los años. Ahora, en cambio, esperar nada, escuchar esa voz terca y necia de la radio que da temperaturas mentidas, lejanas, como de otro planeta, con seriedad tan hueca, con voz tan sonora, impertinente. Si ese crujido arriba, entre la paja del tejado, prosiguiera, puede que al fin la nieve acabara metiendo por él su mano. Poco a poco se iría agrandando, sus blancos flecos líquidos lo acabarían de ensanchar y el techo entero se vendría abajo.

Es cuestión de esperar, dormir por si hay suerte y ya no se despierta, esperar escuchando como el chasquido avanza y el licuar de las gotas continúa. Todo está en torno muerto, mudo y vacío. Es inútil abrir, cerrar los ojos; únicamente viven el aliento y los oídos.

Si no se alzara nunca, si esperara el derrumbe definitivo, puede que nadie volviera a acordarse de que su cuerpo estuvo allí a unos pasos del otro, el de la barba florida, alerta, vigilante, que quizás solo espera un descuido para alzarse lo mismo que esos murmullos del viento, que parece que duerme y que de pronto se desata en sollozos violentos. La noche está allá, los dos son parte de la noche, viven con ella, respiran con ella, uno en su lecho de barro y el otro desnudo a medias tendido entre las mantas. Tanto da levantarse mañana o seguir tan inmóvil como el otro entonces, a un paso del placer o con su amor cumplido, prolongándolo a la luz intermitente del cigarro. El mundo más allá de los bordes de la cama, más allá del alcance de las manos es todo por igual, se le puede arrastrar sobre sí, como las mantas, se le puede empujar lejos, tan lejos como la eternidad o los recuerdos. No hay más que cortar el soplo del carburo y el mundo, la oscuridad, el hondo respirar de la nieve se alejan, mucho más allá de la máquina que calla, de sus hombres que a buen seguro ahora cenan o beben o juegan a las cartas al otro lado de la segunda cordillera, al pie de ese camino por donde la mujer, su hija, iba, de mes en mes, a buscar la medicina. Nadie muere de una infección al rostro, solo el rostro se abrasa día y noche, de noche sobre todo. Quizás por ello necesitara salir al aire después de la cena, incapaz de mantener las manos quietas, socavando las raíces de la barba hasta alzar las uñas ensangrentadas, aguantando en un grito, aquella picazón interminable.

Y el otro, viendo a su mujer aplicar al huésped, bajo la luz que él mismo mantenía, la pomada tan suave y blanca, viendo relajarse la piel junto a la boca, en torno a la garganta, comenzó a recordar sus propias ausencias, el silencio de ambos en sus llegadas imprevistas, a lo largo del año en que la seca trajo al pie de la ventana tanta caza mayor como no se vio antes. Hasta el salto quedó reducido a unos cuantos regueros goteando sobre el limo del antiguo espejo y un día, atisbando el mar desde lo alto de la cordillera, en vez de su apagado relámpago a lo largo de la costa, alcanzó a descubrir la sombra ligera de los corzos.

Todo aquel verano tan duro y largo se le fue tras ellos. De día siguiéndolos, de noche acechando a los amantes.

Unos y otros dormían o velaban a horas diferentes. De

amanecida amo y perro se alzaban, de noche acechaban pausas, suspiros, treguas. Para los cazadores fue un verano de paz. Los guardias no subieron en tres meses y apenas se llegó a ver, a un lado y otro de la sierra, otra cosa que piezas pequeñas entre pizarras y cardones. Tan solo alguna mancha gris de rebaños remotos, el galope de los perros a sus flancos y las nubes arriba, en procesión interminable, como dando la vuelta al mundo, para volver a aparecer de nuevo.

Con la luna llena llegaban ráfagas de cantos, murmullos en el viento. Volvía la voz del salto, atropellada y a la vez monótona, se alzaba todo el aliento de los valles, insectos, matas, tojos hundidos, aplastados sobre la hierba por el calor del día, por la lámpara ardiente de lo alto que ahora se alzaba, respiraba, vivía, gozando hasta la madrugada como en su cueva los amantes, el otro y su mujer, ya su mujer amiga y curandera, tal como más arriba, en la venta, algún viajero ocasional sobre el vientre de la muchacha sin esperar a que los disparos arreciaran en el monte, anunciando para su flaco cuerpo un purgatorio más con el fin de la veda.

Al fin el cierzo se llevó los malos días. Quedó la nieve solo en manchas brillantes, dando forma a vaguadas modestas. Los rebaños volvieron a salir por las azules trochas de cascajo, dejando tras de sí nubes de polvo y el vado de campanillas y cencerros. El sol que solo templa la torre ya mediado el verano, iba creciendo en las ventanas. Llegaba de los montes el cantar repetido de los tordos, el rumor, de los arces y abedules revuelto con las pláticas del patio. Se alzaban desde el pozo a la torre y la alcoba solitaria del padre, con la madre lejana empeñada en tareas extraordinarias, defendida por las dos hijas que velaban su sueño y su derrota.

Lentamente, fuera y dentro de los muros, el valle despertaba al compás del alboroto de las chovas que otra vez se aventuraban sobre senderos y carrales, rozando el lomo de las yeguas, dominadas a su vez por el ojo avizor de los milanos.

Sobre el patio y el pozo, sobre bestias y siervos que despertaban también de su sueño de tres meses cumplidos, revueltos de agrio amor y vino cálido, la Dama, desde su ventana, decía adiós al pinzón de las nieves y veía bajo el escudo de la puerta la sombra de

la madre sentenciosa, más callada y herida cada día.

—Madre mía, pues que lo eres,
alcánzame un jarro de agua
que el corazón se me oprime
y la vida se me acaba.

Y la madre alzó el rostro hacia la ventana por un instante. En su mirada incierta, ya andaba la sin nombre apurando el camino de su postrera fecha.

—No quieras favor de mí
no quieras pedirme nada
que mucho tiempo va a hacer
que por ti no hay paz en casa.

Y la Dama calló. En la madre veía, adivinaba, lo que, al cabo del tiempo, vendría a ser. Ahora que más allá del río y las almenas, huertas y prados mudaban de piel, ella, en su encierro veía consumirse el tiempo, lo sentía en torno confundiéndose con sus manos que la humedad envejecía, con sus ojos borrados y sombríos.

Se preguntó si alcanzaría un nuevo estío y en respuesta, más allá de los bosques de avellanos, un repicar agudo le animaba, más nadie ya, salvo la mano que cada día empujaba aquel plato de estaño, debía recordar su nombre que para siervos y parientes debía ser como el escudo ciego de la entrada.

Quizás su sino fuera quedar así, como estatua de sal entre la piedra, entre el verdín de los adobes o bulto de caliza en el breve crucero de la iglesia, con la cabeza hundida en la almohada maciza, alumbrada a la tarde por el espeso haz que dejaban pasar las estrechas ventanas. Su destino tal vez se hallara en un grave silencio, altivo y a la vez anónimo. Tal vio a damas y princesas reales en sepulcros solemnes cuando el viaje a la boda del pariente. Todas en su mejor edad, más allá del tiempo, altivas, sonrientes, pérfidas o castas, tenían su esposo al lado con la mirada firme, clavada en la eternidad, en un cielo que los unía para siempre. Allá, en aquel crucero que bañaban de distintos colores las sucesivas estaciones, las nubes y las horas, nunca vio ninguna sola, como si solas nunca fueran capaces de morir o como si, más allá de la muerte, siempre hubiera, como en la vida, un hombre fiel, amigo y caballero, dispuesto a servirlas y guardarlas hasta el día del Juicio.

Unos adustos, graves, con sus siervos y vasallos en torno al mármol cargado de trofeos y guirnaldas; otros más jóvenes, con los ojos abiertos como mirando sorprendidos su temprana muerte, cerraban filas en torno a lápidas escuetas de obispos y cardenales cuyo apellido desde la cripta al claustro, se iba prolongando en varias generaciones sucesivas.

Y cuando ella en las largas noches de la torre, se imaginaba así: tendida, inmóvil, nunca veía a su lado otro hombre armado sino el padre con sus manos cruzadas sosteniendo su gran espada enmohecida. Quizás aquella torre era su lecho total, definitivo, de donde habría de salir la corona leve ciñéndole las sienes, la mano diestra en alto y los dos canecillos a sus pies, robando a la madre no solo el amor del padre sino aquel otro más allá de la muerte donde no llega el placer, ni el murmurar remoto, ni el encrespar repentino sino tan solo el reposar unido más allá de los laudes y los salmos.

Así el tiempo se queda en un instante. Así se queda entre el calor y el miedo, en olvidar el runrún de la máquina y los días que aún restan para verla, tal vez olvidada, incluso de uno mismo, del agua helada que tozudamente vuelve a cegar los caminos del alba. Más allá de esas gotas, de su tranquilo deslizarse mudo y sombrío está ese viejo necio que no verá llegar la primavera. Tanto mejor. ¿Qué ve?, ¿qué siente? ¿Hasta dónde puede llegar, andar o vaciarse? Tan necio como su afán en el hielo que piensa hacer llegar hasta la carretera. Un camino inútil, un trabajo bueno solo para sacarle de su encierro voluntario.

Él, negándose siempre a marchar, él, recelando siempre cuando nada le queda por perder en su reino de telarañas y cascotes. Nada le resta salvo el cuerpo muerto en su lecho de fango, bajo los urces qué el invierno acabará agotando hasta mostrar su huella, su contorno, tal como lo sigue imaginando cada noche. Si fuera un hijo se llegaría a entender, pero el nieto que vive apenas vuelve, salvo en alguna ocasión ya mediado el verano. No es nada para él ese rostro en el barro, con la barba erizada, helada, seca y, sin embargo, vive junto a él, quizás mide su vida sin juzgarla, recela y teme en los días vacíos y en las noches insomnes que alguien venga a buscar los restos y su vida quede vacía como el corral, sus urces y sus

lábanas.

O quizás no olvidó, quizás él también espera su venganza, alzar en cierto modo viva a su hija, descargarla de su inerte despojo de aquella noche, apagar para siempre la luz temblando en la mano del nieto, erigirse en juez de su miedo y su silencio, salvar su propia vida por lo que en el refugio subterráneo fue justo o no, pudo ser evitado o permitido.

Puede que en ello ande la razón de negarse a marchar. Espiando la trinchera que cava de día, se le ve volverse hacia el monte de las liebres, buscar con la mirada el reflejo del arma y volver al tajo. Luego, a la tarde debe contar sus idas y venidas, los golpes del hacha sobre los piornos helados, los pasos lentos, mullidos, pegajosos sobre el cieno y el abono. Puede que lleve también el cálculo de a quién de los dos llegará a faltar antes la cecina o la carne, cuál de las dos hogueras durará más encendida.

Después de todo ni le compadece, ni le teme. Poco a poco viene ese sopor, esa calma en que se entra pensando «nada importa» que se desearía prolongar al resplandor de las estrellas, que en un instante se abre, igual que si de pronto amaneciera.

Es preciso acostumbrar la vista y la memoria. Se piensa al pronto que se está en otra parte, que es de día, que se ha nacido apenas, que se tiene en las manos aquel tosco fusil del padre sistema Lafusset, peligroso para correr con él por el monte, con sus cartuchos de aguja como punta de erizo, presta a hacer reventar el cartucho al menor resbalón, a la menor caída.

Se piensa en aquel tiempo y en el pueblo tan lejano ya que es otro. Se recuerda y desea a la muchacha de la venta solo dispuesta a pactar con forasteros, tendida, inmóvil, dejando hacer sobre sus pechos nuevos y viejos, sobre el leve verdín del bajo vientre, sola después, mirando desde la ventana el declive que lleva al pie del mar, apenas entrevisto entre barreras de nubes y desiertas derrotas.

De aquel tiempo en que la muerte estaba allí, entre todos, en que la vida se mantuvo al filo de mezquinas venganzas y denuncias secretas, queda ahora esta otra muerte | diferente y definitiva, sin testigos, a no ser por el viejo que en medio de la nieve cava su camino.

Allá aparece como cada mañana. Hoy más temprano, señal de que no pudo dormir la noche. Mira al cielo que se ha abierto por un

instante y pretende ignorar las avalanchas con que el viento del valle todavía amenaza.

Mil metros, mil quinientos, puede que más. De cualquier forma demasiado lejos para el fusil del padre. Quizás más cerca, arrimándose un poco al murallón de nieve que el viejo va alineando a sus espaldas. Acertarle como al otro y junto a él enterrarle. Nadie iría a buscarle allí; el nieto sobre todo; lo más probable es que allá en la capital, respirara tranquilo de una vez para todas y el barro del corral acabara de borrar aquel segundo enterramiento. Nadie vendría a investigar, cavar, organizar la búsqueda. A nadie importan la vida o las razones de un viejo. Los dos podrían quedar bajo tierra para siempre; el uno con su corona de urces, el otro, como tantos, con su rencor a cuestas, como todos aquellos tras la capilla en el huerto de las cruces dominio de las liebres. Esos no tienen ojos, boca, manos; la nariz fue pasto de la lluvia, las orejas del viento y sus pies indiferentes reposan entre la broza de los cardos. En su barba del color de la greda brillan ahora relámpagos de luz, puntos de nieve como cristal que el día hace temblar en un rumor de gotas perenne.

Lo que no dice la canción de la Dama es que el padre llegó a estos valles, al igual que tantos, con siervos y ganado, esperando encontrar tierras mejores, pastos más abundantes. Solo halló laderas de cascajo, tierras tan pinas que era preciso cuidar de que los animales no resbalaran yendo a dar con su osamenta en el río.

Eran tierras de poco pan, de vino áspero, a las que era preciso dejar descansar demasiado a menudo, hasta quedar abandonadas definitivamente. Fue entonces cuando, piedra a piedra, desde el río a las cimas, se comenzaron a trazar con gran acopio de hombres y bestias esas tapias de piedra que, dividiendo el monte, apuntan hacia el río hasta correr paralelas a su cauce. Fueron haciendo primero las más altas y a medida que alcanzaban las orillas se transformaba la tierra en torno, pero al cabo de los años, de todo aquel esfuerzo diario quedaba solo un laberinto de pequeñas murallas que fue preciso abrir en pasos y portillos para que en él pudieran pastar a su antojo los ganados.

Más tarde azaleas y madroños cubrieron las inútiles paredes, los

mojones solitarios que señalaban tierras de nadie, lugares donde oí el final de la canción que dice:

Y la Dama con gran sed
desde su torre albarrana
ha visto venir al padre
por una calle empedrada.
—Padre mío, escúchame:
no me tengas encerrada
que de hoy en adelante
he de ser tu enamorada.

Desde entonces lo fue. Quedó desierta la cocina donde el amo se acercaba al fuego, a volver a la vida pies y manos viejos de tanto andar sobré el fango y la escarcha.

Vinieron para la Dama, desde más allá de las Hoces, blancas camisas, túnicas recamadas, largos sayales y un manto azul bordado en plata. Trajeron también torques para sus brazos, anillos y sortijas y un broche como nadie vio hasta entonces, de oro labrado en torno al ojo inmóvil de una gran esmeralda. Y los más se acordaban de la madre, encerrada por propia voluntad, que no por la del padre, apenas ya una sombra, como la Dama antaño. Para la Dama mandó el padre construir un baño de enebro y haya. A mi cuidado estaba calentar el agua, acarrearla, traer las ropas nuevas, ensillar el caballo, tener presto el halcón bien sujeto por bajo de las corvas. Caballo, halcón y Dama, recién bañados, bien limpios y pulidos se perdían rumbo a los bosques de castaños, siempre lejos del padre que, al igual que el abanto, gustaba de las cimas. Se diría que la pequeña, a pesar de su buen rostro ahora, de su cuerpo otra vez entero y lozano, solo fuera capaz de reunirse con el padre a la noche, en la penumbra de la alcoba, medida por sus pies y manos, por sus pechos de nuevo vivos y sus muslos valientes donde el padre nacía, para morir después, de pronto, boca con boca, espasmo contra espasmo.

Todos allá en la cocina, junto al fuego, callábamos, pero el amor arriba, en la alcoba adornada con vidrios y cortinas, seguía agrio y furtivo, prolongado y tenaz tal como suenan, quejumbrosos, los amores tardíos de los gatos.

Mas a pesar de todo, del luto de la madre, de la muerte que le fue siguiendo los pasos por la escalera maciza de la alcoba, si

alguno me pregunta, yo le contestaré: esta es mi Dama, de la que nunca supe si subió esa escalera por propia voluntad o siguiendo el consejo de la que no tiene nombre. Nunca después, herida o a punto de entregarse a ella, en el camino quemado por el sol, abriendo brecha frente a sus enemigos, o al amparo de su tienda, habló de aquellas noches, ni de día, ni en sueños, ni tampoco de la madre, enterrada tiempo después, no en la iglesia, junto al altar como dispuso un día, sino en un rincón, lejos de las pisadas y las voces y a la vez también del rumor de los clérigos y sus cantos solemnes. Allí quedó en su lecho estéril de caliza, olvidada, más muerta aún que el valle cuando en invierno se oscurece y arriba el quicio de la gran ventana parece la puerta del Paraíso o del Infierno. Quedó en su Purgatorio si es que aún le quedaba algún pecado que borrar, donde los ojos son de cristal sin color y las manos carámbanos helados, donde las grietas comidas por el viento guardan aún ese gesto fijo y terrible del último sufrir de tantos días inútiles o tristes.

Años atrás, en un invierno tan duro como todos entonces, pensó huir hasta el mar, buscar nuevo trabajo. Cuerpo con cuerpo a espaldas del cliente quién sabe si satisfecho, o no, dormido hasta la hora del alba, procuraba enderezar su cuerpo flaco dentro de aquella piel marcada por el sol y el vestido, crecido allí, en la penumbra del jergón a la sombra del amo entre el tormento oscuro de sus brazos.

El amo la vio nacer de nuevo en aquel cuarto, tomar vigor, presencia, conciencia de la herencia que súbitamente con la muerte de su mujer venía a caer sobre su espalda, sufrida y aceptada sin rencor y sin lágrimas, como el humo que a la mañana le hería la garganta, como subir el agua, dar de comer a los animales, contarlos, asistir a sus partos laboriosos. Una herencia total, prevista ya, antes de quedar sola, con los primeros clientes ocasionales.

Allí en la cama estaba, iluminada por la luna, la huella de los dos cuerpos fundidos, una señal blanda, profunda, rastro de un breve amor, crispado, arrancado a tenazón para, a poco, olvidarse.

Fue aquel amor del amo con ella siempre callado abajo. Nadie quiso saber de aquellas noches en la venta, quizás porque invocar la

justicia fuera llamarla para todos, desenterrar de nuevo tras los días no lejanos de la guerra, un recuerdo de muertes, ejecuciones, represalias que de nada servía repetir a la inversa, aunque alguno lo intentara, no con el juez de abajo, sino con los recién llegados del otro lado de la Raya que por entonces comenzaron a dejarse ver entre dos luces, en los pasos altos.

Aquel traía olor a monte aunque no era del monte, ni pastor ni ninguno de aquellos arrendatarios de cabañas medio dormidos mañana y tarde entre el pasto, con el cigarro en la mano y la mirada perdida tras las reses. Ni tampoco vestía sus chaquetas rotas, deshechas de tan viejas, ni el pantalón azul a medio remendar. Llevaba una de esas saharianas azules de las minas y las botas de monte de goma y lona como los cazadores. Tan inmóvil se le apareció, tan difícil de distinguir que casi cruzó a su lado sin verle, sin atender a su voz cuando más tarde, a sus espaldas le llamaba. Olía como los cazadores, a humo sobre todo. No hablaba en cambio, apresurado como ellos, de ese modo que buscaba ser simpático apenas conocido, pero como ellos, apenas se sentaba. Si lo hacía era para fumar más cómodo, para encender pausadamente su cigarro. Caminaba sin prisa, se movía como si conociera dónde iba a posar los pies y una vez que se le distinguía entre la jara, entre los brazos oblicuos de las pizarras, se notaba al instante que era ajeno a todo cuanto allí le rodeaba, que incluso inmóvil se le hubiera podido separar de los otros, aunque solo fuera por el rostro afeitado a medias.

Preguntas vagas y respuestas temerosas; preguntas para fijarla más que para saber, para hacerle detener unos instantes, para hacerle vencer el miedo a la negra pistola en el cinto de lona adonde una y otra vez los ojos se volvían. Preguntas y en un principio como respuesta monosílabos, luego, al aparecer de nuevo cada día, al hacerse reconocer por el leve desprenderse de la grava y el rechinar de los cistos en sus flancos, los caminos de los dos se unían hasta el principio de la carretera.

Y cuando por un tiempo desapareció sin explicar nada, sin aclarar nada de aquel primero y extraordinario viaje que no sabía cuánto iba a durar y si tendría un final parecido al comienzo inesperado, se acostumbró a no tratar de llenar tantas horas vacías, sobre todo a la tarde, en los primeros instantes de la noche, con

otras sombras, con otros hombres que desde el llano a la venta subían. Si no esperaba nada, tampoco nada extraordinario, bueno ni malo, podía suceder. Quizás también él hubiera huido definitivamente a la costa o —pensando en el arma del costado— habría muerto como tantos otros, como tantos compañeros ametrallados en alguna carretera lejana.

Solo pero no tanto, aislado en apariencia, porque desde el primer instante se sentía a los otros, a los que nunca vio juntos, sino después, muertos en el barro, ante la puerta del Ayuntamiento, cruzando a lo lejos, resbalando sobre los pastos como las sombras de las nubes continuas y fugaces.

Perdió la cuenta de los días que habían quedado atrás. El invierno echó sobre sus ojos una cortina de barro y humo, de silencios vacíos y cálidas noches. Fue la nieve cayendo como ahora y desde la gran ventana hasta la segunda cordillera solo crecía, a cada bocanada de la sierra, la piel hirsuta de los álamos. Ya nadie aparecía al otro lado de las tablas del mostrador, era inútil escuchar como tiempo atrás, durante tantos días, los murmullos entre vaso y vaso, intentar descifrar las vagas alusiones de los guardias que a veces aceptaban una brisca siempre lejos del marco luminoso de la puerta.

Un día volvieron los cazadores. Parecía mentira que después de todo un día caminando, comiendo apenas, de paciencia infinita con tan poco provecho, aún les quedaran ganas y fuerzas de acechar. Desde niña lo sabía, pero siempre era así. De mañana algún disparo solo, vago y lejano. Nunca llegar a verlos, como a los otros, pero sí sentirlos en el viento, en los ecos que la brisa traía. Era un aviso que tardó en comprender, pero que el amo le enseñó a entender desde pequeña como el primer amago de la nieve o el griterío de los grajos.

Los grajos eran como los cazadores, siempre charlando, alborotando, amenazando con marcharse y siempre al pie de la ventana de basalto como si el mundo empezara y acabara allí, como las nubes, apretadas, amenazando también, lluvia, tormentas, nieve para, una vez cruzada la cordillera, deshacerse en inútiles penachos.

Así cuando llegó para ella la noche inevitable, aceptó las manos del amo que abrían camino a otras manos de que oyó hablar siempre y sintió su rencor acumulado más allá de la maraña de pelo

ensortijado y cano que se tendía, deslizaba, fluía más allá de sus muslos y sus pechos.

Se sentía dentro de la piel, de la memoria de la noche, en su misma carne, a medida que la piel y la carne del amo se iba plegando, hundiendo en ella, y sin embargo, al fin y al cabo, todo debía de ser así: tal era su herencia venida de quién sabe cuántas otras muchachas.

Era su herencia y como tal la aceptó. Por su boca nadie lo supo aunque el otro lo adivinara a los pocos días de su vuelta. Vino hosco y solo, extraño. No le propuso nada, ni habló apenas. Escuchaba impasible su charla interminable y la miraba como en un espejo en que los dos se vieran más allá de los pasos que las nubes cerraban. Luego, tras separarse, el mundo de tierra y jara volvía a tener olor, sabor, más allá del olor del amor, del sabor de la piel del monte, de la nueva incertidumbre cuando la noche caía sobre su lecho furtivo de cistos y retamas.

Vivir no sirve si no es para algo, ¿para qué? A fin de cuentas el otro mata de vez en cuando, pone fin al huir quebrado de las liebres, fija en lo alto el espanto aparatoso de las codornices, va y viene, enciende el fuego, duerme, mira los pasos con sus viejos prismáticos para olvidarse del cierzo y de la máquina.

Vivir en cambio día a día, esperando, aguantando, cerrando el paso a la que no tiene nombre, tiene poco sentido. Mejor tenerla por amiga y compañera. Abrirle esa puerta a la que cada noche llama con su puño de nieve, con su voz que llega, quizás del mar, desde la cordillera donde el viento nace. Cada noche es un largo porfiar con ella, luchar por esa luz que vuelve opacos los cristales; alzarse entre los cuatro muros que rezuman hielo, tras el propio aliento que dibuja en el aire vagas palabras, prolongar una vida que no tiene principio ni fin, que va y viene, gira, se desliza interminable desde una madrugada a otra, cuyo reloj tan solo es la fatiga de la carne, los pies y manos cada vez más torpes, que a su vez dependen de esa máquina averiada, cansada, aburrida o simplemente incapaz de avanzar más como los dos caminos que, a un lado y otro de la carretera sepultada, deberían juntarse bajo al letrero de latón donde el cierzo ha borrado el nombre de un pueblo

que tampoco tiene nombre.

Hierve el aceite, ¿cuánto durará el aceite?, se agita, se dispara hacia lo alto. Su crepitar borra sobre las tablas de la cocina el bufar del viento ¿cuánto dura ese viento? ¿Cuánto vendrá a durar ese pan que se moja, se vuelve a amasar con el agua de nieve y se deja secar para de nuevo calentarle? La radio dice que la máquina no tardará en llegar, mas la máquina calla.

Mejor gastar las piernas. Intentar salir, cruzar más allá del vaho acre del estiércol, aprovechar lo más hondo del talud, excavar un poco hacia la carretera, fingiendo recibir a los que vienen, abreviar el camino acercándolos un poco. Es preciso calentar un poco el mango, tan duro, helado de dormir al raso la pasada noche. La próxima será preciso guardarle como al gallo y sus compañeras que van comiendo el grano puesto a ración, que se alejan a ratos por las casas vecinas en búsquedas inútiles que les devuelven con el pescuezo hundido, al calor de la paja en el establo.

La gran puerta en la sierra, no bufa allá en lo alto; vienen manchas azules pero el sol no asoma; la pala va marcando sobre el hombro el compás vacilante de los pasos. Toda la gran muralla gris de ruinas asoma sus tejados maltrechos, sus muros rotos, los quicios vacíos, las vigas quemadas por el hielo. Por todas partes, solo el compás helado de los grajos y el gotear constante, en cada techo hundido, en cada alero a punto de caer. Hundir la hoja hasta que el hielo roza la mano, lanzarlo atrás, trazando ese camino que cada día y sin saber por qué parece resistirse a avanzar, querer volver sobre el montón de estiércol y la barba florida, hundirse en ella, girar hasta la noche en torno.

Es en el cuarto piso, le dijeron. Nadie va a preguntarte y menos ahora. Tú tienes tu carnet y en paz. La guerra aquí acabó, tú la ganaste. La otra no se perdió del todo todavía.

Un cuarto piso, una escalera casi de caracol, un pulido, deforme caracol de madera que se alza hacia lo alto, hasta casi tocar la claraboya rota por los bombardeos. Aquello no era España, gran verdad, no eran los campos quemados, aturdidos, con el sonar opaco de los morteros a la espalda y los lamentos de carros, bicicletas, camiones delante, repletos de gente civil, buscando la

frontera. No eran los meses, años, con la condena a muerte urgiendo a cada hora, allá en la madrugada, con los disparos inverosímiles, raquíticos en las tapias del huerto, el repentino despertarse, los pelotones de castigo cavando zanjas, ataúdes de tierra y cascajo, preguntándose quién echará la tierra sobre esa tierra inútil, cansada, se diría, sobre los otros huesos, sobre tus propios huesos. No era la hora del paseo en el claustro viejo, a lo largo de sus ventanas cegadas, vigiladas, con sus columnas dobles, esgrafiadas de testamentos, notas, fechas. No era la hora del rancho escaso ni la de las visitas repletas de preguntas y respuestas imposibles de contestar, siempre idénticas.

A la noche intentar dormir o mejor intentar que el sueño les rindiese. Mirar arriba las constelaciones que tantas veces explicó en la escuela, llegar a la penosa conclusión de que más allá o más acá de esas luces temblando quién sabe dónde, la vida valía poco, tenía poco sentido temer, odiar, encariñarse con aquel gato que nadie supo cómo apareció rondando un buen día en el patio. Era un gato normal, luego lo supo, pero a todos les parecía diminuto, pequeño, quizás porque los muros del convento parecían, a la tarde, enormes, como el anfiteatro de la gran ventana, quizás porque los ecos del viento contra dinteles y arquitrabes los alzaba aún más sobre la hierba sucia de cardos y cascotes. No había palabras, ni susurros, ni suaves pasos entre la alta hierba, ni secretos amores y combates de animales nocturnos; solo, en lo alto, la luz helada de esas estrellas que siempre durarán, fijas, inmóviles como pupilas de enemigo. Entonces como ahora, parecían amigas. Su destello intermitente era como estarse despidiendo de la vida, lo mismo que si al alba alguien fuera a murmurar tu nombre, a media voz, una muerte helada y confidencial que de pronto se transformaba en revuelta, sonora en los gritos y en el rumor de platos y cucharas, en los himnos de despedida de los otros reclusos.

Allí estaban en lo alto, rojas, verdes, azules con su guiño intermitente o con su brillo helado como el aliento de la piedra abajo. Lucían tal como ahora sobre la habitación al final de la escalera en otro tiempo solemne, donde esperaba la nota, el telegrama o la visita del amigo, ese amigo que todo lo sabe, con el que habría que volver sobre, sus pasos, más tarde, con el que habría que volver a hacer el camino de vuelta, cruzando la frontera, esta

vez a la inversa. Volvería a rehacer su camino todo a lo largo de la cordillera bajo las mismas nubes veloces, entre las no olvidadas cañadas pinas donde el brusco deslizarse de la grava a sus pies podía poner en pie los somatenes.

Dormir de día, caminar de noche, robar el pan, el queso puesto a secar en las ventanas, beber el agua de los manantiales donde los ríos nacen, no hablar, solo escuchar y mirar, concentrar en los ojos durante el día todos los sentidos, en el oído a la noche, midiendo el turno de vela por el lento caminar de su propio cansancio, por el peso de los párpados o el repentino acometer del frío. Hacerse obedecer de los demás en todo, como en la huida cuando fue idea suya quemar los petates, la paja del convento, alzarlo en llamas, abrir la puerta oculta por el humo donde los centinelas disparaban sin ver, guiados tan solo por las voces y los pasos.

Luego hasta la frontera, aprendió a administrar las fuerzas, a elegir los pasos, adivinar los humos de los hornos donde se cuece el pan, distinguir en el fondo monocorde de los vados una res perdida, su pastor, el lento avanzar de un carro antes de aparecer abajo, seguirlo hasta los caminos vecinales, interpretar la seña de una leve mancha de polvo o encontrar una fuente o un arroyo de nieve oculto entre los jaramagos.

Cumbre tras cumbre, siempre lejos del mar, siempre de noche, descendiendo solo en busca de comida, quemado por el sol y el cierzo, de igual color que las ropas robadas en los prados, había llegado con los que le siguieron a un bosque de hayas grises, desnudas con sus ramas arañando el cielo. Quedaron toda una noche aguardando al guía, mirando las estrellas que comenzaban a apagarse en lo alto. Nunca supieron de dónde salió. Parecía haber crecido allí, como las hayas, como el bosque de robles. Les había mirado y al fin hizo el gesto de aceptar y todos iniciaban lo que él suponía su postrer asalto. Luego, bajando al otro lado ya, los primeros letreros en francés que traían a su memoria vagos recuerdos de su pedagogía. Después aquello de: nadie va a preguntarte. Si te preguntan toma este carnet. Toma esta dirección y este dinero. Ahora solo descansar y esperar. Cuando llegue el momento yo mismo te pondré ese telegrama.

Así pues, esperar o comenzar de nuevo, paseos hacia ninguna parte, en torno a las tenaces manecillas del reloj, a aquel puñado de

horas. El otoño venía por la gran avenida de castaños, por aquellos bulevares inmensos, con sus bares siempre a punto de cerrar y sus tiendas vacías. Esperar el aviso, el telegrama, tomar ese café tan malo que dejan tras de sí todas las guerras, fumar, visitar los museos de la villa, volver a ser de nuevo como todos, retornar al ritmo de los días perdidos, como las ruinas, las trincheras que ya se iban borrando o los mercados donde las flores y las carnes otra vez florecían.

Cada mañana, desde aquella habitación de campanario que dominaba en torno un paisaje de avenidas y tejados, bajaba hasta la calle inmensa, la más amplia y profunda que hasta entonces recordaba. Como cosa de reyes, se decía, y allí al final estaban, al otro lado de la verja monumental que por primera vez se abría tras el fin de la guerra. De vuelta a sus lugares primitivos, allí estaba en imágenes, en cuadros como los viejos libros de la escuela, la historia de cómo se hace una revolución y de cómo al final se la traiciona. Muchas veces en la soledad del monte, en las noches de vaguadas y pajares, recordó a aquel Napoleón visionario todavía en la guerrilla, mucho antes de aquella escena en que, con manto real, su historia en los cuadros concluía.

Pasear, ver los museos, deambular por sus jardines, esperar aquel pequeño tren cercano al río, del mismo color del río y de las casas, con sus puentes famosos y sus mudas gabarras junto a la torre famosa, enhiesta, sobre sus cuatro pies, vuelta a armar, vuelta a alzar, con su remate perdido entre la niebla.

El tren, los vagones rescatados, el material salvado de la guerra, adecentado apenas, corría retumbando, ceñido a la corriente, sorteando jardines muertos, precipicios urbanos, puestos de nuevo en pie, túneles que iban quedando atrás, apresurados.

No iba a estar hoy tampoco el amigo. No estaría más tarde, ni mañana, ni luego. Quizás hubiera huido, marchado al norte en busca de un trabajo cualquiera. Puede que no creyera en la nueva ocasión y huyera, sin quererlo confesar, como tantos otros, sin dar la cara, en suma, después de haberla dado ya tanto contra los alemanes.

En el modesto hotel, recién abierto, recién rescatado de no se sabe qué tropas, soldados, refugiados, agentes, nadie daba razón. Solo una breve nota con un nombre que suena a falso y una

dirección verdadera. Sin consultar el mapa, ya adivinaba que será en el sur, muy cerca de esa frontera a la que el amigo no quiere acercarse, más allá de proyectos y promesas. Es inútil insistir más, buscarle todavía. Ya nada le retiene junto a ese río que se esconde también, que corre hacia su refugio subterráneo, si acaso despedirse, desearle suerte, estrecharle la mano y en paz, suponiendo que consiga encontrarle.

A la noche, otra vez en la villa de los jardines y el emperador, en el cuarto que domina los laberintos de castaños, el huésped preguntará por la cita fallida, en tanto ojea los periódicos. Él tampoco quiere volver, enrolarse, pasar de nuevo la frontera, no quiere hablar de sus dos guerras pasadas, de la primera viva todavía, de la segunda concluida definitivamente. Finge no interesarse por lo que sucede allá abajo donde se acaban los gendarmes, donde empiezan los caminos que tan bien conoce, entre el mar y la cordillera. Aquí en la villa ha encontrado su modesto pasar y, cueste lo que cueste, está dispuesto a acostumbrarse.

De nuevo en el otoño comenzaron a alzarse las voces en torno al gran fuego de la sala. Venían nuevos huéspedes, hablaban de la guerra que ya se avecinaba, de recuas y peones que era preciso alzar, de los nuevos reyes que sería preciso alzar también, de los otros que por débiles o viejos, para nada servían, de reunir los mayorazgos y enderezar el rumbo de aquellas tierras que según sus voces eran ya de todos y de nadie.

Así el tiempo de una guerra más se avecinaba, venía no desde la ventana callada ahora, sino de abajo, de las tierras fértiles que habitan los más afortunados. En lo alto, los gavilanes, y los corzos sesteaban el invierno; abajo el padre, con sus amigos y parientes, soñaba nuevos predios más allá de las Hoces, molinos y aceñas, lejos de aquel patio negro y cuadrado, de sus almenas brotadas de verdín, a la orilla de ríos no encrespados y estériles, sino tranquilos, lentos.

Días de voces que no llegamos a entender, de diezmar los rebaños de corderos, de arrasar en la casa bodegas y graneros. Al alba, parecían todos haber olvidado la razón de su visita, aquella campaña al parecer tan importante, según la prisa que les llevó

hasta allí, según el tono tan firme de sus continuas protestas. Mas a poco su entusiasmo renacía y una vez el hospedaje terminado, en nuestro patio ruin, sobre las lábanas aún húmedas de cierzo, se alzaban, otra vez por encima del rumor de los relinchos, promesas de aquella lid inevitable.

Nada nuevo sucedió por algún tiempo. El tordo siguió espantando la noche con ese canto repetido, tartamudo, de quien no sabiendo hablar está a punto de romper a hacerlo; los mirlos respondían hinchando la blanca medialuna de su pecho, las chovas alzaban su algarabía en los refugios de las altas rocas y más allá de los hayedos, donde el padre solía cabalgar, el urogallo abría de par en par el oscuro abanico de sus alas para lanzar hacia las nubes ese grito nupcial que la Dama escuchaba ensimismada, respetándole siempre, sin querer sacrificarle, tal como si uno y otro cantaran a la vez en la pesada soledad del bosque. Luego, a la vuelta, callada como siempre, el trote de su cabalgadura no era ese paso alegre de los días ganados, sino un viaje vacío, ensimismado. Fue por entonces cuando me preguntó, de pronto, si yo no buscaba mujer como los otros. Yo no supe qué contestar y para no mentir, le hablé tendido y largo de mi madre. Pero mi madre para ella no contaba y así volvió a la carga. Entonces respondía que, aunque muriera, bien cuidado quedaba yo, al amparo del amo de la casa, que no echaba de menos nada en leguas a la redonda.

—Tampoco yo —dijo a su vez la Dama y volvió a su silencio no de bodas, tálamos y joyas como el susurro de las dos hermanas, en las galerías de la torre, sino de cierzo y noche donde el canto del gallo rey iba y venía. Ese canto de amor crispado, solitario, más allá de sus fuerzas, que resonaba entre los piornos un instante, y en el que siempre arriesgaba la vida. Así debía caminar la Dama arriesgando sus días en su amor solitario con el padre, más allá de las estrechas ventanas que ahora aparecían. El río se alzaba a nuestros pies con las primeras nieves y el canto solitario de la Dama y su gallo sonaban sobre su despertar no como amor tranquilo, sosegado, lento, sino grito iracundo, roto como un afán desesperado de dominio y muerte que recordaba al padre en el lecho, horro y vacío esperando su juventud en vano junto al otro cuerpo.

Día claro, la nieve brilla sobre un silencio que no llena el rumor de la máquina definitivamente perdida. El humo al otro lado de las ruinas dice que aún el otro cocina, se caliente, respira.

Le podría gritar, hacerse oír, preguntar cuántas liebres mató, cómo van sus provisiones, la cecina, el carburo, pero nadie es capaz de contestar, ni siquiera de hablar, no por pereza, sino por hábito de no cruzar palabra durante tantos meses. Los disparos arriba y el golpe de la pala abajo es su único diálogo, las miradas sin ver, sin querer reconocerse, se cruzan a lo lejos, van y vienen, de nada sirven como caminos y senderos ocultos, borrados por los derrumbes, por tejas y cascotes que los gatos silvestres cruzan con su medido y blando paso. Del otro lado de las Hoces debe traer la radio el rumor de la ciudad. Apenas enterarse, saber que el mundo sigue y apagar, porque de todos modos esas voces, músicas, anuncios dicen menos que las nubes arriba girando, abriendo el sol, cerrándose.

Día claro, brillante; espalar, ¿para qué? No por ninguna razón de amistad, tampoco por sentirse solidario, tal vez por matar la mañana, por afán de trabajo que viene a ser lo mismo.

En lugar de seguir ese canal que es un puro destello a mediodía, con el sol en lo alto hiriendo de tan duro, podría buscar, golpe tras golpe, latido tras latido, con los pies yertos y las manos ardientes de tan frías, ese cuerpo envuelto en su mortaja de ropa muerta pero no de olvido. Luego bajar y denunciarlo. Él lo vio, ayudó a alzarle, a sacarle de la casa, incluso presintió su fin, aunque no de aquel modo, de improviso.

Ya todo sucedió, ya nada vale; si entonces lo calló, ahora hablar es inútil; mejor seguir en la trinchera de cristal en tanto el cierzo no se alce.

Mejor detenerse y escuchar el golpe intermitente, seco, que van multiplicando las montañas, acelerarlo hasta/ llegar a los mismos cimientos de la escuela donde, entre vigas rotas, más allá de las manchas como vellones cruzando el cielo por encima de las tejas rotas, suenan, se entienden las voces de los niños aprendiendo, inventando no la muerte del muerto, sino la historia de la Dama. Entre aquellas paredes donde la cal se resiste a desprenderse igual que los recuerdos, en donde los muñones del tejado asoman entre la pizarra y la piedra luchando por vivir, todavía se respira ese olor a

ropa de mayores, heredada, zurcida, prestada, se escucha ese compás de versos monótonos a los que solo ellos son capaces de dar un sentido de historia verdadera, la historia de la Dama que fue a servir al rey por no haber hijos varones en la casa.

Bajo la gran ventana, como más allá de las Hoces hoy, representaban su partida con el pueblo en pie, con rumor de vecinos y campanas, con su armadura de latón brillante, un poco deslucida por la humedad y el polvo, vuelta a pulir con la arena del río, vuelta a ceñir con cintas de colores. En el silencio abierto, cara a los montes, las voces se aguzaban, netas, claras, por encima de su caballo lustrado y cepillado para tal ocasión, alejándose paralelo al río con su escudero al lado. Más tarde, en el otoño, allá en la Cándana, donde sus enemigos acabaron con ella, se la representaba ya tendida inmóvil, sobre su catafalco de madera, enriquecido con reposteros y ramos de flores, toda de blanco, vestida de mujer, como nunca en vida se la vio desde los días primeros de la guerra.

Todo un mes de discusiones, informes y proyectos. Un mes más sin llegar a un acuerdo. Dividirse en dos grupos paralelos como aquellos de los lejanos tiempos de la escuela. Primero y segundo curso. Todos, veteranos y bisoños, aprendiendo de nuevo, acostumbrándose a las marchas, esta vez al amparo de los bosques, a disparar y retirarse, a manejar mechas y cargas, orientándose con mapas rudimentarios, tan vagos como los caminos que en el cielo marcaban las estrellas.

Tú eres de allí, te repiten cada día, tú conoces allí a la gente, tus alumnos de entonces ya son hombres ahora. Ellos, sus padres, van a ayudarte, esperan como tú esta ocasión definitiva. Ellos confiarán en ti más que en cualquiera de nosotros, más que en cualquiera de ellos. Miraba esas estrellas que eran las mismas más allá de los bosques donde acababan los barracones del campamento entre la sombra de los pinos, no lejos de los puestos de los gendarmes, preguntándose cómo les rodarían las cosas esta vez, en este viaje de vuelta discutido, preparado en sus mínimos detalles. Procuraba recordar sus palabras, interpretar los gestos, el valor, las razones de los últimos días antes de derrumbarse el frente, a lo largo de la retirada que acabó con los huesos de todos en el convento

convertido en cárcel. Se imaginaba los gestos recelosos, el miedo a apostar por una baza incierta, el no comprometerse sino ante la realidad de unos primeros éxitos.

O tal vez era él; tal vez sus viejos días de escuela y seminario seguían pesando, volvían de nuevo.

Tú eres de allí, decían, y justamente por eso, desconfiaba. Justamente por eso allá iba otra vez, a la huella de los guías, rehaciendo un camino que se había jurado no volver a pisar con un arma en la mano.

Esta vez más fácil encontrar las veredas, los pasos y los puentes, peor en cambio con los otros detrás, con sus vidas pendientes de aquella disciplina particular, a base de amistad y norma, de miedo y necesidad, de disciplina y ritos.

Abajo, en las noches de luna, relampagueaba el mar, se le oía crecer como a aquel otro río de la aldea desde la gran ventana, partiendo en dos las ruinas miserables. Caminaban de noche casi siempre con las estrellas en lo alto, salvo en días cerrados, cuando la niebla parecía a punto de romper los huesos, los muslos y las manos, apagar toda luz, en la que al cabo surgían bosques apretados. Descansaban en ellos, acogidos a un amparo rutinario. Tú eres de allí. Tú les conoces bien. Mas los caminos, los amigos y hasta los enemigos cambian en una noche, desaparecen, se alejan o se olvidan. En cada encuentro, a lo largo de la costa, en las calas remotas o en perdidos caseríos, siempre los mismos gestos vagos, imprecisos, igual desconfianza arropada de vino, tabaco y pan, invitándoles a seguir su camino, a no comprometer, a esperar en lo alto días mejores.

Y en la mirada de los cuatro otra desconfianza iba naciendo. Aquello no era, como se dijo, contar con todos, esperar en todos, incluso en los peores trances, desbandados o heridos. Aquí el miedo, la prevención, las dudas saltaban, apenas se daban a conocer, no amenazando ni exigiendo nada, antes de hablar siquiera era preciso, con la luz en el cielo a punto de romper, suspender las razones cien veces repetidas, alzarse, repartir los impresos de siempre, cargar con los macutos y las armas y volverse a lo alto, con la impresión, cada vez más agobiante, del tiempo malgastado y el trabajo perdido.

Les veía impacientes por llegar al otro lado de la gran ventana.

Quizás allí esperaban más aliento y ayuda, incluso aquel apoyo del que tanto se habló al otro lado de la frontera. No sería preciso bajar a los pueblos, arriesgando por nada el pellejo y las armas, quizás se consiguiera tomar contacto con las demás partidas hasta llegar a formar aquel frente común por el que tantos, a un lado y otro de aquellos montes, llegaban o se mantenían, invierno tras invierno.

Aquella madrugada por vez primera desde tiempo atrás, se encendieron las luces de celosías y pasillos camino del cuarto de la Dama. Esta vez era la voz ronca del padre llamando, blanco, desnudo, herido, como la luz que comenzaba a arañar los ajimeces. Le acercaron el rostro al fuego de la antorcha y el olor de la estopa ardiendo le hizo toser y revolver los ojos como huyendo del mal que desde la penumbra revuelta de las sábanas le miraba a su vez, sin murmurar una palabra, sin mandarle sangrar como alguno aconsejara.

Ya por el corredor venía la segunda de las hermanas. Viéndola caminar en busca de la alcoba, contemplando su sombra tras de la luz que marcaba a la vez el camino de sus pasos, se diría que iba en busca del padre la que no tiene nombre, con su espada y su manto brocado, tal como dicen que se viste y prepara cuando tiene intención de arrastrar más allá de la vida a los ricos y a los poderosos.

Todos callamos, muchos se hicieron la señal de la cruz en tanto sobre el río despertaban las chovas. Y dicen los que estaban junto a la puerta que las dos hermanas apenas se miraron; la Dama siguió en pie, ahora en su rincón, en tanto la mediana se acercaba al lecho donde el aliento del padre era un quejido, no de dientes afuera sino de piel adentro. Según amanecía, a medida que el sol iba creciendo, ese sol afilado del invierno, salía a la luz el miedo a morir del padre, de aquel castigo que le punzaba en el costado, de ese dedo de Dios que poco a poco se le hincaba buscando el corazón a pesar de compresas y sangrías.

Al quinto día el mal quiso ceder, según unos por el vigor del amo, según otros por las misas y oraciones, por las muchas limosnas con que tantos mendigos salvaron con holgura aquel invierno. El amo se salvó también, mas no del todo; la que no tiene nombre le

dejó bien marcado en cuerpo y alma, sin fuerza para andar, mantenerse a caballo ni acercarse a la Dama, ahora sombría y muda, bien marcada a su vez por el odio de las otras.

Junto al fuego callaba, contando el paso de los días. Más allá de las llamas debía ver la nieve cubriendo ya los pasos, los hayedos, los puentes, terca aún con el agua en los remansos, para venir a amanecer una mañana convertida en lastras, pulida, inmóvil hasta la primavera.

El amo con su vino en la jarra y sus piernas inmóviles debía ver más allá del fuego su tiempo mozo, su boda ya olvidada, el nacimiento de las tres hermanas, los largos días del verano en el monte, las largas noches del invierno reciente por el bosque frondoso y púber de la Dama. Y fue en un día de esos, entre el vino y el fuego cuando a caballo, abriéndose camino, cruzando a pie los puentes y los pasos, llegaron los mensajeros que tanto temía y a la vez esperaba.

Bien; ahí está, ahora llega su rumor inconfundible. Ahí viene con sus aspas poderosas. Se acerca, se adivina al extremo de su talud brillante que vuela en dos mitades, convertido en penachos mecidos por el viento de la tarde. El estrépito crece, más tarde se hace estable, igual que si encontrase una lastra más dura. Luego, cuando el rumor se aleja y borra definitivamente, todo el mundo que sestea o se agita por encima o bajo los tejados renace. Con las últimas nubes alzadas, rotas por los rayos del sol, ese sol que ya muere para siempre, cruza de pronto una sombra fugaz. El gallo alza al viento su voz de mal agüero. No era la máquina. No son suyas esas aspas que sonaban, que ahora cruzan como un cometa dorado sobre las cimas rutilantes.

Seguramente les andan buscando. Pero hacerlo desde las nubes carece de sentido. Sin saber bien por qué, se siente a medias ira y a medias una vaga sensación de ridículo viendo alejarse ya el destello palpitante que a poco, retumbando, se oculta entre las nubes.

Dentro, el piloto mira adelante, a un lado y otro, desde su bola de cristal, y a medida que se aleja de la cordillera, según el cierzo le castiga menos, se arriesga a bajar más sobre los montes blancos, manchados solo por la sombra oscura de los robles. No hay vías

férreas que le guíen hasta la capital, ni cables del teléfono capaces de distinguirse desde poca altura. Ya viniendo ha bajado una vez a preguntar, mas, aparte del riesgo que supone la llanura qué apenas conoce, su llegada, imprevista desde lo alto, despierta en las aldeas tal entusiasmo que es difícil alzarse de nuevo sin arriesgarse a segar unas cuantas cabezas.

Bajo sus pies desfila el río helado y aquellas tierras donde la Dama y el padre cazaban solitarios. Atrás queda la aldea con ese lienzo de muro enhiesto que llaman el castillo, aunque bien pudo ser una iglesia, o simplemente alguna casa más alta que las otras. A medida que se va ganando la llanura, la luz crece y la nieve solo es un mapa de regueros blancos que baja de los collados. Se ve gente y ganado junto al agua o camino del establo. Aún quedan hombres apurando el último cigarro a la puesta del sol y mujeres sonámbulas empujando por los senderos pesadas carretillas con su carga de cántaros.

No va a hacer falta bajar otra vez, arriesgar la cabeza por culpa de dos viejos puñeteros que estarán muertos ya, que se empeñan en quedarse donde no queda nadie si no son los rebecos y los muertos. Allá ellos. Allá el Ayuntamiento o la Diputación, quien sea. Lo suyo es fumigar en verano, no hacer de taxi del asilo de ancianos, rastrearlos como quien anda a la caza de conejos. Si ellos quieren quedar arriba, bien está y si quieren morirse, ¡qué remedio! Cuando a su edad aguantan la soledad y el frío, algo tendrán a cambio. Es inútil luchar, intentar convencerlos. El nieto del mayor, ese que dijo que esperaría hasta su vuelta, debería comprenderlo. Es raro que gente lista y joven se empeñe en tales cosas a no ser que él y sus amigos busquen algo a costa del viejo.

Ya viene la capital, la pequeña ciudad hacia el cristal, resbalando sobre la tierra limpia de nieve. Ya cruzan bajo los pies las casas nuevas de los arrabales, las otras más viejas con sus huertos interiores donde las galerías rotas brillan en los pocos cristales que les restan, y también la catedral con sus dos picachos caprichosos y su claustro cuadrado demasiado grande. Mucho daría por verlo así el que la trazó. Una cosa debe ser dibujarla en el papel y otra tenerla a los pies, en un extremo de la ciudad, rodeada de casas que se apiñan en torno apretujándola. Ahora girar bordeando las afueras y perder altura hasta llegar al campo. Ya los patines

rozan casi el cemento de la pista. Veremos a ver si el hijo cumplió su palabra. Veremos si está en el bar donde dijo, esperando con su amigo francés, ese tipo simpático, o con el otro, el periodista que consiguió prestado el helicóptero.

Más allá del cristal rodeado de planos, perfiles, proyectos de colonias y parcelas, revolotean copos que no acaban de cuajar. Quizás sobre esos mismos terrenos siga nevando porque la radio de Conchita lo sigue anunciando, esa radio que, con su jefe fuera, aprovecha para poner a todo trapo. La Diputación asegura que nada puede hacer. Quizás suban la guardia civil y montañeros de esos siempre dispuestos a estas cosas. Una mezcla de riesgo, compromiso moral y todo eso. Mas a este paso, solo van a encontrar arriba los restos. Por el padre lo siente, por el abuelo no. La nieve tapará sus bocas mejor que cualquier cosa, mejor que un puñado de billetes, si el cuerpo aparece un día, cuando empiecen las obras.

Cada mañana Paul intenta hacer salir el sol. Todo el día gruñendo, espiando el cielo, pugnando por subir más allá de las Hoces, para ver los terrenos antes de apalabrarlos y antes de que sus dos amigos alemanes se acaben por marchar, cansados del proyecto.

Y sin embargo, hay tiempo de aquí a la primavera. Si no sube la excavadora puede que el frío, el hielo obliguen a los viejos a abandonar esos prados a que tanto se aferran. O puede que se empeñen en seguir allí frente a frente, compadres y enemigos, morir a un tiempo, ser enterrados entre las tapias maltrechas de la iglesia donde los mirlos picotean y las liebres cavan sus caminos secretos.

Lo mismo que el cuerpo del corral, será preciso trasladar, quemar, borrar los otros cuerpos. Un cementerio dice mal, resulta de mal agüero, en una de esas colonias que Paul describe tan prolijamente con sus hectáreas de valle y de ladera, chalets y *bungalows*, con su hotel principal y sus cotos de caza o sus pistas para esquiar. Será preciso enmascararlo de algún modo o trasladarlo para que, a la caída de la tarde, no traiga hasta los nuevos inquilinos ningún grave presagio.

Será preciso también llevar lejos de allí al padre y al abuelo. Quizás Paul tiene razón. En tanto sigan no puede intentarse el trato con esas sociedades vagas que llegan cada vez más a menudo,

explicando por boca de su delegado fantásticos proyectos. Pero Paul debería comprender a su vez que esa nieve que ahora va y viene y danza es la que los sacará, como el humo a las liebres, de su cubil de ropa sin zurcir, de vino agrio y agitado sueño. La muerte les sacaría también, debiera haberlo hecho y a punto estuvo el pasado invierno. Fue preciso llamar a una ambulancia, arriesgar mucho en el hielo de las Hoces, detenerse, espalar, recabar la ayuda de otros brazos para traer al abuelo hasta la capital. Le ingresaron sin mucha convicción y pareció que a la semana se morían pero quién sabe qué vida andaba aún bajo aquel pecho cano, entre brazos tan yermos que, en llegando abril, fue rescatando su vida poco a poco, y con ella se volvió a casa, a su reino casi vendido ya en una operación que fue preciso deshacer cuando ya el trato estaba a punto de cerrarse.

Si el viejo hubiera muerto allí en el hospital, a buen seguro que hubiera cedido el padre; se hubiera venido a vivir a alguna residencia ya que no a casa, ya que ver solo a Adela le sacaba de quicio, como al abuelo sabiéndole engolfado, perdido, viviendo juntos sin casar con ella. Nunca quiso poner los pies en aquel piso adornado con flores, pósters y cortinas; ni una palabra llegó a cruzar con ella cada vez que en verano subían hasta el montón de ruinas más allá de las Hoces. Adela, por su parte, pagaba a los dos en la misma moneda, con el mismo silencio, ignorándolos, como si de ambos no dependiera el cambio repentino de su vida en común, alzada sobre tantos recelos familiares.

Así el padre y el abuelo volvieron a su guerra solitaria. O quizás no tal guerra sino un modo de mantenerse en pie, uno a costa del otro, hasta volverse a ver, con una sensación de alivio al final del invierno, cada año. De todas formas será preciso esperar un poco más, a pesar de las prisas de Paul que no se justifican ni siquiera con esos dos amigos alemanes que apenas salen del Hostal si no es para buscarse una chica con que dormir la noche. Duermen de día y de noche se emborrachan. Raro modo de preparar negocios, pero Paul insiste en sus millones, y es preciso acompañarlos, volver de madrugada, helado, cocido en *whisky*, y a la mañana, nuevamente camino de la agencia, prometerse acabar de una vez, convencido de que el padre no cede en tanto viva el otro, de que los dos son inmortales como el río, los cerros y los puentes.

El cierzo aventó de un golpe las palabras del padre, su mal humor, su desengaño, apenas los emisarios se perdieron. Con ellos iba su maltrecho orgullo, en la cita fallida con los nuevos reyes, con los amigos y parientes a los que pronto llegaría la noticia de sus brazos inútiles, de su ira a solas sin un hijo varón para la guerra. Su voz volvió a llenar el patio y cada cual, en la noche, abrió los ojos por un instante, adivinando la razón de sus lamentos:

—Bien muerta has de estar, María,
bien muerto tu corazón
de tres hijos que me diste
ninguno me fue varón.
Ya le escucha la pequeña
ya le escucha la mayor
ya le escucha la mediana
que se peina en su salón.
—Eso no lo diga, padre,
eso no lo diga, no—,
respondióle la pequeña
oyéndole a la sazón.
—Yo me iré a servir al rey
con un nombre de varón.

Y el padre, dando vuelta en el lecho, buscó a la Dama allí a su lado, en la huella perenne de la madre. Nada podía ver, ni sentir aquellas manos antes presurosas, su sexo encanecido, aquellos ojos sobre los que las musarañas iban poniendo nubes que poco a poco le vencían.

—Tienes la color muy fina
hija mía, para varón.
—Yo me echaré, padre mío,
al aire, al cierzo y al sol.
—Tienes los pechos crecidos,
hija mía, para varón.
—Cómpreme usted, padre mío,
un apretado jubón.

Temía más perder ese color, esa piel, esos vencidos pechos que las tierras o viñas, que cien almenas más en recompensa. Ahora el destino, Dios, su mala suerte le venía por dos caminos diferentes, le

privaban por partida doble de venturas pasadas y futuros provechos. Dios se le aparecía cada noche, más temible que la sin nombre, la que llega a caballo sobre el cierzo, a llamar a su puerta con tres golpes de acero. Dios se le aparecía más terrible con su inequívoco ademán amenazante, con sus ojos como frías almendras, impasibles pero atentos, juzgándole. Ahora que caminaba fatalmente a su presencia se iba quedando solo. Hijas, montes y siervos se alejaban. Incluso la Dama, anunciaba su marcha, preguntando:

—En los palacios del rey
¿cómo me he de llamar yo?
—Oliveros, hija mía,
hija del Conde Mayor.

Y así partimos un día, una mañana, con el sol de otoño apenas apuntando, casi a escondidas, para que nadie averiguara quién era aquel que conmigo cabalgaba. Todo se hizo en secreto. Yo busqué armas, estribos, alforjas y bocados. Todo antes de que los gallos rompieran con el sol, con el rumor del río ciñendo la mole oscura de la torre.

Solo una vez volvió la Dama su mirada atrás, al pie de la picota vacía entonces de cabezas por un tiempo. Se detuvo y viéndola sólida y negra debió pensar en el padre que tras de acompañarle hasta la puerta del escudo que calla, la tomó entre sus brazos como si a su propia vida se abrazara. La Dama miró luego las cimas que el sol empezaba a coronar y al pie de la gran cruz ante el oscuro humilladero, arrodillándose entre sueños murmuró su oración:

«Señor en tus manos nuestra vida queda. En tus manos este camino que ahora empiezo con mi siervo y amigo. Guíanos, favorécenos, ampáranos, olvida sus pecados y los míos. Concédenos en esta guerra a la que mi padre fue llamado, a la que solo mi voluntad me lleva, una pronta y total victoria.»

Y allá abajo, a media altura entre el cielo y el mar ceniciento apareció el convento. Sin saber por qué, en tanto los demás buscaban el rincón pata la noche, él se acordó del gato. Pobre animal pequeño en el recuerdo, grande ahora seguramente, tan silvestre como ellos. Si es que vivía, lejos de aquellos arcos repletos

de deseos y promesas, de esperanzas ciegas en la piel carcomida de la piedra. Pequeños arcos donde la vida se detuvo un tiempo esperando un papel, una llamada al alba, el eco de un gritar estremecido.

No fumar, no beber, no amar, no ver sino delante monótonos alcores o vaguadas y a la espalda un vacío cada vez más lleno de temor y precauciones que era preciso callar, intentar olvidar, impedir que creciera al paso lento de aquel sendero interminable. Aquellos mismos arcos rotos aún, pero ahora vacíos, los mismos nombres grabados en los muros, los jaramagos, verdes ya sobre el negrín del humo, pregonaban que el tiempo había cambiado. Todo su esfuerzo a lo largo del mar, a través de brañas y vaguadas podía quedar en nada, bajo tierra, en esa risa cascada de la que no perdona, de la que sabe en qué mochila va el bastón de mariscal de la guerra en los cuadros o el alijo pesado de una causa perdida.

Y el gato, ¿dónde andaría ahora? En el monte tal vez afilando las uñas en la piel agrietada de los mirtos. El claustro parecía más muerto ahora, vacío, doloroso, abandonado definitivamente sin la presencia vegetal del miedo. El miedo entonces le unía al mundo en torno como aquel animal pequeño y diminuto que llegaba puntual a la hora del rancho, quién sabe desde dónde, a través de su camino secreto.

Los demás, ajenos, madurando sus propios pensamientos, intentando comer, beber un poco, dormir con la esperanza de que, montaña arriba, en la cima de los pastos no nevara, procurando recuperar fuerzas ahora que el alba iba haciendo nacer, uno tras otro, los arcos contra el cielo.

Pero antes, sin embargo, alguien habló del golpe, de conseguir vino y comida fresca. La cecina ya tocaba a su fin, el queso se arranciaba como el vino, la última lata de carne, vacía, acababa de ser enterrada, con los residuos de la cena, en un rincón del patio, bajo restos de lábanas y tejas. Ahora con el otoño encima cualquier tienda, cualquier modesto almacén de aldea estaría al alcance de la mano sin apenas clientes, sobre todo al atardecer, entre dos luces, con los vecinos aún por las laderas abonando.

Sin embargo, se opuso; aquello era salir a plena luz, dar aviso de su paso después de aquel largo camino en la noche. Era vender, cambiar aquella dura marcha por algo más que pan, por un vino

más agrio todavía.

A poco, cada cual se encogía bajo su manta, cerrando los ojos o acechando las estrellas. Mirando la gran constelación que marcaba su camino hacia el paso, solo polvo brillante y remoto, perdido en la gran maraña de los cielos, trataba de dormir o al menos de ordenar sus j ideas por el encuentro del día siguiente, mas por encima de cualquier propósito, las piernas parecían a punto de romperse y la cabeza no encontraba su huella acostumbrada en el macuto semivacío. Y lo que más le mantenía en vela era la sensación, adivinada y confirmada luego, de que aparte del que en pie mantenía la guardia, como tiempo atrás en el claustro esperando el alba, nadie dormía sino en apariencia.

Aquí estoy, bajo esta tierra que no pesa, donde ahora no llega ninguna voz, solo silencio y ese furtivo caminar del agua que en el invierno crece y se abre paso para volver luego a su cauce cuando se agotan los neveros. Aquí descanso cada noche con la explosión del fuego en mi cabeza, con todo el pecho roto, salpicado por la huella de las postas. Piel, pelo, uñas me crecen todavía como arriba los lirios y las brañas. Sobre mí viene a ratos ese polvo de nieve que va dejando al aire lábanas y cantos, horadando muros y almenas en torno a la colina. En mayo o en otoño el cierzo borrará los tejados romos, el podrido centeno que nadie siembra porque faltan brazos. Solo dos quedan. A veces siento los disparos del que nada hubiera podido contra mí a no ser por el sueño, del que aguardó acechando su momento, atento a mi amor con su mujer, al envite con los ojos cerrados, palpando, oliendo, hiriendo, revueltos los dos, barba, muslos, simiente y carne que nunca llega a devorarse del todo siempre a salvo como bosque prohibido, pozo de miel, de su mujer entonces y ya mi compañera.

Y la muerte acechando el sueño tras del placer, celando, cargando el arma, moviéndose con paso quedo arriba, igual que la manada ahora.

O quizás no es la manada, no son lobos. Tal vez perros de los pastores de ojos enrojecidos por el odio, por el desdén hacia esos mismos rebaños que gobiernan, obligados por la nieve a comer en invierno caracoles y musarañas que en verano desdeñan. El hambre

les vuelve a la vez desesperados y conformes, nos hace a todos hermanos, el hambre y ese puñal que entre los muslos a todos nos iguala por encima y debajo de la tierra.

Van y vienen aún; los siento sobre mi barba florecida, blanca como la tierra que la cubre, rala como el vello de mi cuerpo. Se buscan, se persiguen, se alejan en sus juegos de amor quizás porque nada encontraron o porque temen el fusil de las postas. O quizás vuelve a nevar aunque para ellos poco importa. Nuevos regueros vendrán a socavar el suelo del corral, la tierra estéril de tan apisonada. Quizás mi cuerpo resucite al fin y mis ojos se animen. Cada invierno que pasa hay menos tierra sobre mí. Puede que un día llegue a resucitar, a levantarme como en el Juicio Final, hueso con hueso, carne con carne. Cada otoño que pasa, me siento medrar más allá del silencio que me encierra.

Vestida de varón iba la Dama alegre y satisfecha, como si nada dejara atrás, como si todo lo olvidara de buen grado, según cabalgaba de terne y firme, con su nuevo jubón y sus calzas bermejas. Atrás quedaba aquel lecho de lana y roble donde el dolor crecía en el cuerpo del padre; atrás quedaba, quién sabe si por mucho o poco tiempo, la casa con su escudo, el valle amarillo, estremecido por los últimos vientos, los sumisos rebaños y los hayedos por donde aún debía cantar su amor el urogallo. Era una vida nueva para los dos y así animábamos el paso. Y ya se cerraban las primeras gargantas del río, ya las Hoces se torcían y el sendero, mal sostenido por débiles arcenes, saltaba de una a otra orilla, de pared en pared, de galería a galería.

Y a la sombra del más grande de sus puentes, el que se usa para colgar a los ladrones, se hallaba la que no tiene nombre aguardando a que su fruto madurara. Al oír el rumor de los cascos, alzó el rostro y en sus ojos la reconocimos, en ese mirar hueco donde faltan las pupilas y aunque por nuestras armas y alforjas bien se veía que íbamos para viaje largo o vida corta, quiso saber hacia dónde marchábamos. La Dama respondió que a la guerra de los reyes.

—No sé de qué reyes hablas.

Y cuando fue a explicarle cuanto sabía del padre, cuanto escuchó meses atrás, en las largas veladas de los que fueron a

buscarle, ella le interrumpió:

—¿Qué importa? Una por otra, todas esas coronas son iguales, lo mismo que las guerras.

—¿Por qué las guerras?

—Todas son justas e injustas a la vez. Todas necias y santas. Siempre hay en ellas un reo y un verdugo. La suerte es acertar. Acertar o saber esperar, lo mismo que en la vida.

Lanzó una mirada al hombre que con las manos atadas a la espalda, iba y venía al compás del viento bajo el arco de piedra. Le contempló en silencio y a poco, desde su negra boca rota surgió como un hueco murmullo que era su risa:

—Mira este —volvió a la Dama sus cuencos apagados—. Toda la vida fornicando, trayendo hijos al mundo.

Y a los sesenta ahorcado por forzar a una muchacha.

La Dama miró al hombre mientras yo hacía por dos veces el signo de la cruz sobre mi frente.

—De haber abandonado a tiempo, aún andaría hozando entre sus berzas, pero ninguno se resigna.

—¿Por qué?

—Porque renunciar es envejecer. Y nadie quiere venir a encontrarme por su propio gusto.

Se había acercado hasta la sombra del muerto y le miraba de los pies a la maraña de la frente.

De pronto el cierzo se destapó en la galería y a su envite el ahorcado volvió el rostro hacia el río.

—¿Qué? ¿Tampoco tú quieres mirarme?

—Quizás esté vivo aún.

Entonces, sin mediar otras palabras, de un salto se colgó de aquellas piernas entumecidas, inertes, cargando todo su peso, intentando rematarle, lo mismo que quien estruja una manzana. El cierzo hacía danzar a los dos, al muerto con las calzas rotas y a la sin nombre con sus zancas encogidas, unidos ambos bajo aquel gran arco cuyo nombre no es nombre de vivos, de los que salvan el torrente, sino de aquellos que a su nombre mueren navegando hasta que un alma piadosa viene a cortar la soga para darles tierra a un lado del camino o en las paredes cubiertas de malezas.

De pronto le pareció aquel invierno más largo que ninguno, lo sintió a su vez en las piernas heladas, en los ojos que empezaban a llorar, velando a ratos el camino del monte.

A través de las lágrimas alcanzaba a adivinarlos cerca, con el ralo pelaje del invierno. Recién alzado el sol habían subido a los pasos más altos no a lamer el salitre de las lastras sino en busca de hierbas y retamas.

Al amparo de las laderas deslumbrantes, cegadoras a veces, rotas por diminutos oasis de cardón y manantiales, apenas se movían, eran como manchas de avellanos de algún perdido abeto, tan vegetales y muertos hasta la primavera como, bajo la tierra, nutrias y tejones, incluso como el oso, invisible hasta el otoño, soñando, allá en su cueva, con banquetes solemnes de maíz y colmenas.

Se movían torpes, con la nieve a la altura de la panza, no como en el verano en los perdidos laberintos donde un salto les ponía lejos. Esperaban la primavera, los primeros pastos. Allí estaban, imprevistos, inmóviles, engañando como cada cual el hambre con el sexo, rebaño fantasmal ajeno al cementerio vivo de liebres, muerto de muertos. Se les veía atentos a cualquier rumor, olor o movimiento, mas la niebla crecía y el viento era contrario. Cuidando no espantarlos, aún estarían allí cuando volviera con el viejo fusil de caño largo, aún seguirían con sus juegos nupciales o en busca de sus líquenes y helechos.

Se apartó de la ventana y dejando los prismáticos a un lado, alzó la tapa del arcón buscando el viejo fusil de aguja, el que guardaba para caza mayor. Al fin apareció envuelto en trapos como una momia, engrasado y a punto, como un soldado veterano, junto al puñado de cartuchos que tanto tiempo y paciencia llevó reconstruir con la aguja enhiesta para picar el pistón en su interior. Se echó un puñado al bolso del tabardo y colocando uno en el ánima dejó la aguja afuera bajo el mazo del gatillo.

Cuando salió, ya la niebla cerraba y el rebaño no aparecía en la ladera. Ya no estaban al otro lado de las tapias. Los blancos pastos de helechos y gencianas aparecían desiertos. Siguió paso a paso sus propias huellas del día anterior, rehaciendo el camino con cuidado. Aquella forma de sus pies tan neta y limpia, helada ya, perenne hasta la próxima nevada o hasta el sol de marzo, venía a añadir un nuevo reto; por ello tras dejar reposar un instante las piernas, el

corazón y la mirada, tras limpiarse aquel eterno lacrimar, siguió adelante con el fusil quemándole los dedos.

Los pastos helados, las zarzas, los alisos volvían a sus formas concretas y en lo alto, en las bóvedas abiertas, se alcanzaba a distinguir el vuelo poderoso de los grandes cuervos, siempre con su hambre a cuestas como todos, aguantando en el aire mientras la luz se mantenía, en tanto las corrientes de la cordillera no les llevaran al otro lado de los puertos.

Aún se detuvo y miró en derredor. El rebaño ya debía estar lejos, solo quedaba impresa en el espejo de la nieve su huella en zigzag. No lejos de ella el urogallo había dejado la suya recta, toda trazos y nudos y el águila su molde, leve, suave y exacto. De nuevo anochecía, a mediodía el mundo se apretaba denso, oscuro en torno. El viento andaba calmo y hasta el río invisible también había enmudecido. Oyó cerca el rumor de las retamas y un jadear oscuro, entrecortado, tan cercano que parecía su propio corazón batiendo. Quedó inmóvil a la espera de una ráfaga de luz, de claridad al menos, pero en lo alto la noche proseguía. Al fin torció siguiendo el camino de mimbreras, al encuentro de su propio rumor, del espejo de su propio cuerpo y al amparo de la niebla alcanzó a distinguir al animal, medio cuerpo enterrado con el pelaje ralo, calvo y viejo, erizado de pequeñas gotas.

Se incorporó de un salto. Era un macho ya viejo. Aún sin distinguirle bien, su paso le delataba. Inició la subida buscando el amparo de las recientes avalanchas pero, a medio camino, volvió la cabeza a mirar si su verdugo le seguía. Luego, igual, más terco que fuerte, aún sabiéndose de antemano vencido, seguía su escalada torpe, vacilante, cortando la vertiente de través, buscando a cada paso los tramos más fáciles.

Por dos veces le tuvo, nítido, al alcance de la mira mas no quería dispararle al cuerpo. Tan solo a la cabeza como él mismo pensaba de sí mismo cada noche, hora tras hora de insomnio interminable. No quería acertarle en el vientre ni en el cuello, pero el animal se alejaba, iba haciendo mayor el trecho entre los dos, intentando pesados galopes. De todos modos allí estaba al fin, al alcance del cañón, con los ojos velados, presintiendo su muerte, con su cuerpo deforme. Sentía su resollar que era el aliento de los dos ya inmóviles, uno apuntando y esperando el otro, con la muralla de

basalto cerrando definitivamente el paso, dispuesta a devolver el eco del disparo y la muerte, ese bramar, oscuro y dolorido.

Cayó a plomo como una res apuntillada. Aún intentó alzarse para rodar al fin, arrastrando tras sí barro y retamas, hasta quedar hundido definitivamente entre sus propias huellas. Poco a poco, los redondos manantiales en torno comenzaron a manar su sangre, tiñendo de aureolas los cardos. Era preciso rematarle, arrastrarle una vez desprendido de las zarzas, despellejarle, devorarle, colgar los dos viejos anzuelos de su frente en la pared, como recuerdo y símbolo de aquel invierno, de aquella muerte que era su propia muerte sobre un tiempo cancelado ya, sobre unos días inútiles, vacíos.

De cuando en cuando una mirada a Paul, olvidado de su copa, pendiente solo de los dos alemanes que maldito si pensaban en parcelas y campos de golf, charlando a media luz, besando, devorando, palpando, sobando bajo las faldas de colores, sobre mallas zurcidas, al resplandor de la bola de cristal allá en lo alto, a la altura de los techos de plástico. De cuando en cuando una mirada al reloj con esa sensación de mantenido cada vez que a su ademán de ¿cuánto es?, ¿cuándo nos vamos? Paul respondía en el aire pidiéndole paciencia.

—Bueno, vamos arriba —decía a su lado la voz de cada noche, esa voz que, ya solo en su tono, amenazaba con historias de amor, novios malvados y justificaciones. ¿A qué esperan? ¡Después de todo los otros dos pagaban y ella solo lo hacía por dinero! Un poco de trabajo, unos cuantos años más, tener una pensión y dar carrera al chico que ahora andaba interno en un colegio. Tan programada estaba que tal vez fuera verdad. Otra vez la pregunta y de nuevo el ademán de Paul, con la mirada en el centro de la pista, viendo girar en ella a los futuros clientes, sudando *whisky*, ginebra, alcohol, abrazados a dos mínimas sombras bajo la luz ralentizada, al compás estremecido de los bailes. ¿Hasta cuándo? Ahora llegan los clientes de la casa, recelosos con su apariencia ecuánime que solo encubre timidez y falta de dinero. Miran más allá de la barra, comprobando si anda llena la pista y piden la copa mínima, el derecho a charlar con las chicas, vecinos casi todos de ese barrio húmedo, ese antiguo

laberinto de calles, conventos y palacios en donde se ama y vive de noche y se bebe a cualquier hora del día.

Se obedece a la mirada de Paul, sombrío, desdeñoso con el mundo en torno, incluso con los dos gemelos rubios que ahora bailan a solas, que se apoyan contra los palcos, saludándose con ojos dormidos u obscenos cada vez que se cruzan moviendo las ancas macizas, agitando la barriga redonda y los fláccidos pechos. La mirada sombría de Paul advierte que el negocio va mal, que son ya muchos días para ellos, que una nieve tan mala no se irá en tres días y que los dos amigos tienen allá en quién sabe dónde, sus mujeres y sus hijos a las que llaman cada noche, tras hacer la señal de silencio a la chica de turno que a su lado en la cama devora su ración de *whisky* con bombones.

Tal vez sea mejor así, después de todo. El padre y el abuelo vivirán aún, cada cual junto a su transistor, defendidos de la nieve y las heladas por sus fuegos, sus montes y su orgullo. Nadie sabe cuándo el mal tiempo acabará. Para marzo quizás, mas para tal pronóstico no hace falta escribir en los periódicos, ni volar como el piloto amigo que en la barra charla ahora con las chicas, mascando su ración de chicle. En la Diputación no saben nada. Ya pusieron cuanto estaba de su parte. Si los dos viejos se empeñaron en quedar allí, no es culpa suya, nadie puede impedírselo, nadie puede obligarles. Ya se les avisó hace tiempo. Bastante tienen con rescatar excursionistas y montañeros que se empeñan cada año en cruzar la cordillera en los días más duros del invierno. Luego vienen pidiendo ayuda las familias, los clubs y los diarios deportivos como si el Ministerio o los guardias o la Diputación no tuvieran otra cosa que hacer que llevar a su casa a los chavales.

El delegado ha hecho un alto en su discurso y recostándose en el sillón ofrece cigarrillos en tanto se lleva uno a los labios. El amigo periodista calla también. Tal vez a él también el asunto le aburre. Ya no es noticia la suerte de los viejos, hasta que mueran, claro. Mientras tanto, si ellos quieren quedar allí —da la razón al delegado, ya camino de la escalera y el patio— se les debe respetar su deseo.

Una vez en la calle los dos han mirado al cielo con gesto habitual y viéndolo cerrado ni siquiera comentan los posibles cambios que a nadie importan, que en nada les afectan. Antes de

despedirse le ha ofrecido el periódico igual que quien ofrece parte de sí mismo.

—Tenga, se lo regalo.

—¿Ya lo ha leído?

—Hay poco que leer. Todo el mundo esperando.

—Esperando ¿qué?

—El cambio de Gobierno —quedó de nuevo pensativo igual que si de las estrellas dependiera el curso futuro de los acontecimientos— la Bolsa va fatal, las inversiones a la espera y a nosotros no nos abren la mano. ¿Le parece poco esperar? Veremos qué pasa ahora si hay nuevo Ministerio.

—Algo se notará.

Sacudió la cabeza bajo el agua helada que de nuevo bañaba las aceras y antes de alejarse camino del periódico, se detuvo otra vez:

—Usted tiene terrenos allí.

—¿Dónde?

—Donde su padre, en el pueblo de los viejos.

—Unos pocos. ¿Por qué?

—Bastantes.

—Cuatro tierras de nada.

—Pero usted sí conoce propietarios. Serán parientes suyos además.

—Sí; eso sí. Mal avenidos, pero familiares. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada —se limpió el agua que comenzaba a resbalar sobre la frente—. Me gustaría que habláramos con tiempo alguna vez; un poco más despacio.

Le ofreció la tarjeta de la agencia. En ella aparecía, junto a su nombre, la dirección y el número del teléfono al pie del cual estaría Conchita con su labor de punto interminable, consultando la hora en el tedio de aquellos días, con los clientes retraídos a la espera de la prensa de Madrid y los vagos boletines de la tele. Incluso al jefe se le veía preocupado, todo el tiempo al teléfono y no para asuntos profesionales; todo el día en secretas asambleas, rodeado de informes a ciclostil, pensando en el futuro tanto como para olvidar sus múltiples ausencias y sus vagas excusas posteriores.

A la noche Adela le confirmaba su parte de verdad. También en la *boutique* era tiempo perdido, vacío, muerto.

—Nadie se compra nada; nadie tiene ni un céntimo, veremos cuánto dura porque la dueña no hace más que lamentarse.

—Pero su amigo tiene dinero.

—Es que también los amigos se cansan. Hace un mes por lo menos que no aparece.

—Andará de negocios.

—Andará. Pero el mejor día ella cierra también y nos quedamos con el culo al aire.

Nada se sabe, ya ni se piensa en aquellas aspas que iban a abrir camino, que iban a abrir la carretera, como años atrás. Ningún rumor; solo en lo alto ese volar invisible que debe de andar buscando la aldea o el camino de las futuras pistas de esquí en el valle vecino. Si la máquina no viene como el año anterior, es inútil escuchar la radio donde se fue achicando la noticia entre las voces que vuelven a hablar de música, ventas de muebles, muertos y misas por su salvación, conferencias y subastas, todo cuanto sucede al otro lado de las Hoces que sin falta volverán a llenarse el próximo verano de pescadores, mujeres en dos piezas fláccidas y hamacas de colores. Hoy, con sol, ha detenido el paso. Pueden verse a placer los tejados, la espadaña y los puentes cada cual en su perfil concreto, vestidos de azaleas y rosales. Podrían contarse las casas que ya no son o las que viven enhiestas todavía; pasear, afeitarse, barrer el cieno del corral, preparar la visita del nieto que a principios del verano llegará a comprobar si, junto al padre, los dos sobrevivieron. Llegará con la amiga que nunca quiere sentarse, ni comer, ni beber, que, una vez fuera del coche, siempre busca un pretexto para no entrar, para alejarse paseando hasta la venta.

—¿No quiere tomar nada?

—Ya la conoces. Allá va sin atreverse a dar la cara, no vayan a preguntarla cómo vive. Todos igual. En eso el tiempo cambia poco, solo en la edad. Antes esperaban un poco. Ahora, en cuanto pueden se meten en la cama. El chico es tonto y le tendrá bien cogido. Le tendrá entrampillado hasta que un día se canse. Luego se irá con otro y, con todo, eso será mejor. Peor es si antes se quedara preñada.

—De modo que vas bien…

—Al menos se aguantó el invierno.

—Y algunos más, seguro.

—Eso se dice fácil, pero en fin, ya veremos.

El nieto, sin querer, mira hacia la otra casa pero no pregunta. Se diría que mide el tiempo entre los dos o mejor entre los tres porque tampoco se olvida de la amiga.

—¿No quieres beber algo?

—Acabamos de comer.

—¿Tú tampoco?

—Bueno, un vaso.

Se le nota impaciente, dejando resbalar la mirada más allá de las ruinas, hacia el cementerio donde la compañera se empina como esperando a que le hagan una foto. Bebe de un golpe el vino y pregunta:

—¿Te animas a subir?

—¿Y qué hago allí? Eso está bien para vosotros. Yo ya tengo muy visto todo eso.

—¿Sabes si está mi padre por allí?

—Si no duerme la siesta, seguro. Por arriba andará con la escopeta. O en la venta. Ahora sube mucha gente en domingo. Con esto de los coches, la ventana es igual que un jubileo.

El hijo se alza y sale pisando muy quedamente, con los pies del alma, esa tierra estéril que tan bien conoce, que esconde en sus raíces el amante remoto de dos o tres veranos. Piensa, calcula cuántos inviernos aguantarán la grava y el estiércol, antes que un pie, una mano o la barba florida afloren, nazcan de nuevo en el centro de los cantos, allí mismo donde la mujer ya vuelta de improviso, posa esos zapatos que la hacen tropezar siempre. Cuando los dos desaparecen más allá del cristal, vuelve en el agrio sabor del vaso, el recuerdo de los últimos años vivos, tras el fin de la guerra y las guerrillas. Fueron los últimos tiempos de modesto esplendor, cuando el centeno acabó por borrarse de los campos. Fue un mínimo bienestar de campos aún sembrados y múltiples ganados, cuando llegó la luz definitivamente, compañera del camino y el río, cruzando como los dos de orilla a orilla, a través de los bosques de avellanos.

Ya los pinos sembrados tras la guerra eran bosques de pinos verdaderos y los puentes volados cuando la retirada, rehechos de

madera en los primeros meses, se habían convertido en solemnes arcadas de piedra. El camino, la venta, quedaron mudos por un tiempo y hasta aquel en donde la sin nombre espera a sus pupilos, quedó con su ojo enorme, mirando el más acá y más allá del río, el tiempo que se fue y el otro tiempo nuevo.

Allí estaba esperando, allí fue la gran lanzada en el costado que acabó con la madre antes que el hijo llegara a toda prisa desde la capital para alcanzarle a ver ya inmóvil, tan cerca del amante y aún en el mismo lecho se diría, donde el disparo los separó, acabó con los amores de los dos, con sus fiestas de tiemblos y susurros.

Más tarde, en el dominio de las liebres, la madre debió encontrarla por segunda vez, con la barba apuntando en ralo vello, pañuelo negro sobre sus espaldas y en la azada la mano toda hueso. Se dijo que andaría arrancando genciana, pero ella se rio adivinando su pensamiento.

—No es eso lo que busco —replicó con voz sorda y quebrada—, sino un poco de tierra.

La mujer lanzó una mirada en torno, sobre urces y piornos por encima de los montes.

—Tierra hay de sobra aquí —respondió a su vez—. No hace falta venir de tan lejos. ¿Para qué la necesitas?

—No para trabajarla. Yo no siembro.

—Entonces ¿para qué?

Mas la sin nombre no respondía. La miraba muy fijamente desde el fondo de sus cuencas vacías. Luego, mirando los jaramagos que cubrían el cascajo a sus pies, respondió al fin:

—Ya lo sabrás. Todo el mundo lo sabe a su debido tiempo.

Con su perfil corvo y su paso tan lento llegó hasta la cancela comida por el agua y de un brusco empujón, la hizo ceder.

Caminaba segura entre ortigas y cardones sin volver la cabeza, abriéndose camino entre los cercos de ladrillos y las vencidas lápidas cuarteadas por el sol de los veranos, borradas por la mano de los vientos. De pronto se volvió dejando al aire sus piernas tan delgadas como patas de garza, y aquel dedo partido, torcido en ángulo a manera de escarpia, con el que sujetaba el mango de la azada. No dejó ver su rostro, ni sus ojos, ni apenas su nariz cubierta por la sombra. Lanzó un vistazo en torno, desde el salto y la iglesia hasta la madre inmóvil, y abarcando de un golpe las losas

arruinadas, murmuró:

—Dime, entre todos qué lugar prefieres.

—Preferir, ¿para qué?

—Para nada ——dio un golpe sobre uno de los nombres a sus pies—. Nadie quiere entender cuando llega su hora.

Pero la madre sí entendió.

El cielo se cerraba, el pueblo abajo le pareció más vacío que la misma iglesia con la puerta cerrada y la espadaña ciega.

Sintió el cuerpo, las manos y los pechos como el día, el momento del disparo cuando la muerte entró, llegó definitivamente para los dos, cuando pensó morir según iban cubriendo de estiércol el cuerpo del amante. Sintió entonces cada golpe de azada sobre su piel, sobre el vértice oscuro de su vientre y, a medida que el cuerpo se perdía, despertaban en ella los senderos, las casas, el pueblo en ruinas y la ventana en lo alto.

Según iba bajando, el miedo huía. Ya no lloraba. Tanto daba vagar entre las ruinas, dormir, dar de comer o ser comida. Solo escuchaba ese rumor de golpes espaciados, el hundirse del hierro en la tierra, más allá de las cercas en lo alto. Aquel rumor de azada, la voz de la sin nombre, ahora ya, de improviso, no llegaba a asustarla.

Lo decían aquellos aldeanos recelosos, salidos del fondo de la tierra que cada noche, en pueblos cuyos nombres ni siquiera llegaba a conocer, se agrupaban en torno del carburo a beber un vaso y escuchar palabras que pronto olvidarían. Querían saber, quizás hallarse preparados, pero más allá del pan, del tabaco o la cecina, se excusaban, se evadían en razones, a veces lúcidas a ratos temerosas. Era como hallarse ante un muro, como hablar a las montañas para volver a escuchar las propias razones, deformadas por el temor y la desconfianza. Luego marchar era más duro; salir, bajo la luna impasible, a los prados resplandecientes por la helada, inventando otras razones nuevas con que alzarse en la próxima asamblea, para poder empujar a los otros monte arriba, sendero adelante. Alguno propuso algo que levantara la moral.

—¿Qué moral? Aquí la moral es buena.

—Está bien; la moral de los paisanos.

—La consigna no es esa.

—¿Y si no está el enlace?

—Estará. No te preocupes.

—Pero, ¿tú le conoces?

—No.

—Entonces no hay por qué estar tan seguro.

—Si no le encontramos ya pensaremos algo. Hasta entonces seguir órdenes y en paz.

Lo dijo preguntándose qué remedio andarían buscando los otros. Quizás separarse. Organizar su grupo; sobre todo los gemelos, siempre opinando igual, siempre juntos, atrás, en la hilera silenciosa como un apéndice enquistado, repetido. Él se opuso a llevarlos pero el tiempo urgía. De modo que allí estaban a su espalda con su gesto optimista, entre burlón y desafiante, quizás pensando cada día organizarle un juicio rápido cuyo final bien podría ser su cadáver al sol en cualquiera de aquellas vaguadas, o dispuestos a desertar, o tal vez —y ojalá se hallara en lo cierto— fieles como el que más, disciplinados, con solo el punto flaco de su estrecho vínculo. Parecían los más dispuestos a la acción que el otro proponía: bajar, tomar un pueblo, reunirlo en la plaza mayor, imponer multas, romper retratos y banderas. Los dos hermanos no andaban flojos de moral; tal vez de disciplina, quizás aún más en cuanto que tomaran contacto con el punto de apoyo. Ahora todos callaban y asentían: una vez concluida aquella primera etapa, la más dura y la menos comprometida, sería preciso bajarse al llano de una vez, intentar algo, una vez establecido el contacto con los otros grupos.

Mientras, seguían caminando en la noche, despertando pueblos ya que no voluntades, flacos, magros, agotando las últimas raciones. Una mañana, cuando la niebla se alzaba desde el mar vieron arriba, junto a las cimas aún listadas de neveros, la gran ventana, recortándose neta entre el rosario de cimas solemnes. Quedaron por un instante con los ojos fijos en ella, tan grande y blanca ahora, luego rosada, en el amanecer y finalmente, ya descansando bajo las retamas, en su auténtico color de dorada arenisca.

Los que la contemplaban por primera vez y los hermanos se enzarzaban en proyectos de brillantes acciones; hubiera sido fácil improvisar unas palabras, explicar por ejemplo que aquella era la puerta de la libertad. Mas todo aquello sonaba a aquel Napoleón de

los museos de Versalles arengando a sus soldados. Al pie de aquella gran ventana tan solemne en sí, ser solemne también le pareció ridículo.

Era preciso ahorrar fuerzas, dejar pasar el día como siempre, dejar romper el sol, allá arriba sobre los neveros, ir contando las horas, unos en vela, otros apenas dormidos entre huellas brillantes de silenciosos manantiales. Después, a media tarde, otra vez buscar un sentido a la aventura y comprender que con darle tal nombre ya le traicionaba como a los otros cuatro que, en torno, acurrucados, plegados sobre sí, en el vientre de la noche, esperaban a que el día siguiente viniera a dar sentido a aquel eterno viaje.

Quizás el mismo también hubiera sido, tiempo atrás tenaz, comprometido o tan solo un mentido personaje, sobre el auténtico que tiempos y avatares dejaron al aire como las cumbres arriba. Quizás siempre hubiera sido como ahora bajo el manto del tiempo, en la prisión o el seminario, en la remota escuela, explicando a los niños historias muertas, y vacíos conceptos. A fin de cuentas, con la vida y la modesta carrera truncadas por la guerra puede que aquella segunda vocación fuera un espejo en donde solo a medias se reconocía, imagen ciega, a punto de quebrarse en ocasiones, ante la cual meditaba buscándose a sí mismo ahora, bajo la luz de aquel otro camino paralelo al mar que apuntaba en lo alto a Compostela.

Todo andaba revuelto. Nadie, en la guerra o en la paz se vuelve atrás impunemente, nadie puede volver, abandonar, encerrarse en sí mismo con su pequeña muerte ajena a la que sigue tus pasos, te aconseja y te alivia esperando su momento.

Viendo dormir a los demás, adivinando sus sueños arrancados de algún rincón de la memoria, le llegaban en aquel postrero día sus últimas razones, el porqué de llegar hasta allí, sus esperanzas, a ratos vivas y a veces destrozadas como los pies o el calzado remendado, motivos, ideales, dudas, nacidos apenas o en sazón ya mucho antes y a punto de recibir respuesta en aquellas últimas horas.

Miró en torno dejando que sus ojos se acostumbraran una vez más a las tinieblas. Ya empezaban a amanecer, en derredor, barbas crecidas, armas brillantes, susurros de maleza. El centinela fue despertando a todos y, a poco, el grupo completo aguardaba la señal que debería llegar cuando el sol encendiera los neveros.

Aún el hocico magullado en la caída dejaba escapar la vida en tímidos vapores que se apagaban en el aire. Un macho viejo, de carne como enebro. Poco que aprovechar en él; solo el gozo fugaz de derribarle. Un viejo y pesado saco de rancios huesos, de agria carne y ralo pelaje, de cuerna partida, astillada y vísceras temblando aún, con las puntas clavadas en la tierra, con aquel ojo inmenso quieto, acusando. Quedó definitivamente muerto en su lecho de musgo, bajo la cortina de finas gotas y cristales que se iba cerrando en torno, punteando el contorno macizo de los chanclos. La nevisca se transformaba velozmente en nieve, en aquellos torbellinos que a poco borrarían el valle y, sintiendo en sus espaldas su mano helada, midió la distancia hasta la iglesia, hasta el porche que ahora también desaparecía en la niebla. Quizás pudiera arrastrar al animal sobre el ribazo helado, hasta los arcos. Se quitó el cinturón y rodeando el cuello, intentó sacarlo de entre las zarpas. Fueron precisos unos cuantos envites tras de romper el hielo, hasta verle libre a sus pies, deslizándose obediente al compás de sus tirones, sobre el fango cubierto de retamas.

Era difícil mantenerse en pie, no resbalar, adivinar el paso siguiente en el blanco torbellino que a la vez le empujaba y le perdía, unido por la correa a aquel sucio saco de piel con solo el testuz a salvo. Era difícil incluso alcanzar el portal del cementerio. Pensó dejarlo para el día siguiente, pero los lobos, los grajos o los perros del monte no lo perdonarían y además, solo la idea de volver le fatigaba y la mano, al extremo del cinturón, se negaba a su vez, a abandonar su presa. Su vida estaba allí, en aquella punta helada, cada vez más tensa que luchaba por entrar a tirones en su carne en las treguas del camino y el viento.

Ahora, tras de aquel invierno inmóvil, tras sus salidas a la búsqueda de rastros, su razón de existir venía a justificarse allí, al amparo de los arcos ya cercanos.

Mas la iglesia, su puerta ya de cristal, su maraña de nidos muertos y grietas, le volvía la espalda. Inútil esperar. Por un instante las violentas ráfagas se calmaban en una tregua repentina. Del monte de las liebres se alzaba un profundo murmullo que, azotando las cruces, bajaba por la derrota de los vientos. Recordaba el rumor del cierzo sobre los prados, la voz de los lagos altos, no el abierto susurro de los arroyos uniformes, ni el rumor del agua

corriendo bajo túneles brillantes, ni la voz de las chovas, ni la otra voz desde su tumba de barro. Era lejana y conocida, como la de los lagos altos, una sola palabra repetida, una misma cadencia sin principio ni fin, muda a ratos para volver a poco de nuevo llamando. Ahora, antes de perderse definitivamente, volvía una vez más gritando, como en sordina, sobre el valle, el apodo del muerto de la barba florida. Su rostro se abría paso entre las ráfagas con su barba de hielo y aquel polvo de nieve borrándole las cejas.

Se detuvo ante el arco de piedra, más allá del cual las cruces reñían su combate perpetuo. Volvió a escuchar, intentó rasgar la niebla pero solo alcanzó a distinguir el río abajo, el camino cerrado y la chimenea del abuelo, lanzando densas nubes azules.

El recuerdo del fuego le animó. Otra vez tanteaba el paso, volvía a deslizarse evitando las zarzas, sujetándose a las mimbreras. A ratos el animal le rebasaba, corría más sobre las lastras de hielo como queriendo adelantarle. Todo su cuerpo, la parte del lomo que tocaba el suelo era ya de cristal, podría haber llegado hasta el corral, contando solo con su propio peso. Pero las mismas razones que le impidieron abandonarle arriba, estorbaban la idea de dejarle bajar a su albedrío, invicto, camino de su muerte verdadera. Su victoria real, negra y pesada, debía consumarse y la víctima adivinando la respuesta, de un tirón imprevisto derribó a su verdugo sobre el sendero.

En un principio apenas sintió otra cosa que el olor de la pólvora y el golpe de la detonación en el Costado. Quedó de bruces junto al animal y al llevarse las manos al tabardo, recordó que allí guardaba los cartuchos de aguja. El lado izquierdo sobre el que cayó era una gran mancha negra y roja, una bandera de jirones de piel, forros y sangre que a cada movimiento se extendía. Volvió a alzarse y otra vez cayó a tierra. A duras penas se sacó el fusil y con el cuerpo más libre intentó romper el chaquetón para cortar de algún modo la hemorragia. Miró hacia el valle y la casa. No estaba lejos ya. Allí al menos tenía coñac y vendas de otras heridas viejas. Y de pronto, en tanto luchaba con el tabardo sobre el barro, de nuevo aquel rumor volvía, ahora una voz sin nombre, desconocida, hueca.

Al despertarme, no vi a la Dama frente a mí, entre la hierba a medio

fermentar. Nunca se desnudaba en los pajares, ni solía aprovechar las cartas de su padre para dormir entre los de su condición. Andaba como huida de lugares donde hubiera parientes y hasta para dar agua a los caballos me hacía mirar antes cien veces en los álamos y zarzas. Solo entonces nos acercábamos a los remansos y allí hasta de su imagen recelaba. Al llegar a una aldea la salvábamos dando un rodeo y si al aullido de los perros algún postigo se abría, ella volvía el rostro fingiendo avizorar los territorios donde las tropas de los reyes ya se andaban juntando.

Ya los gallos habían cantado por segunda vez y la Dama no aparecía, ni siquiera llegaba el rumor tan leve de sus pasos. Me alcé y tras de sacudirme el cuerpo de espigas horras y los ojos del último recuelo de la noche, fui a asomarme al postigo. Al pie estaban los dos caballos, golpeando entre sueños el suelo con los cascos, entre relinchos mudos y sonoros regüeldos.

Salté fuera y vestido a medias miré al cielo de nuevo. La mañana llegaba a toda prisa. Si la Dama no volvía era preciso salir a buscarla y si venía, tener a punto las monturas. De modo que busqué los aparejos y las armas y con luz rozando la cabeza de los chopos desaté del postigo los ramales.

La fuente del pilón no estaba lejos pero sí en el centro de la plaza. Pronto tendría a mis espaldas un cerro de preguntas que no podría responder y así, rodeando como siempre esta aldea también, entre manzanos muertos y vivos palomares, fui a dar con el murmullo abierto y limpio del tío, y en tanto buscaba paso entre las mimbreras descubrí a la Dama, tal como vino al mundo, en medio de la corriente. El pelo le cubría frente y espaldas, cayendo entre los pechos, devolviendo agua al agua por el canal oscuro de sus piernas. Allí estaba parecida a un hombre, igual que un hombre cada vez que la corriente la vencía. En la orilla se alcanzaban a ver las calzas y el jubón y, cerca de las botas, el puñal que acabó con la vida de aquel hombre, cuando el viaje de bodas. Tal recuerdo danzaba en mi memoria cuando ella alzó los ojos descubriéndome. Reconoció los caballos y sin cuidarse de mí, dejó caer las manos que por entonces la cubrían.

Desde entonces la Dama, allí en el agua, me anda a vueltas, me ronda la cabeza. A veces es un recuerdo de ira, otras un viento cálido que sube por el espinazo en las noches tan breves del verano.

Aún ahora, ya muerta y enterrada, llevada a su aldea para recibir tierra y nombre en la iglesia que es suya como montes y cerros hasta donde la vista alcanza, nace con la mañana en su remanso, con el pelo mojado y lacio por único vestido, como esos santos que, a la entrada de la catedral, miran más lejos, más allá de los cristianos que llegan, salen, se arrodillan o rezan.

Allí estaba temblando, con el cristal del agua cortando sus rodillas, tomando con sus manos aquel hielo fugaz y transparente, frotándose con él la cabeza, los muslos y los pechos. El río en torno, como los tejos y los álamos, parecía sucio ahora, tan viejo como yo, de guardia junto al sendero, cuidando de que nadie viniera a sorprenderla. Llegaba el rumor de sus manos en el agua, su voz en un canto que, desde que salimos, yo escuchaba por vez primera. Era como si hablara consigo misma, como escuchar el murmullo del tordo, ese tordo de Castilla siempre rozando el agua, en busca de todo aquello que flota o vuela, al amparo de zarzas y mimbreras.

De pronto en el sendero apareció, a buen paso, una tropa desconocida. Debían traer aún pocas horas de viaje, según el golpe vivo de los cascos, su erguido cabalgar, el aire valiente de sus pendones. La Dama espió el garabato de sus estandartes y en tanto se acercaban, acabó de vestirse entre las zarzas. Cuando salimos al sendero, ya los jinetes andaban lejos; ni el polvo de los cascos se veía, pero que, sin duda, debían llevar un rumbo parecido al nuestro.

A mediodía me envió a comprar vino, cecina y pan. Mientras comíamos, otra vez cantaba entre dientes, como en el río, a la mañana. Luego, tendida al sol, parecía lejos de mí, de los caballos y del final del viaje, que ya debía andar mediado por entonces. Parecía que hablaba a los chopos altivos y pelados, a las moscas del agua tan azacanas hasta la primavera, a los nidos vacíos en las horcas oscuras de los álamos. Parecía charlar con ellos, con el río crecido y los campos aún manchados de escarcha. Los caballos y yo y el mundo en torno debían ser un lugar triste y mezquino. Por fin calló y volviéndose me ordenó hacer fuego.

—¿Haremos noche aquí?

—No pienses en la noche.

Junté un buen brazado de urces y ella fue sacando de su jubón las cartas y encomiendas para tantos señores de aquellas tierras por

bajo de las Hoces. Buscaba con cuidado los nombres y, una vez bien segura de las letras, las arrimaba al fuego. Era como si allí ardiera el recuerdo del padre, como quedar solos los dos, en desamparo. Las fue quemando todas y yo, atento a aventar las pavesas, apenas vi cómo las zarzas junto a la corriente comenzaban a moverse.

Por fin se apartaron y un grupo de hombres apareció ante nosotros. También ellos iban armados a su modo, con hachas, bieldos y algunas podaderas enmangadas en recios varales.

Vamos —venía a decir paúl—, no es para tanto. Hay que tomarlos como son; cada cual a su aire, a su manera. Sin embargo, aquello de marcharse sin avisar, sin una explicación siquiera, le molestaba, le irritaba, tanto si era por falta de interés, como si se iban por culpa de la nieve. Quizás ese tiempo tenaz, empecinado, tal como Paul temía, hubiera hecho fracasar el negocio. «Si no suben, si no les entra por los ojos —afirmaba— buscarán otro sitio.»

Él por su parte, recordando el cuerpo en el corral, no estaba tan seguro de desear que empezaran las obras. Así, entre mirar al cielo y dejarse invitar, el tiempo iba pasando entre los cuatro muros de colores, con los bailes retumbando al compás de las luces y el alcohol abrasando el estómago. Luego, de madrugada, Adela, amenazando siempre, cada vez más hostil, como casados de verdad, echando en cara tantas noches inútiles con Paul y sus inglesas a las que tanto odiaba desde el día lejano de la nieve. El porqué debía hallarse en ese don especial de las mujeres para diferenciar amigos y enemigos, esa desconfianza elemental de la gente del campo, ella que nunca puso los pies en él, que tanto le aburría, sobre todo en aquellos breves viajes dominicales a la casa del abuelo o del padre. Ella que parecía volar por encima de prejuicios, odiaba a las inglesas de Paul desde el momento mismo en que los cinco coincidieron en el puerto, entre autobuses repletos de deportistas nuevos que dejaban tras sí una huella sombría de cáscaras, detritus y botellas.

Había saludado a Paul y después a las dos, a la pequeña y a la que más se mueve al otro lado de la barra, controlando palurdos que vienen de los pueblos. Las tres debieron adivinar los días que más tarde llegarían, en tanto, en la marabunta del refugio, Paul

buscaba sillas y bocadillos, como siempre invitando.

Mucho tiempo después se preguntó si sus encuentros posteriores con él por los vecinos valles, fueron casuales o le anduvo buscando desde entonces, desde que al paso quedo de los cubalibres, por llenar el silencio de las tres mujeres, le contó lo de las tierras más allá de las Hoces, abandonadas de sus dueños, reino y morada de los dos solitarios, un lugar a propósito según él para plantar la tienda y esperar futuros compradores.

—¿Y si no aparecen?

—Alguno caerá… ¿Tú no sabes que están vendiendo medio Pirineo? Hay mucha gente interesada en ese tipo de negocio. El dinero, seguro que acabará viniendo de alguna parte.

—Y mientras llega, ¿qué?

—Mientras llega, esperar.

Esperar entre Conchita, y su labor en el despacho vacío. Podía haber hablado con el jefe, pero apenas se dejaba ver, preocupado por las noticias de Madrid, por sus papeles a *ciclostyl* y los primeros rumores de amnistía. Después del aluvión, del dinero fresco de los emigrantes, un silencio pareció abatirse de improviso sobre los nuevos barrios, a lo largo del río, por donde la ciudad buscaba el campo entre huertas vacías, invadidas de aguas residuales.

Quizás Paul tenía razón. El valle, el abuelo, el padre podían esperar; mejor no precipitarse. El tiempo, es decir, la nieve, trabajaba a su favor. Según los ecos que de Madrid venían, era cuestión de esperar y prepararse. Por encima de los gemelos y el acuerdo frustrado, estaba aquella visita al secretario de la Diputación y el periodista de la página entera en su diario, dispuesto a dedicársela de nuevo, tanto si los dos solitarios vivían como si, al fin, los encontraban muertos. El mismo nombre del valle aún sonaría más, allá en la primavera, nada más empezado el deshielo.

Todo lo calculaba, lo explicaba sin temor a una posible competencia que no temía, que nunca llegaría de nadie porque todos, como la catedral o el mercado de los martes, llevaban muchos siglos a cuestas. Paul conocía la ciudad mejor que él y a pesar de ello le empujaba no se sabía bien si por hacerle un hombre, como a ratos le decía en la barra, riéndose con sus dos inglesas o tratando de servirse como de sus gitanos entre los que tan

bien se movía comprando santos, cruces, cantorales. Los trataba de igual a igual, no ya como patrón, y esa forma de ser le acabó llenando el almacén de las afueras de maderas doradas, loza antigua y rejas como arrancadas de la tierra.

Un día le llevó a conocerlo. Debió de ser una atención entre amigos ya socios. Al menos eso dijo. Allí en el suelo de cemento apeados de sus días de fe, respeto y gloria aparecían figuras de vírgenes y santos, toda una flora y fauna para devotos, petrificada en su tiempo de madera. Unos sin brazos, otros sin pies o sin nariz —no importa; todavía mejor con un poco de carcoma— niños desnudos sin las ropas tejidas en los conventos, sin la corona vendida aparte, sin el globo de bronce fundido y lejos de su mano.

—Mañana —abarcó su dominio con un gesto— todo esto sale de aquí. ¿Qué te parece?

Asintió preguntándose si, como todo aquello al alcance de su mano, no iría a parar también a las manos de Paul el dominio del abuelo y del padre. Quizás aquellos santos bajaron cualquier día del otro lado de las Hoces, de aquel castillo varado, inútil también, de tanta ermita perdida entre los montes. Puede que aquel jinete tan tieso, tan despegado de los otros no fuera el tal San Jorge, sino la Dama de la función en el porche de la iglesia, la que bajó a luchar vestida de varón contra quién sabe quién, muerta a su vuelta. Puede que aquel equipo de sayones descompuestos sobre el cemento sucio del garaje, arrastrara su cuerpo hasta el muladar que aún enseñan a los visitantes.

Y Paul, en tanto, iba y venía, señor y hortelano de aquel mundo roto y secreto de pintada madera que cada año, a fecha fija, como los pámpanos del lúpulo, maduraba en solemnes cosechas. Algún día acabarían como el pan, el valle, lo mismo que esas minas de talco abandonadas por falta de brazos, pero Paul seguiría cosechando en otros valles, en los pueblos del Páramo cerrados no a cal y canto, sino de sol y adobes, o más al sur donde luchó la Dama entre iglesias doradas y altivos tesos, leguas abajo por carrales monótonos, que aún llevan desde entonces nombres de sed donde el agua nace una vez al año para quedar luego sucia, inmóvil y tersa.

—Verás como en verano vuelven —repitió una vez más su letanía—. Estos de los negocios son como las mujeres.

—¿Qué mujeres? —preguntaba al socio olvidando el valle.

—Las mejores: esas que pasan por muchas camas, cuantas más mejor, sin quedarse a dormir en ninguna de ellas.

Al día siguiente se marchó con sus santos. Nunca más le volvió a ver. Fue la última espantada por aquellos meses.

La muchacha no huía, no era como la mayoría, siempre intentando no hacerse notar, temiendo desde un principio comprometerse. Tampoco se parecía en eso a los pastores, amigos por el día, quién sabe si enemigos a la noche. La muchacha no callaba como ellos. No se fingía sorda, muda y ciega; sabía ver, respondía a sus preguntas sin el temor eterno de las otras.

—¿Vives aquí?

Se detuvo, asintiendo, mirándole con el gesto tranquilo de quien abre las puertas de su reino.

—¿Desde cuándo?

—No sé —se encogió de hombros dudando—. Ya va para tres años. Puede que más.

—¿Tú sabes quiénes somos nosotros?

No vio a nadie en lo alto, ni entre los manantiales, pero supuso que los demás andarían al acecho.

—Me imagino.

——Y vosotros, ¿cuántos vecinos sois?

—Aquí arriba, el amo y yo.

—Digo abajo.

—Nueve o diez deben quedar. No lo sé. Yo voy poco.

—¿Vivís solo los dos?

En los ojos del otro adivinó que ya conocía la respuesta, como los nombres de los que aún quedaban y quizá el valle entero hasta las Hoces.

—Mucho trabajo…

—Eso sí; nunca falta —desvió la mirada desde el arma terciada en la cadera, en tanto en el piso alto una luz se encendía.

—Ya volveremos.

—Pase si quiere, a tomar un vaso.

Entró pero de pronto, de la vega, llegó un rumor monótono de cascos.

—Son asturianos.

—¿Por qué lo sabes?

—Nadie pasa por aquí a estas horas, si no es para comprar harina. De día es fácil encontrarse a los guardias.

No parecía preocupado por marchar, ni siquiera alerta. Se diría acostumbrado a aquel rumor, capaz de calcular su distancia, aún sin verlos, con tan solo escucharlos. Así se preguntó si habría andado alguna vez por aquellas laderas, antes que el amo arrendara la venta.

—¿Tú estás siempre por aquí?

—¿Y dónde voy a estar? —respondió de mal humor esperando ver surgir los caballos allí donde moría la carretera.

—Hasta pronto.

A poco, allá entre los helechos se alzaba el resto de la partida en torno.

—¿Qué tal? ¿Te dijo algo?

—Poca cosa.

—¿Tanto tiempo para eso?

—Lo que me dijo ya lo sabía yo. Quería comprobar si me estaba mintiendo.

—¿A ella la conocías también?

—Solo llevan tres años. Son nuevos.

—No se irán de la lengua.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Por las mismas razones que los otros. Hasta ahora nos fue bien.

—De todos modos, yo no me fío de los otros ni de estos.

Y con el gesto del más pequeño de los dos gemelos, el pensamiento de los demás debió alzarse en pos del otro en su refugio, defendido nunca se supo por qué secretos pactos. El suyo no; andaba a vueltas con el recuerdo de los asturianos. Si eran gente de la harina, tras comprarla en Castilla no traerían ni un céntimo.

Era preciso buscar algo mejor, algo que levantara la moral y a la vez les sacara de pobres por un tiempo. Pasó revista a cuantos aún recordaba de los viejos días de caza y borracheras. Entre todos no llegaban a llenar el bolsillo de nadie. Antes eran capaces de dejarse matar; los conocía bien y en cualquier caso, quedaban los más pobres. Ahora tenían a su disposición todos los pastos, toda el agua

del río, pero ahora justamente todo valía poco, aquel pueblo completó no debía reunir en la Caja de Ahorros lo que un solo vecino en las fértiles tierras más allá de las Hoces. Campos de viñas y de ricas ferias. También era mayor el riesgo en ellas, para empezar con gente todavía bisoña, con hombres como los dos gemelos aún sin probar más allá de su entusiasmo.

El ruido de los cascos cercanos en la penumbra del sendero les hizo agazaparse aún. Mirando hacia la venta vio aparecer tres caballos con su carga más clara en las tinieblas. Los dos hombres que detrás caminaban se detuvieron como dudando si llamar o no. A poco aparecía la muchacha, reconocida solo por su voz, al tiempo que abría la puerta cediéndoles paso.

—¿Qué hacemos? ¿Les dejamos?

—Vamos a ver qué hacen.

—Esos no van de largo; esos se quedan.

—Ya saldrán.

—Muy seguro estás tú.

—¿Y si la chica se va de la lengua?

—No dirá nada.

—¿Quién lo sabe? A lo mejor son guardias. Muchas veces van vestidos así. Todo el mundo lo dice.

—Solo son dos.

—Son bastantes. ¿Quién dice qué no vienen más?

—Callaos todos.

Se hizo un silencio hostil, todos pendientes de la venta. Los cascos, inmóviles ahora, descargaban de cuando en cuando un golpe imprevisto y pesado sobre el suelo ya negro. Venía el espaciado bufar de los animales, su estremecer bajo la carga y el golpear del cuarterón de la puerta batido por la brisa de la noche.

En la penumbra de los piornos, los cuatro se impacientaban quizás pensando en el solitario de la cueva, ahora quién sabe dónde. Tal vez fuera a tener razón en su afán de trabajar a solas. Él era su propio patrón y camarada, su propia inteligencia, honor, disciplina. Su mundo, hasta donde alcanzaban sus pies o sus manos, solo de él dependía y no le era preciso consultar, amenazar o fingirse sordo a la voz de nadie.

De improviso todos quedaron en silencio. Otra vez la puerta se iluminaba al tibio resplandor de la cocina. Pensaron que si los dos

hombres se volvían, la muchacha había hablado y antes de amanecer, las patrullas subirían a buscarlos. Mas la pareja, asturianos o no, tomaron del ramal a los caballos y rompiendo a andar, continuaron despacio su camino, tras la brasa intermitente de sus cigarros.

—¿Y si van a dar parte a Asturias?

—Eso ya cae más lejos. Cuando vengan ya no estamos. Y añadió para sí: «Salvo ese de la cueva». Tendría que buscarse otro refugio más escondido, menos confortable. De cualquier forma debería irse haciendo a la idea de que los tiempos, incluso para él, estaban cambiando. Viendo a los asturianos, acababa de elegir el lugar del primer golpe. Más abajo, en las Hoces por donde los dueños de las merinas que venían a pastar aquellos montes, deberían cruzar para traer la paga de los rabadanes. Solían tomar el tren allá por Salamanca y hacer el último trecho de su largo camino en coche de alquiler, aprovechando al tiempo las ferias para comprar cuanto por carta sus pupilos les pedían. El dinero no iba pues a faltar. No una gran cantidad pero sí lo suficiente para empezar, para adiestrarse con vistas a empeños mucho mayores.

Recordaba de sus años de maestro, sus sombreros flexibles, negros, sus trajes sobados, oscuros también y la cadena de oro apuntando al reloj a medias escondido en el chaleco. Los veía ahora en la oscuridad subiendo desde la carretera hasta los pastos, a lomos de sus asnos gigantes, como grandes abades llegados de la lejana Extremadura o Salamanca, ajenos a aquellas tierras, a los mismos vecinos que apenas les saludaban de lejos y a sus mismos criados que les trataban casi con reverencia.

Aquello resultaría un buen comienzo sin demasiado riesgo. Salir al paso en aquellas gargantas donde un sinfín de cuevas facilitaban largas esperas, entre el talud de rocas y los recodos del río, un camino bien fácil de cortar incluso para un solo hombre armado y decidido.

Miraba aquel buen sol nacido de improviso. De mantenerse un poco, el deshielo empezaría. Ahora que, al fin, su vida era fumar, beber aquel vino cada vez más agrio, ni siquiera el riesgo de alguna enfermedad le preocupaba como antaño. Él no cazaba como el otro

y tantos males le andaban al acecho que al final, como los jaramagos, unos cerraban el paso a los otros, manteniendo cada cual su guardia en los bronquios azules de tabaco, en las piernas que el reuma amenazaba, en todo el cuerpo vivo todavía. Allí estaba aguantando el jaque que su destino le imponía. Ni el paso de las manadas invisibles le asustaba en la noche, ni el pensamiento de no llegar a despertarse, cada vez más querido, deseado como un bien que la vida le debía.

A veces, durante una semana, despertar era una asidua, diaria decepción a la que era difícil sobreponerse a lo largo de todo un día encerrado en casa, espiando al otro o apartando la nieve a sus espaldas.

Ahora, que ya el deshielo se anunciaba con un rumor de gotas en el que el valle entero se licuaba, al menos podía recorrer otra vez carrales y vaguadas. Ya todo murmuraba en torno, pero nadie tanto como, en el cielo, la azul corona de los grajos. Su oscuro carrusel de patas rojas y uñas como garfios giraba sin apresurarse, creciendo cada vez más, desplazado a veces por los vientos. Alguno se perdía de pronto más allá de la ventana como heraldo de bienes carniceros en tanto los demás, tras dudar muchas veces, sobrevolaban las mimbreras aún húmedas de nieve.

Alguna res muerta debía andar oculta en la canal escondida del río. Quizás algún tejón o una liebre. Aquel círculo grande, cada vez más espeso, revelaba el tamaño de la presa, lo mismo que su recelo al acercarse. Tanto mejor para ellos. Alguien al menos sacaría provecho de la nieve. Con un buen brazado de retamas volvió a la cocina, donde la radio, a duras penas, se abría paso desde un remoto más allá, desde la capital. Ya debían de haberles olvidado, ya no hablaban de puertos ni de valles cerrados. Era inútil pensar, cazar, moverse como el otro, tentarse los tobillos a la noche, confirmar que la vista se mantenía viva, avizor, normal sobre la superficie helada, o en la penumbra interior, medida tantas veces por el ir y venir de sus pasos. Como todos los días, una vez más, el vaso de latón se prolongaba, garganta abajo, cortando casi la respiración, el aire como una escoria ardiente camino del estómago. Ahora, una vez cumplido el primer rito de la mañana, solo quedaba comprobar el retroceso de la nieve, el color de los cerros, su punto de sazón, si es que el deshielo llegaba ya a lomos de los grajos. Aún

andaban alborotando arriba cuando se dirigió hacia el río, hasta el remanso más cercano, en busca de la ración diaria que la bomba de la cocina le negaba. Uno, dos, veinte golpes y el hielo no cedía. Subió a lo largo de las mimbreras con el cubo presto, blandiendo el hacha de podar y un poco más arriba, ya cerca de la iglesia, la negra corona casi a ras de tierra arreciaba en sus giros.

Vio el cuerpo tendido, salpicado de barro como un saco de estiércol olvidado, en los días que vienen tras la siembra, pero nadie sembraba desde tiempo atrás. Tal vez alguna res perdida, mas los rebaños no solían llegar hasta principios del verano; quizás un lobo herido o un rebeco maltrecho. Mejor asegurarse. Dejó el cubo y empuñando el hacha, que pareció comunicarle la helada decisión de su cuidado filo, fue subiendo, cuidando de asentar bien los pies, cargando bien el peso que suplía su fuerza.

Morada, casi negra, con el vello chamuscado, descubrió aquella mano crispada y remota, tan aferrada al barro que tardó en reconocerla.

Un paso, un breve esfuerzo más y aquel saco de estiércol con su maraña de pelo sucio, revuelto de hielo y fango, estaba a sus pies suplicando como el amante tiempo atrás. Como el otro venía a ser un segundo despojo de la guerra. Como él también olía a pólvora y carne quemada, ambos miraban con sus ojos abiertos uno hacia un techo de barro, el otro hacia el barro de la tierra. Y era aquel, arma larga de caño y pesada de herraje la que a los dos unía, más allá del tibio sótano, más acá del río y las mimbreras. De pronto sentía bajo el coro de negras quejas en lo alto, un viento súbito de soledad, un vacío agrio y maduro contra el que era inútil luchar, morir de bruces sobre el barro como aquel saco de huesos a sus pies, o al igual que la barba florida ser de golpe apeado de su trono de amor bajo la tierra. Allí estaba el fusil de entonces y el cuerpo con el destrozo oscuro del costado, cara ya a sus verdugos del cielo. Imposible cargar con él, subir la dura cuesta hasta alcanzar el cementerio. Intentó arrastrarle sobre la nieve pero la misma nieve se aferraba al tabardo. Incluso las mimbreras se obstinaban en retenerle.

La corona en lo alto se apretaba, se hacía más densa sobre el rostro descubierto, sobre los ojos vueltos hacia los álamos. De pronto recordó el fusil y tomándolo, echó atrás el percutor para

sacar el cartucho inútil ya, como los otros reventados en la caída. En el bolsillo opuesto, aún quedaban unos cuantos entre migas de pan y queso rancio.

Cargó, apuntó a lo alto y disparó. El retroceso estuvo a punto de hacerle resbalar sobre la nieve, el aire se volvió azul y el valle de un estampido múltiple que hizo vibrar las manchas rutilantes de los neveros. No supo si tiraba a los grajos o a aquella soledad que ahora surgía a sus pies. Y antes de rehacer el camino en busca de una herramienta con que arrancar del barro al muerto cubrió su rostro con helechos. El rumor del disparo aventó el negro coro, provocando en la tierra secretas estampidas. Un país invisible, subterráneo, se agitó en un instante para volver de nuevo el silencio al valle. Fue entonces cuando, desde la iglesia, trajo el viento un sordo retumbar que le hizo detenerse. Era como si alguien, más allá de las tapias, entre las cruces rotas, estuviera cavando. Eran golpes duros, opacos, firmes. Volvió sobre sus pasos. Cruzó de nuevo con esfuerzo junto al cadáver y siguió adelante hasta alcanzar la tapia horadada por los caminos de las liebres. Allí en la nieve, en aquel jardín ahora gris donde solo las cruces a duras penas asomaban, alguien había estado trabajando. Se veía en la nieve el trazo rectangular con las medidas habituales y unas pisadas que de improviso desaparecían. Miró al cielo. El sol ya se velaba. Si no se daba prisa, antes del alba ya estarían sobre el cadáver los necios; tercos, hambrientos amigos de lo alto.

La dama se alzó mirando a los de la partida pero ellos nada dijeron, ni siquiera hicieron ademán de alejarse. Algunos se arrojaron a sus pies sin mirar otra cosa que las alforjas de los caballos. Otros quedaron en silencio, con la mano en la cintura donde brillaban, entre el jubón y el cuero, unos cuantos cuchillos. Nada dijeron; tan solo miraban, vigilaban como esperando. Sus calzas rotas, sus manos como raíces, sus pies desnudos y deformes, los ojos muertos de algunos, recordaban tiempos pasados de guerra y peste, alguna tropa errante, salida del infierno, alguna hueste perdida de desertores. Y lo que más bacía temblar el ánimo era su modo de hablar por señas, sin palabras, tan solo a través de gritos como cantos.

El más viejo de todos se abrió paso y fue a palpar los pies de la Dama, que no dio un paso atrás, que ni siquiera llevó su mano hasta la daga. Supimos entonces que aquel viejo de ojos claros y costillas hundidas, solo veía a través de sus dedos, que ahora pasaban una y otra vez sobre el cuero, cubierto de barro. A cada nuevo viaje volvía hacia los otros sus ojos opacos y los de la partida respondían con nuevos murmullos, con gestos y arrebatos.

Las manos muertas se iban alzando, palpando el cuerpo de la Dama como las de esos peregrinos santos que buscan en las imágenes, en el nido oscuro de sus relicarios, un poco de luz acá en la tierra, bienes, fortuna o esperanza con que aguantar la vida que les resta. Y la Dama también, como las de los pórticos de piedra, seguía inmóvil quién sabe si temiendo o deseando aquel extraño honor, aquel culto, hasta que, de improviso, el viejo de los ojos borrados detuvo el paso de sus manos y volviéndose hacia el camino, pareció escuchar algún rumor que ninguno alcanzamos. Su oído debía ir más allá, seguía atento pero el de sus compañeros, más confiados o más necios, se cansó de esperar. Los más cercanos, aquellos que desde el suelo nos miraban, se arrastraran hasta Casi tocarnos. La Dama alzó entonces en el aire el mandoble del padre y de un golpe con ambas manos partió la frente del primero, haciéndole caer envuelto en espuma sangrienta.

En un relámpago surgieron de bajo los jubones puntas de hoces, dagas breves y romas partesanas. Un remolino de rugidos y gritar sordo, de rostros ciegos y miembros lisiados cayó sobre nosotros intentando derribarnos, mas la Dama, a cada golpe, trazaba un círculo de muerte, amparada en mí, sin volverles rostro ni dejar que nos rodeasen. Ni las horcas de extendido brazo, ni el duro acero de las falces eran capaces de traspasar el corro que su mandoble iba trazando sobre pechos y brazos. Era un viento de muerte sin piedad que se abatía partiendo rostros, tajando vientres, matando luego por matar, cuando ya la piara deshecha se retiraba camino de los álamos. Pero ya en el extremo opuesto del camino aparecía, a paso quedo, su muerte cuyo rumor adivinara el viejo | poco antes: un caballero con su grey de a pie, defendido por buen número de jinetes.

Con sus cotas de malla apenas encubiertas por los guanteletes, sus escarpes de acero y sus altivas lanzas parecían enviados del

Señor en aquel duro trance, de un señor de la guerra que viniera a socorrernos en aquel valle dejado de sus manos. Con un gesto hizo cercar a la tropa de bastardos que ahora fue a hincarse de rodillas, besando los pies de hierro, implorando por sus vidas, al tiempo que unos pocos intentaban cruzar el río a nado. Mas los trabajos de irnos y otros resultaron inútiles. El caballero debió adivinar sus pasados desmanes. La muerte cercó a ciegos y tullidos y con la estrella de sus picos, les empujó sin escuchar sus súplicas hasta la misma orilla de donde habían surgido. Allí la tropa, como ya acostumbrada a trances parecidos, echó al aire gruesas sogas de esparto y allí fueron quedando en los pelados álamos, cojos, ciegos y mancos como aquel otro del puente de las Hoces, bañados en la pulpa roja de su sangre con las calzas caídas y el sexo oscuro denunciado, manchados de esa otra blanca sangre con que se tiñen los ahorcados, una vez que en lo alto se parte su espinazo.

La nueva tropa iba como nosotros a la guerra de los reyes y así seguimos juntos el camino hacia la ciudad; nosotros con nuestra torpe impedimenta y la tropa del caballero bien montada, defendida, dispuesta a entrar en liza. Predios y aldeas se amontonaban a su paso. Todos adivinaban el fin de nuestro viaje, la razón de los yelmos y arneses, de los testeros de infinitas formas que apenas dejaban ver otra cosa que los ojos y el belfo de los animales. Cruzamos vegas fértiles siempre siguiendo la ribera del río que allí también, con tierras por donde abrirse paso, seguía hermano del camino, aunque ya menos bravo.

La Dama y el caballero rompían marcha, en el barro y el polvo, a lo largo de senderos umbrosos donde la escarcha no se borraba en todo el día. El caballero hablaba de los nuevos reyes que en contra del monarca de Portugal andaban reclutando tropas.

Cruzábamos aldeas de rostros hoscos, de esos que saben lo que pueden esperar de toda nueva guerra y algunos se unían a nosotros, nos alcanzaban en la acampada siguiente, con falces, y cuchillos, con aquel mismo afán de muerte que antes vi yo en los ojos de la Dama.

Entonces aprendí a distinguir los que estaban dispuestos a dejarse la vida por aquellos nuevos reyes, por odio al portugués, que de vencer vendría a esquilmar nuestros predios y los que se alistaban por conseguir hacienda cerca de las ciudades libres, por

medrar de algún modo, lejos de sus mezquinas tierras.

A cada jornada la tropa aumentaba, crecía en carne de ballesta. Todo el hierro cortante que los herreros guardaban para clavos, guadañas, goznes quedó convertido en puntas de pica o lanza a medida que nuevas tropas se juntaban ya cerca de los arrabales de la ciudad donde empezaban a retumbar los solemnes tambores de la guerra.

Por entonces oímos hablar más claramente del rey portugués, el de la esposa niña, casado por interés, por medrar a su sombra a costa nuestra. Todo el país andaba revuelto, dividido, irnos a su favor y otros en contra y así cuando desde la cuesta que domina la ciudad alcanzamos a distinguir sus torres y murallas, se alzó un clamor de caballeros y peones, tal como los cristianos ante Jerusalén, jurando permanecer unidos en esta otra santa y justa cruzada.

Allá en las Hoces, por donde terminaban las tierras de la Dama, por donde va la carretera ahora, entre blancos barrancos del color de los huesos, los cinco aguardaban; cuatro al amparo de su techo de roca, en su cobijo de ermitaños y otro al pie del camino, entre los urces.

Aún la poca costumbre de esperar se alzaba inquieta en aquella primera ocasión. Cada cual consultaba su reloj, turbios los ojos de tanto acechar, callado el río de tanto zumbar en los oídos.

—Hoy ya no vienen. Ya es tarde para ellos.

—Todavía hay luz. Aquí se nota menos, pero arriba debe quedar una hora de sol todavía.

—¿Y si cogieron otro camino?

—¿Qué camino? No hay otro.

El mayor de los gemelos se volvió hacia el resto del grupo, preguntando otra vez con la mirada:

—¿Quién dice que no hay otro?

Los demás callaban tan cansados como él, tan hartos de ver solo ante sí las dos grandes murallas calizas con el paso en el fondo por donde solo aparecieron en el día un par de hatos de cabras, camino de los prados vecinos.

—Estarán en la estación tomándose unos vasos —murmuró al fin

—. Se quedarán a dormir hasta la mañana.

El sol se iba borrando y nadie aparecía. A medida que arriba la franja del cielo azul se oscurecía, se apagaban también las esquilas de los hatos. Los dos enhiestos paredones sombríos se poblaban de sombras, de otras cuevas cerradas con cascote, de cistos cenicientos quemados por el rayo.

—¿Y ahora qué? —preguntó la voz de antes, en tanto la gran sombra de la noche se iba cerrando sobre el rumor del río, cada vez más bravo.

—Ahora, ¿qué hacemos? ¿Seguir esperando?

Nadie respondió. El que abajo acechaba el camino, el taciturno de las pocas palabras, se acercaba, sendero arriba, lanzando al llegar la contraseña.

—¿Nada?

—Nada. Mintió el de la estafeta.

—¿Por qué no nos vamos?

—Cualquiera sabe —murmuró el cuarto, aquel que caminaba solo, como dicen que en la guerra peleaban los gitanos.

—Todavía pueden venir. Si no es hoy, mañana. Si no aparecen, bajaremos a la estación a enterarnos.

Una hora más y al cabo, de nuevo en marcha por los derrumbes de la tuda. Paso franco y caras hoscas en todos con el peso a cuestas de las horas perdidas.

—Y ¿por qué no se prepara otra cosa? Aquí podemos estar una semana.

—Antes de una semana nos caen encima.

—Antes de un día. Puede que ya lo sepan.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? Que estamos aquí. Por eso no subieron.

—Puede que alguien se fuera de la lengua.

—¿En la estación?

—Arriba.

—¡Acabar de una vez! —vino la voz de atrás dominando a todos —. De arriba nadie baja con el cuento. Nadie va a arriesgarse.

Pero todos pensaban en el amigo de la barba florida y su reino amenazado ahora y también recordaban a la muchacha de la venta siempre de charla con unos y con otros, quién sabe si a la espera de un lugar más tranquilo y respetable al amparo de una buena

recompensa.

De improviso un ladrido lejano borró susurros y palabras. Hasta el rumor del agua pareció más manso y el rumor repetido del cuco, más suave, menos recio. Pronto el ladrido de los canes volvía, llegaba encajonado a lo largo de la garganta caliza.

Los cinco se miraron sin verse, agazapándose de común acuerdo.

—A lo mejor son ellos.

—Es tarde. A esta hora no se arriesgan.

—Son los de la brigada, —murmuró el taciturno.

—Esos no avisan. Son los perros del pueblo.

—Pero si ladran es que alguien viene.

—¿Y qué importa?

—Que traerán los suyos también.

—Los de ellos no se apartan del río. Además tienen el viento en contra. No moverse. Y callar de una vez.

Los perros de los guardias levantaban a su paso por cohortes y caballos, la voz furiosa de los canes guardianes. Al fin aquella tempestad menguaba y una vez lejos, solo algún grito terco, monótono, se mantenía, ladrándose a sí mismo.

—Deben andar ya cerca de la salida.

Ninguno respondió, ninguno pudo hacer otra cosa que comprobar al tacto las armas y colocar a mano la munición. Los gemelos unidos como siempre, cubierta a medias su pesada corpulencia, parecían querer traspasar las tinieblas con la mira del mosquetón y el que a todos mandaba, con su tallo de brezo entre los labios, sentía a la vez la duda de sus órdenes y el sabor dulce y amargo de la muerte. Allí estaban los cinco a la entrada de las gargantas solemnes hundidos en la tierra, alerta por si su mala suerte o aquellos invisibles perros les obligaban a escapar como las liebres.

Abajo, sobre el camino y el río, de nuevo reinaba el silencio ahora. Quizás —pensaba el jefe—, todo fuera como en tiempos de la Dama o más lejos, cuando el agua comenzó a abrirse paso en la montaña. De nuevo como en el viaje, se sentía muerto también como tras el amor, cargado con aquel fardo hostil de los cuatro a sus espaldas.

—No nos vieron —murmuró con el brezo en los labios, escupiendo al suelo una lluvia de diminutos pétalos.

—Quién sabe si nos esperan en la venta.

—Allí no paran mucho. Esta noche duermen en el cuartel.

—Habría que saber si los otros llegaron. Tendría que bajar alguno de nosotros a la estación, a enterarse.

—¿Quién?

—Yo mismo —insistió el taciturno.

—Antes de media hora te caerían encima. Allá abajo se conocen todos.

—Entonces ¿a qué estamos esperando? —vino la voz del gemelo mayor.

Si volvía a levantarla así, tendría que abandonarle allí denunciado o muerto de un tiro, aunque luego tuviera que entregarse.

—¿Qué hacemos? —insistió la voz.

El mayor de los gemelos sintió en su flanco el cario duro que tan bien conocía, a la altura de sus bombas de mano. «Si dispara —se dijo— volaremos todos.» Guardó silencio y luego respondió: «Tú mandas» —entre el temor, el rencor, el miedo y la esperanza.

Inútil aguardar ahora, Nadie vendría a aventurarse en las tinieblas.

Mejor retroceder, remontar los senderos ya conocidos y aguardar en lo alto hasta el día siguiente.

Los perros callaban, el río se amansaba y a poco, la luna haría imposible cruzar sin ser vistos, la mancha de los helechos y retamas.

Dio la orden y la partida se alzó en la oscuridad. La subida era estrecha y a cada instante algún canto rodaba con estrépito. Todo era trepar, detenerse, tomar resuello y esperar el final de los ecos abajo; todo con hambre y sed, hasta llegar a la primera cima ya invisible desde la carretera.

—Aquí vamos a esperar hasta mañana. Mañana bien temprano volveremos abajo.

Ni un susurro se alzó en el viento helado, que sobre sus cabezas empujaba las nubes bajo el círculo hendido de la luna. Echaron los macutos a tierra y tras sortear las guardias, cada cual comió de mala gana su esquilmada ración para después tumbarse al amparo de la brisa. Era como años atrás en la raya de Asturias, en las trincheras junto a la gran ventana, o más tarde en el convento esperando su nombre en la lista, cantada al alba ante las tapias del

huerto acribillado. Allí y ahora, bien poco su voluntad contaba, ni siquiera más lejos, en sus años de escuela, ni siquiera cuando niño a su vez le era preciso marchar, romper las tinieblas hasta el pueblo vecino. Se despertó súbitamente con un duro golpe batiéndole el costado. Pensó «estoy muerto, mejor, tienen razón». Se dijo que no había nacido para mandar o para obedecer, ni para vegetar siquiera, que era carne sin más de la sin nombre, su dama y compañera. Pero no era su dama quien le apremiaba sino el pie del taciturno.

—Vamos; ya es hora.

—¿No viste nada?

—¿Quién va a venir a estas horas? Ninguna novedad. Se ve que los amigos no madrugan.

—¡Ojalá tengamos más suerte hoy!

—Esperemos…

A lo lejos la baba amarillenta de las nubes calmaba el viento y alineaba, en cadenas sucesivas, cerros y vaguadas. En una hora se hallarían de nuevo acechando. Quizás esta vez acertaran con el lugar y la hora. Lo deseaba sobre todo por los otros que ya se alzaban entre las ramas yermas, desde las voces entrecortadas de su breve sueño.

Y la verdad es que ya le conocía. ¿De qué? Puede que de la barra, de algún alterne vago con las chicas. A veces resbaló su cara bajo las luces ralentizadas de la pista. Un gesto de llamada, un ademán de aviso y acudía a su encuentro haciendo al tiempo rápido balance de los últimos días, calculando qué malentendido podría haber por medio.

Está esperando bajo la bola que reparte destellos sobre muros y mesas diminutas, al pie de la cabina del *disjockey*, a medias escaparate particular y a medias laboratorio de electrónica.

Tras del primer vistazo, la esperanza de que por fin Paul haya aparecido o la nieve se haya licuado de una vez o los dos alemanes hayan vuelto. Pero al final de ese camino de tinieblas recorrido a tientas tantas veces, reconocía, junto a la barra, aquellos hombros algo cargados, sin las chicas en torno, como si todos, incluso los palurdos del sofá de entrada, adivinaran que nada de aquello les

atañía y era mejor mantenerse alejados. Luego, en el reservado con olor a serrín y plástico, aquello de «solamente unas preguntas» le recordó los seriales de la tele. Le agradeció que no fuera a buscarle a la oficina con el jefe nervioso y Conchita atenta a cualquier novedad capaz de espantar su tedio.

—No hay nada contra usted, de momento —repetía la voz intentando tranquilizarle—. Es su amigo el francés quien nos interesa.

Vagas alusiones, cadenas de preguntas que el otro repetía con voz semiapagada por la música, por el rumor de los clientes otra vez en la barra.

—Quizás usted pueda hablarnos del asunto; aclararnos algo.

—¿Algo de qué?

—No irá a decirme que no sabe nada.

La voz insistía impaciente, incrédula. Era como negar sabiendo y sin embargo nunca fue fácil en tiempos de Paul adivinar su vida, sus negocios. Ahora, por su especial modo de hacerlos aparecer sencillos, diáfanos, aún queriendo decir la verdad parecía mentir, ocultar algo que en realidad iba adivinando a través de las preguntas del otro. Aquellos santos, cantorales, cálices del almacén, quizás otros tesoros disfrazados iban tomando forma en torno suyo, iban configurando un nuevo rostro menos alegre, más grave del habitual en el que siempre había confiado.

—Le llamaremos a declarar, pero si como dice, no tiene nada que ver, no se preocupe. Cosa de puro trámite. Aquel trámite era lo que más temía, no acabar de saber hasta dónde llegaba aquel camino iniciado sin saberlo el día en que conoció a Paul y sus negocios vagos como el que pretendía levantar en torno a los dos viejos y el valle.

—¿Solo trataban de eso?

—De fincas. Es lo que yo trabajo. Compra y venta. Parcelas sobre todo.

—O sea, nada de cosas de arte.

—Yo de eso entiendo poco. Bueno, nada, la verdad.

—¿Nunca le acompañó en sus viajes?

—Nunca; tampoco. Solo una vez me enseñó lo que le digo.

—Pero algo le hablaría.

Se encogió de hombros, sin saber si el otro le escuchaba, como

cuando se confesaba de pequeño, intentando quitarse de encima todo aquello que no sabía si era pecado o no, capaz de ser borrado por un gesto, unas buenas palabras, un humilde propósito de enmienda.

—¿No recuerda los nombres de los otros? ¿De los dos alemanes?

¿Quién pensaba en los nombres entonces?

Podían haberse llamado Otto y Fritz. Ni siquiera sabía si Paul, era Paul, su apellido o su nombre verdadero. Solo intentaba adivinar hasta qué punto el asunto del valle se hallaba todavía en sus manos, o si pertenecía, sin apenas sospecharlo, al mundo que adivinaba detrás de tanta pregunta vaga, más allá de sus absurdas respuestas.

—Como esto lleva tiempo, vamos a llegar a un acuerdo, si le parece. Yo de momento no le llevo a tomar declaración y usted no se me mueve de aquí. Si tiene que salir de viaje, me lo dice. Yo suelo caer por la barra casi todas las noches.

—O sea que estoy libre.

—Nadie está detenido de momento.

El tono era ya menos amigo. Cuando el otro con un leve saludo a las chicas se perdió camino de la puerta, el mundo allá en la oscuridad cambió; cambió la copa que le servían cada noche y la mirada del dueño, surgido de improviso tras la conversación, como un mago de feria una vez concluido el espectáculo. Y el espectáculo era él con el fondo impasible de las dos muñecas, quizás acostumbradas a escenas como aquella, pero no felices, dispuestas a eliminarle como a tantos clientes de los sábados, venidos desde pueblos remotos para ver una parodia de striptease. Ni siquiera respondieron a su saludo cuando se despidió, camino de la mujer de los abrigos. Ella también al otro día sería diferente. Otro día y unas semanas más. Era gracioso tener que presentarse no en la comisaría sino allí, era un círculo vicioso y nunca mejor dicho, tener que ver las mismas caras por culpa de Paul. Volver tan solo para ser visto cada noche. Fuera, con las estrellas en lo alto y el abrigo tan cálido, ceñido, pensó que la primavera amenazaba. Pensando en los dos viejos, se preguntó en qué podría parar todo aquello; hasta dónde podría llegar aquel amigo de la barra con su amabilidad dura y ambigua, si aquel Paul de los negocios poco claros volvería alguna vez para darles forma definitivamente sobre el corral del muerto.

Así pues, no salir de la ciudad. Tampoco subir a la casa del abuelo como años antes. Bajar en cambio esos cuatro escalones que se cerraban ahora a espaldas del portero y acabar algún día con Adela muda y hostil de madrugada desde que Paul apareció, amenazando siempre con marcharse cuando a la noche llegaba sin encender la luz a compartir un lecho de silencio. Fingir negocios cada vez mayores que la imaginación, el otro lado de la cama, debía convertir en aventuras, en una sola, continua, mantenida; olvidar de momento el asunto del valle, romper con Adela, dejarla ir a vivir con alguno de sus clientes habituales y esperar a que todo acabase o no acabase nunca y el círculo siguiera girando en torno, hundiéndole cada vez más, después de tanto viaje, radio y periodistas, en días inútiles como el que ahora concluía a medida que la calle desierta, apagada, se iba cerrando detrás, empujándole camino de la cama.

En tanto buscaba en el fondo de los grandes ancones del portal, sentía ese vacío que desde el exterior le iba ganando. No eran los copos que de momento volvían, el cierzo suspirando o las llamas del fuego en la cocina. Era el recuerdo de aquel a quien el mismo azadón que buscaba dio tierra un día. Aquella noche, ni el nieto ni la madre fueron capaces de cargar con él, ni él mismo de cavar más hondo con la mujer al lado, dispuesta a derramar la tierra sobre el cuerpo, midiendo a cada instante la oscuridad profunda, incapaz de llorar, dispuesta a suplicar al pie de su amor borrado definitivamente, no un castigo más suave sino un final más rápido.

Mas su segunda, su verdadera muerte, tardó algunos demasiados años.

Todos adivinaron su llegada desde el momento en que aquel rostro joven todavía se fue agriando y volviendo ceniciento. Todos supieron que ya la sin nombre andaba junto al río picando la guadaña como los segadores. También conocían la razón suprema, poderosa que tras el primer aviso, allá en las Hoces, mantenía a la mujer a pocos pasos del lecho de guijarros, negándose a marchar a la ciudad. Alguien aventuró que el mal subía de allí mismo, del muerto; que en aquel cuerpo, ya bajo el manto de la sin nombre, su mismo mal reverdecía. Mas todos lo callaron el día del adiós

definitivo, camino del huerto de las tapias caídas.

Abuelo, hijo, marido siguieron trabajando el poco pan que se sembraba por entonces, las huertas esquilmadas por el río y cuando el hijo marchó a la capital, ya con casas de sobra en el pueblo, el abuelo y el padre se separaron definitivamente.

Solo, de cuando en cuando, cada vez que los carros del mercado llegaban con el surtido de costumbre, sonaba algún murmullo, un relinchar, el crujido de las cestas, rumores y palabras hasta que al cabo el crepúsculo vencía.

Entonces las fiestas se volvieron más hoscas y sombrías, interrumpidas mucho antes de la puesta del sol, esa hora clave en el ir y venir de las partidas, cuando unos y otros se buscaban al amparo de su mentido traje de domingo, los unos a la búsqueda de nuevos rostros, los otros traicionados por la piel quemada, cortada con solo los dos puntos azules, negros, de los ojos. Todo ello a la luz del crepúsculo, apenas el sol se hundía rechinando, chirriando en su lecho de nubes de cierzo, por detrás de la tribuna de los músicos.

Frente por frente, ya al pie de la ciudad, una modesta atalaya dejaba alzar su negro penacho entre los álamos. A poco aparecían dos figuras montadas que, al parecer, se hallaban esperando. Con aire mesurado, como quien fuera a concertar una paz o una tregua, se acercaron al caballero, que a su vez les escuchó también pero negándose a quién sabe qué pretensiones. Los dos volvieron grupas y pronto se perdían entre los alisos. «Malos agüeros» murmuraron los peones. Malos tiempos pues los dos jinetes bien se veía que llegaban a cobrar el diezmo o como quiera que allí se llamara el derecho a cruzar aquellas tierras. Y viéndoles marchar, exclamó el caballero, qué bien fuera juntar Hermandades como en Castilla, unir villas y pueblos a fin de poner coto a tales desmanes.

Yo nunca oí hablar de tales juntas, ni de tales tropas pero según contaban, allá cerca del Duero, unos cuantos señores decidieron unirse con los vecinos de las aldeas principales. Juntos y unidos, enviaron procuradores a la villa de Dueñas donde contaron y hasta se dice que dieron por escrito la relación de los robos y rescates que sufrían los alcaides en sus fortalezas por parte de ladrones y tiranos que como flor en mayo, florecían. Y como algunos no supieran qué

partido tomar, ni adonde recurrir, ni cómo defenderse, hubo uno que alzándose les dijo:

«No sé yo, señores, cómo puede morar tierra aquel que su destrucción no siente y donde sus moradores son venidos a tan extremo infortunio. Lo más grave que siento es que aquella libertad que natura nos dio, nosotros la hemos perdido sometiéndonos a los tiranos con cobardía y caimiento.»

De improviso, como dando razón a aquellas palabras, sentimos a espaldas nuestras una segunda tropa a nuestro alcance, en silencio. Ya los de atrás daban aviso y el caballero hacía detener su hueste dispuesto a recibir a un mensajero. Pues que no se avenía, vino a decir antes de volver grupas, ninguno de nosotros seguiría adelante.

—Amigo, ve y dile a tu señor que considere qué vida sería la nuestra si no la remediáramos, si no fuéramos libres como debemos serlo.

Y arrancando al galope su caballo, corrió en pos del heraldo hasta el campo frontero, seguido de los suyos a los que se unió la Dama de buen grado.

Y una vez en lo más duro de la liza, con la pica partida en dos, hendía con la espada brazales, cotas, cueros y mallas con saña, germinada de pronto como la nieve en primavera.

Jinetes y peones, se ensartaban y herían y allí fueron los ayes y lamentos, los miembros rotos, las cabezas con su sello de sangre y los espaldares cercenados a ras de cuero, segando brazos desde el codo a la mano.

Allí fue huir, divididos, los unos hacia la atalaya muda ahora, los otros cruzando el río hasta donde los ballesteros les seguían. Era como pescar o matar puercos ensañarse con aquellos hombres, los unos muertos ya, los otros a punto de alcanzar la orilla.

Luego vino la ceremonia de colgar a los vivos. Los unos se arrojaban a los pies del caballero, suplicando un perdón que no llegaba, otros pugnando por besar la mano de la Dama que ella les retiró sin siquiera mirarlos hasta que, en su silencio, supo que ya estaban colgados. ¿Qué pensaría la Dama? Aquel día debió de ser bueno para ella. Manejaba su mandoble junto al caballero con mayor saña que él, como si al fin hubiera hallado su sustento, ese que por allá adentro debía devorarla y que, una vez fuera, no se puede frenar ni contener. El caballero, tal como hablaba, medía

cada golpe, pero la Dama se revolvía con saña entre los hombres como aquel matarife de su casa que abría en canal los puercos en otoño y parecía gozarse en el hedor de la sangre, las entrañas abiertas y el último estertor del animal cuando el cuchillo le va calando y vaciando entre el gritar de los niños y el afán de las mujeres por no perder una gota de su sangre.

Al fin llegaban, mezquinos, recelosos en aquel automóvil de alquiler que se les anunció, un Ford macizo, sólido, con mil vueltas cumplidas en su cuenta kilómetros. Allí venían, no demasiado tranquilos, mirando los taludes, penetrando con rápidos vistazos la jara y los negrillos que a medias taponaban las cuevas. Allí se acercaban, acostumbrados a trances parecidos sobre todo el chófer que tomaba las curvas a centímetros del río, como quien conocía paso a paso, escalón por escalón el camino y sus posibles riesgos.

Y al doblar el recodo, antes del puente de madera provisional donde ya por entonces una tosca señal avisaba el agudo recodo, un tronco atravesado les hizo detenerse.

—Vayan saliendo. Fuera —saltó un hombre a su lado.

La respuesta muda, el ademán dócil del conductor saliendo con los brazos en alto, dijo a los otros cuatro que eran ellos, que allí no habría heridos, que no había armas ninguna bajo aquellos ojos, a la vez iracundos y sumisos. Apenas preguntaban. Las armas, su aspecto ahora tras la larga marcha hacían inútil cualquier respuesta. Se dejaban cachear, empujar, palpar hasta dar con el bulto de la sobada cartera.

—¿Miramos la maleta? —preguntaba el menor de los gemelos.

—Mírala si quieres. Pero no te entretengas.

Solo ropa para lavar. Todo cuanto llevaban de valor iba encima, con ellos, mas ni siquiera un billete, en el forro de aquellos grasientos sombreros negros, ni en sus botas de elástico, solo anillos en las manos tan oscuras y viejas como las de sus pastores.

—Cógeles los relojes.

Allá fueron los dos Roskoff de pesada leontina con los gemelos de oro y los anillos, al bolsillo de la sahariana, en tanto los demás se impacientaban.

—Quitaros los zapatos —se les ordenó, mientras el taciturno repasaba el interior del coche—. Vengan las llaves.

Cogieron el manojo que el chófer les tendía y fueron a parar al río con los tres pares de zapatos. Luego, abriendo el capó de un golpe, arrancaron de cuajo los cables que volaron al agua también perdidos y maltrechos.

—Ahora tumbarse ahí mismo en la cuneta. La cara abajo.

—Por favor, eso no —clamó el más viejo de los dos sujetándose el sombrero sobre el pecho—. Llévense lo que quieran, pero respétenos.

—Al suelo.

—No nos mate —sollozaba.

—Vamos, tirarse, no pasa nada.

Los dos y el chófer ahora menos tranquilo, se tumbaron de bruces sobre el patíbulo de grava que el gemelo sembró de pasquines mal impresos. Los tres hombres, con el rostro en tierra, se estremecieron al sentir aquel roce como si desde sus espaldas estuvieron ya disparando sobre ellos. Pero el tiempo pasaba, di corazón cedía y tras el ruido cada vez más lejano de los pasos, la voz del río se levantaba como el lamento de un juez imparcial, que volviera las cosas a su sitio.

El chófer se alzó el primero, sin precaución, con resignada pesadumbre, en tanto los pasajeros maldecían los relojes perdidos y aquella dura grava que parecía crecer incrustándose en los pies, triturando los dedos.

En tanto, los cinco huían, talud arriba, acomodando el paso a la pendiente, haciendo alto a la sombra de los piornos cada vez que los pulmones lo pedían. Ya la carretera quedaba otra vez invisible abajo, ya el río tan solo retumbaba en su profundo tajo que hacía subir su rumor como un viento de mar hasta las cimas. Avellanos y robles se prolongaban hacia lo alto entorpeciendo el paso, ocultándoles a un tiempo.

Al fin, tras mirar el reloj, se detuvieron. Salieron a la luz las carteras, sobadas de tanto ir y venir de feria en feria. A la vista de los billetes viejos, un profundo suspiro alivió a los cinco. Por allí no llegarían a descubrirlos.

Una pausa, una ojeada a los cerros de hierba dura y brillante, sin senderos de barro en donde dejar huellas y de nuevo la marcha paralela al río que ahora debía devolverles a la barba florida y su refugio. Solo era preciso seguir a buen paso, antes de que la alarma llegara a la estación y el día se poblara de sombras y las noches de canes al acecho. Ahora en las altas campas donde el agua espejeaba en manantiales, entre retamas abrasadas por el sol y los vientos, el paso era más firme y rápido. Rebaños de caballos alzaban sus cabezas soñolientas, potros de patas largas, desproporcionadas,

como grandes arañas, iniciaban galopes repentinos que iban poco más allá de la sombra de la madre. De alguna parte el viento traía rumor de esquilas y vagos oleajes a medida que el cielo se cubría. Comenzaron a caer pesadas gotas, grandes, espaciadas, aviso de la tormenta que les hizo buscar cobijo en el primer talud de la cercana cordillera.

Allí comieron los últimos tajos de pan y tocino con el recuelo final de las mochilas; queso, pan, cortezas y esperanza. La lluvia se acercaba como en las láminas de los libros escolares, en cortinas, macizas, relucientes, separando los valles, apagando la penumbra morada de los cistos.

Allí estaba bajo aquel cielo cerrado, a la puerta de la escuela caída ahora, esperando la escampada para enviar a los chicos a casa. Allí a su alrededor, se perseguían y luchaban en sus guerras particulares y furtivas contra los otros o el ganado, frente a sus propios sueños. Así estaban estos también, siempre a sus órdenes y al tiempo ajenos, pendientes de las nubes a lo lejos.

Al fin, tal como llegó, la lluvia se alejaba barriendo el cielo y los senderos de pizarra, empujando ante sí las barreras del cierzo. El sol traía de nuevo su color a las cosas. Ya se alcanzaba a ver el perfil aún lejano de la gran ventana y hacia él orientaron sus pasos cuidando escoger tan solo los senderos menos blandos. También ahora, como en aquellos breves viajes, cuando apenas llegado a la escuela, una vez olvidado el seminario, sacaba a los chicos tras la lluvia a distinguir las setas malas de las buenas, sentía tras de sí su recelo. Entonces era velar por ellos, sentir algo positivo en torno, por encima del latín del seminario, de las lecciones interminables, de la piedad, la disciplina o la moral. De aquellas clases, entre los altos muros conciliares, recordaba, más allá de las ventanas del patio, otros rostros en los helados barrancos hasta donde era preciso bajar cada vez que la pelota se perdía. Al pie, a la puerta de sus cuevas parecidas a las que ahora quedaban en el revuelto nudo de las Hoces, siempre había algún mirón al sol, alguna mano infantil dispuesta a devolverla, aunque para encontrarla fuera preciso recorrer antes un laberinto de minúsculos corrales, lechos, hamacas, tiestos y bacinillas, un mundo subterráneo que debía prolongarse bajo la ciudad, a lo largo de sus calles y sus barrios nuevos, de ayuntamientos, valles, bosques y pantanos, hasta los mismos pies

del Padre Eterno.

Se negó a jugar más. Se pasaba las horas de recreo en la iglesia enorme, desvencijada, preguntándose a sí mismo una razón que desde tiempo atrás le andaba rondando, que desde la primera vez que bajó a aquellas cuevas, le seguía.

Al curso siguiente el prior le mandó llamar. Elogió sus buenas actitudes, su afán de piedad. Había llegado hasta su oído y comprobado con sus propios ojos aquel recogimiento suyo a la hora del ocio, su alimento frugal a la hora del almuerzo, aunque también su atención escasa a las lecciones. Todo aquello casi siempre sucedía a personas dotadas, nada nuevo por cierto, pero servir a Dios no era ayunar tan solo, ni abandonar el ejercicio corporal, complemento obligado. Era preciso acomodar el paso al del Señor, y el espíritu a la disciplina de la casa.

A fin de que la novedad en el trabajo le ayudara a salir de aquellos malos meses, había decidido poner en sus manos, es decir bajo su responsabilidad, la clase de los recién llegados, de los novicios más jóvenes.

Allí iba con sus novicios de ahora, barbudos, cansados, magros, huyendo al pie de los neveros, bajo el último aliento de la tormenta. En el extremo opuesto de la vaguada, la punta gris de un rebaño remoto, flanqueada de enormes perros, clamaba en torno a la mole cilíndrica de un chozo. Se acercaron con las armas a punto y, de un golpe, franquearon la puerta. En el hogar, aún las brasas se encendían con el viento.

—No hay nadie.

—Nos han visto venir y se escondieron.

—¿Por qué? Por aquí pasan muchos cazadores.

—Esos los reconocen a una legua.

—Nos han visto y no quieren acercarse.

Los cinco salieron al exterior. Uno a otro se pasaban los prismáticos, pero nada fueron capaces de descubrir entre las brañas, ni siquiera un animal perdido, tan solo manantiales y lagunas, espejando entre retamas quemadas. Ni siquiera el que nunca hablaba, el de oído tan fino como las liebres, fue capaz de recoger en el viento algún rumor, el chapoteo de unos pasos a lo lejos. El taciturno devolvió por fin los prismáticos.

—¿Hay algo?

—Nada, no se ve ni un pájaro.

—Mientras no nos marchemos, no vuelven.

—Seguro que ellos sí qué nos ven.

De pronto, allí en la campa, se sintieron blanco fácil de cualquiera. Volvía de pronto la prisa, la impaciencia.

—Vámonos. A estas horas ya tienen el aviso abajo.

—Esperad un momento.

En un instante cargaban las mochilas de manteca y pan blando y tras dejar un billete sobre el banco de piedra del interior, partían a toda prisa, camino de la gran ventana. A medida que el rebaño iba quedando atrás, los perros arreciaban en la batalla con sus propios ecos. Era inútil esperar a la noche, suponiendo que el pastor invisible no estuviera ya en la estación con la noticia.

La lluvia amenaza de nuevo y al compás de las nubes volvía el castigo de los pies maltrechos, la sed y el hambre después de aquel, breve descanso. Después de todo, aquel dinero de las dos viejas y sobadas carteras no valía demasiado. Además era preciso rendir cuenta de él, atender a guías y estafetas, mantener confidentes y pagar refugios, sino como el del otro, con el amor abajo para matar el tiempo de la nieve, seguro al menos, en donde descansar tras de cada salida.

Una segunda guerra comenzaba ahora. El amigo de arriba, con su cueva en lo alto y su amor bajo tierra, tendría que decidir. Solo había vivido para sí, hasta entonces, para salir adelante aquellos años, pero ahora aquel tiempo ya se estaba agotando, no volvería a repetirse, no se trataba de luchar y agazaparse tan solo por salvar la piel, la vida valía poco en solitario.

Una copa y otra copa más, aquí en la barra, esperando como en la mili la revista. ¿Vendrá o no llegará, o será una de tantas noches, con las inglesas ya sin apenas verle de tan visto, sirviéndole como a cualquier cliente de esos que bajan ya a última hora a ver el *show* únicamente? Lo de siempre. Ese viejo vestido de purpurina blanca y sus tacones como zancos y las cuatro chicas con sus zancos también, después de la flamenca que nadie ve, que nada ve más allá de esa cabeza blanca y fálica del micro que lleva y trae y parece que va a tragarse al tiempo que mueve el cable a latigazos.

El gañán malabarista con su capa roja, y el otro que no aparece, que no llega; la pareja de funámbulos y todo igual, el sofá de la entrada, vacío hoy que no es víspera de sábado, con los únicos clientes, espiando, bostezando, esperando el desnudo final, ese triángulo estéril, arreglado, diminuto, tolerado entre tan grandes proporciones. Y al fin el amigo que aparece.

—¿Qué tal?

—Aquí estoy. ¿Nada nuevo?

—Ni rastro.

—¿No estará fuera?

—¿Fuera de España? Puede ser. Pero aun así lo encuentran. Es cuestión de paciencia.

Una ojeada al reloj, a su flecha roja y tenaz antes de retirarse, después del rito, de aquella copa con el celador sin la cual las horas ya no cuentan. Esa aguja girando en la mañana va señalando el camino de un tiempo que se niega a detenerse, a concluir del todo. A veces los vendedores ambulantes que cada mes recalan en la agencia se lo echan en cara con esa frase, aprendida en la publicidad de la radio y los diarios. Un reloj tan viejo desmerece, tales detalles rebajaban las ventas, usted vende su imagen, palabras, gestos, voces de siempre que ellos piensan remozadas, nuevas.

No saben que ese reloj tan viejo, aún marca el compás de los golpes de la azada, el susurrar de las manos de la madre devolviendo la tierra a la tierra y el silencio, tras el disparo, a su silencio.

Bueno, otra copa más y a casa, al muerto desafío del alcohol y el amor, de aquel otro silencio hostil y vengativo.

Esta vez es total. Las cortinas, las plantas que Adela quiere tanto, parecen muertas, olvidadas. Adela no está. La manecilla roja gira sobre las otras dos que apuntan madrugada. Un vacío lechoso, blando, flota sobre la cama sin hacer, sobre el baño revuelto de toallas, más allá del pasillo, en la cocina repleta de platos apilados. Como resumen final de los últimos meses, el salón de las cortinas y las flores parece un saldo de tiempo muerto, de mustias presencias y pasados momentos. A lo lejos suena una campana, tal vez las dos de la catedral, que a todas partes alcanza, que intenta entrometerse a toda costa.

Y al fin llega, aquí está, tras la llave que no acierta, con los ojos

borrados y el vestido prestado de la tienda.

—¿Qué miras? ¿No me ves?

—¿De dónde vienes?

—¿Y qué coño te importa?

El vestido se rompe fácilmente. No así la carne, tras el primer envite, ni su voz cada vez más afilada, ni su caída entre la ira y las lágrimas. Ahora vienen, vuelven, las mismas palabras, insultos, gritos, aprendidos de él, golpe tras golpe, tratando de ganar su rincón a tientas.

—De esta te acuerdas.

—Eres tú quien te vas a acordar.

—¿De qué? ¿De esperarte cada noche? Pero ¿quién crees tú que eres, vamos a ver? Tú no eres nadie —y otra vez en el suelo—: ¿Por qué tengo que esperarte yo? ¿Por qué voy a quedarme?

—¿Tú qué sabes?

Es como siempre: lanzarse contra un muro que no cede, que devuelve, golpe tras golpe, tu propia imagen, tus palabras mismas, aún después en el campo de las revueltas sábanas, en el amor cedido entre la compasión, la rabia y el hedor de la ginebra para alzarse, afeitarse, vestirse y salir a la calle con las primeras luces.

Luego, como cada mañana, los ojos de Conchita examinan su rostro, sus manos torpes, su camisa envejecida.

—¿Llamó alguien?

—No, nadie.

—¿Ni los de la parcela?

—No; tampoco.

—Alcánzame el periódico.

—Ahí lo tiene, en la mesa.

Huelgas, sentadas, encierros. En un año, de pronto, todo aquel trasegar de ventas fáciles había concluido súbitamente. Aquel tiempo de ahorrar a costa de dormir en barracones y consumir matanza se agotaba. Incluso el otro dinero estable de la ciudad recelaba, en tanto en las afueras las modestas urbanizaciones alzaban a las nubes sus banderas mustias, sus caminos sembrados de farolas, sin luz, sin terminar, perdidas al pie de los montes como viejos carrales. El tiempo, aquel compás de espera se diría que las había borrado como a Paul y a los dos viejos en su valle. Las noticias ahora venían por el camino de Madrid, pero Madrid callaba

en tanto el cielo seguía gris y otra vez, copa tras copa, vigilia tras vigilia, la vida iba pasando. Todo el mundo esperaba salvo el tiempo. Incluso volvió la nieve, esa nieve que es ya el principio de la primavera, que es a la vez aviso y despedida, que siempre alcanza a los más impacientes o a los más inexpertos. Como otros años, un grupo de excursionistas quedó colgado y la radio y la prensa consiguieron abrir un hueco en sus espacios y sus páginas para alzar de nuevo el helicóptero y animar la portada con rostros sonrientes y vivos abrazos.

Tan solo el periodista de las mañanas en la Diputación y las noches en el diario se molestó en recibirle un momento.

—Mire, es inútil mover eso ahora. Hasta allí la máquina no llega.

—Pero otras veces subió.

—Yo solo digo lo que sé, o mejor lo que oigo —se encogió de hombros—. Ahora no es el mejor momento. Todo el mundo está pendiente del Gobierno. A ver qué pasa, cómo marcha la cosa. Va a haber cambios y nadie quiere por aquí mover un dedo. ¿Para qué? ¿No me entiende?

—Pero, ¿y los otros? Los de la excursión.

—Eso es distinto. Eso era inevitable, pero lo de los viejos ya no es noticia. A nadie le interesa. Según anda el país, ¿cómo quiere que piensen en ellos? Además, es un asunto que con tres días de sol se arregla solo. Ojalá que el país se arreglara tan fácil.

Bien, el deshielo estaba allí. Cierto día al salir de la agencia, se encontró de bruces con un grupo que por la calle principal desfilaba con pancartas en lo alto. Carreras, gritos, voces, portales cerrados a medias y aquella sensación de que algo ajeno a él, como en aquel asunto de Paul, había ido creciendo mientras tanto. Por un momento se encontró tan extraño, tan lejano a la calle y la ciudad como los dos viejos allá arriba, esperando. Se preguntó si las vagas alusiones del padre antes de marchar tendrían algo que ver con todo ello, si aquella vieja historia oída desde chico de la falta de industria para evitar problemas laborales como en otras ciudades, ya a muchos años luz de aquella, acabaría siendo verdad, si tanto augurio se acabaría realizando. Otro día el diario del amigo periodista traía la noticia de la primera huelga después de tantos años. En un rincón, apenas visible, pero apuntando sin duda a

nuevos tiempos.

De buena gana hubiera preguntado sobre todo ello al amigo de la noche pero hubiera fingido no escucharle, mirar solo al *disjockey* en su caja de sorpresas. Con este al menos se podía charlar, escuchar las historias con que animaba aquel invierno interminable, llenar la noche de alguna manera con el presentimiento de encontrarse con cualquiera de sus amigos de la tienda, de Adela, quién sabe si con su dueña madura, la de los pechos enormes embutidos en la última moda de su escaparate.

—Tú acabarás liándote con ella —le amenazaba—. Si no, al tiempo.

—¿Y a ti que más te da?

—Algo sí.

—Estáis muy vistos todos. Y tú más que ninguno.

—Esa un día te mete en la cama.

—¿Y qué? Si es por mi gusto…

—¿Por qué no lo dejamos?

—Por mí no hay problema. Me lo dices y me voy.

—Serías capaz.

—Claro que soy capaz. El tiempo de las esclavas ya pasó. A ver si te enteras.

Nunca supo hasta dónde decía la verdad. Si solo hablaba por mantenerse a flote como todos en aquel largo invierno vacío y lleno de esperanzas inútiles y vacías promesas.

La azada no Apareció al pronto, pero ellos sí. Sintió su paso leve sobre el barro. No creyó que anduviera tan cerca la manada, pero el hedor que allá junto a la iglesia se alzaba, a pesar del viento o quizás arrastrado por él, les había atraído como el olor de la sangre o los círculos cada vez mayores de los grajos. Ahora quizás se lo estuvieran disputando y cada gruñido, cada graznido que la humedad del cielo traía hasta la alcoba lo sentía en su carne. El hambre de los últimos días del invierno, aquella nevada extraordinaria debió sacarles de sus cuevas, de sus barrancos batidos por la lluvia y la niebla, de sus predios desiertos, con las liebres en su templado laberinto y la fauna del río en sus heladas mansiones de cristales.

Su hambre eterna, nunca saciada, urgente ahora, les hacía bajar a enfrentarse con el hombre, más aún si, como sus amigos de lo alto repetían, el hombre estaba solo, indefenso, muerto.

Sería preciso encender un fuego con que amedrentarlos antes de que la noche cayera definitivamente.

De nuevo, a medida que subía sobre sus propios pasos, el coro en lo alto se juntaba como a toque de concejo. Tal vez —se dijo—, viéndole con la herramienta al hombro, quedaran a la espera del despojo. Mas cuando al fin llegó, todo era carne troceada incluida cabeza y aquel ojo nublado que aún parecía acechar su destino. El barro conservaba restos de la cosecha de los grajos que a pesar de sus esfuerzos y sus voces se negaban a huir. Se alzaban y volvían y a cada golpe arrastraban en su pico un haz sanguinolento, les sentía pasar cerca sin posarse, sentía el viento súbito de sus alas pesadas, a sus pies aquel tronco acribillado, recordaba tantos otros cuerpos enterrados por él, al final de la guerra. Con el primero se pensaba: «esto fue un hombre», luego, cuándo las fuerzas iban faltando, se les echaba encima gasolina y antes de que el hedor de la carne se alzara estaba lejos hasta el día siguiente. Cerros, barrancas, suaves vaguadas quedaron así, pasto de grajos que por entonces anidaban sólidos y fuertes, pasto también de perros vagabundos, merodeando eternamente como sus mismos amos, entre vientos de nieve y pavesas.

Ahora aquel hombre, lo que de él restaba más allá de la muerte, era el último de aquellos, de todos cuantos las guerras dejaron en el valle a través de los siglos. Tomó el sendero tantas veces seguido por el otro y entró en el pequeño mundo de las lápidas y cruces. Fue tentando con la azada el terreno hasta encontrar un lugar despejado, más cuando intentó descargar el primer golpe, vio frente a él, ya abierta, la forma exacta de aquel cuerpo en la tierra. Solo empujarle, dejarle caer y cubrirlo nuevamente.

Volvió en su busca preguntándose quién podría haber estado cavando allí, cuando el coro en lo alto, le advirtió la presencia del recién llegado. Le encontró luchando a su vez por arrastrar los restos pero era ya viejo también, se notaba su edad en su pelo tan ralo, en su mirar sombrío, en sus lomos escuálidos. Era un viejo animal y no temía a la azada con que intentaba amedrentarle. Abandonado, solo, sin la urgencia y el celo de los jóvenes, le hizo

frente erizando la pelambre, mostrándole los colmillos verdes de limo.

De nuevo alzó la azada y se maldijo por no traer un arma, ni siquiera un haz de leña con que ahuyentarle. Se afirmó sobre el barro y golpeó aquella puntiaguda cabeza que sonó como de piedra antes de caer al suelo para alzarse de nuevo arremetiendo, dejándole sobre la mano, bajo la manga desgarrada, su huella negra con olor a sangre. Entonces descubrió, cubierto apenas por los despojos, aquel viejo fusil de los rebecos. Poco a poco fue bajando hasta él sin escuchar la algarabía de lo alto. Lo tomó con cuidado, comprobando que la explosión de los cartuchos no le había dañado y apuntó sin saber si la suerte estaba de su parte, pero era un viejo animal y al punto reconoció a su enemigo verdadero que no era el hombre torpe y lento, quizás tan viejo como él, sino aquella negra boca amenazante. Gruñó, se rebeló pero no se acercaba. Al cabo aquella carroña gris pareció desmoronarse y sin apenas volver la cabeza, se alejó trotando hasta perderse.

Envolvió los despojos en el tabardo y arrastrándolo sobre el barro fue a dejarlos caer en el hueco del rectángulo reciente. Con el último viaje, a pesar de que el sol ya se ocultaba, pensó otra vez que aquel invierno concluía, sintió como en los días lejanos de la guerra, que algo de sí quedaba una vez más bajo los techos nevados y los aleros negros. Y en tanto se lavaba en la cocina la mano herida y el brazo ensangrentado se preguntó quién andaría arriba, entre las cruces, acechando, cavando, para quién sería aquel enterramiento por él aprovechado.

«Bien —dice el caballero— aquí llegamos. Por la voluntad de Dios Nuestro Señor, ahí tenemos las torres.» Y las torres parece que responden con un dorado saludo a lo lejos, juntas las dos, gemelas se diría, como pareja real por la que según dicen lucharemos. Rodeadas de palacios de adobes y tejados rojos, lucen en la mañana, más allá de arrabales y murallas. Atrás quedan tantas mentiras y preguntas: cuántas veces luché, en cuántas vi la cara a la sin nombre. Ella —me decían los veteranos— destruye y atropella todas las cosas que el tiempo, la industria y el ardid de los hombres componen. En sus manos está el cuchillo que con valientes filos

derriba las gargantas, la hoz que siega las espigas, la segur que tala y humilla los árboles, el azadón que allana los montes y hasta el fuego insaciable que devora las ciudades.

Nunca hasta entonces escuché tan cumplidas palabras, ni tan siquiera a mi señor, ni vi cicatrices como las de aquellos rostros ni señales como las de aquellas manos marcadas por el rigor de los asaltos.

Acostumbrados a mirar a la sin nombre, cara a cara, en campo, abierto, sin respeto por cruces ni capillas, no son tan viejos como parecen. Es la Dama quien con sus pocos años cambia las edades, la que hace a su vez mayor al caballero junto al jinete que ya despliega el estandarte. Pasadas las murallas, entre mujeres y mendigos, allá vamos hacia la catedral a rendir gracias; ella, alegre sobre su silla; yo, maldiciendo tantos años perdidos entre el cierzo y la nieve, según a nuestro paso los arrabales crecen en mercados tan ricos y en tan brillantes tropas.

Cada cual al pie de su estandarte. Pobre país el nuestro con su escudo que calla, sin bandera para las grandes jornadas que, a buen seguro, vendrán en Tierra de Campos.

Cada vez que pregunto el verdadero nombre de estas tierras, los peones se ríen. «En esos pueblos donde criais vuestros puertos ¿qué noticias os llegan?» Y yo callo como el caballero, como tantos otros que conocí por entonces, señores de ricos solares y pingües beneficios. Mejor así, porque tanto los de a pie como los de a caballo que con nosotros van no son pastores convertidos en soldados siempre soñando con un botín que el amo luego jamás reparte. Son señores de la guerra y viéndoles entrar en la ciudad, no se acierta a saber si llegan para tomarla o defenderla.

Cuando ya de madrugada llegaron al pie del refugio, nadie en la entrada respondió a la contraseña. La repitieron, pero la voz se vaciaba en torno, en un eco solemne.

El mayor de los gemelos, el más grande y macizo, se ofreció a subir.

—Puede que esté dormido. O habrá bajado al pueblo.

—Es raro; por lo que dicen, se mueve poco.

—Al pueblo sí bajará, seguro.

—Pero no a estas horas.

Al fin se decidieron. A medida que rodeaban la peña, apartando los urces y los cardos, aparecía la boca oscura, desierta como siempre, sin rastro de huellas ni destellos opacos de latas o residuos. Nada contaba su presencia allí, ni siquiera el olor del humo, ni una rama quebrada en las matas de arándanos aún brillantes por las últimas lluvias.

A poco, tras rebasar el bosquecillo de madroños, repitieron de nuevo la señal, aquel grito, partido, cortado, parecido al del mirlo, mas ni siquiera el eco les dio la bienvenida.

—Está bien —dijo a los demás— cubridme —dejándose deslizar entró en la cueva despacio esperando hallar al menos ese olor, mezcla de cuero viejo y ropa sin lavar que, por encima del tomillo, saltaba por lo común de las tinieblas.

Luego volvía a la luz, haciendo seña a los otros que a poco se le unían. Se abrían paso en la oscuridad, siempre atentos, luchando por acostumbrar los ojos a los rayos que en ocasiones rompían los muros.

—¿No andará al otro lado?

—¿Qué otro lado?

—En Asturias. Puede que le subieran el aviso.

—Tendrá miedo a los guardias.

—¿Cómo van avisarle tan pronto? Son las tres.

—En menos de una hora lo saben abajo. Las mujeres ponen ropa a secar y él lo ve desde aquí con los prismáticos.

—¿Quién dice eso?

—Todo el mundo lo sabe. Eso y lo de la amiga. En cuanto ve la señal, escapa por un mes o una semana. Luego vuelve otra vez, cuando pasa la tormenta.

Las mantas revueltas, como abandonadas, venían a confirmar una ausencia repentina, una huida imprevista: el subfusil aún engrasado y las cajas de municiones intactas. Decidieron esperar la vuelta del huésped o la llegada de los guardias. Desde allí se dominaba el paso a Asturias, y el camino hacia el pueblo que arrancaba de la venta.

Durmieron la noche tras comer y beber, tras de sacarse el frío del cuerpo, mas aquella contraseña de la ropa tendida siguió sin alzarse en toda la mañana.

—Puede —apuntaba el taciturno—, que bajara a comprar su pomada.

—O que al fin le sanaran del todo —murmuró alguien, con la voz aún tomada por el sueño.

De todas formas no tardarían en saberlo. Si los guardias subían alguien habría bajado a delatarlos.

Pero el día pasó en calma, en vigilia perpetua. El pueblo a sus pies era un montón de monótonos tejados sobre los que sutiles nubes de humo iban marcando el paso de las horas, cargadas de ecos difíciles de interpretar, cantos remotos que bien podían ser de aviso, que a cada instante hacían revisar las armas, la segunda salida al otro lado de la ventana.

A la tarde descubrió a la muchacha, allá al pie de la venta, adivinada apenas a través del cristal azul de los prismáticos.

Llamó al gemelo mayor y dejándole en su puesto le ordenó:

—No pierdas de vista la carretera.

—¿Vas al pueblo?

—Hasta la venta solo. Si pasa algo es que el dueño lo sabe.

—No me extrañaría. Y la chica también. Te apuesto lo que quieras.

Fingió no oírle, ni sentir su mirada, su gesto entre burlón y sometido.

—No me pierdas de vista —repitió.

—Baja tranquilo.

—Ni el pueblo tampoco.

—Si tardas ya bajaremos a buscarte.

Según dejaba la cueva atrás, sentía sobre sí la mirada de los otros, se adivinaba a sí mismo en el cristal azul que debía seguirle por entre las azaleas y los cistos. Ahora la puerta aparecía desierta. Dio vuelta a los muros escuchando, espiando por las ventanas y al fin la descubrió a solas, tras el mostrador. Cuando a su vez ella le reconoció, no pareció extrañarse; tan solo se secó las manos, escondiendo el paño tras las botellas. Luego, viéndole entrar lanzando un vistazo en torno, intentó tranquilizarle:

—No hay nadie.

—Ponme un vaso.

Le miraba buscando llenar en un momento su larga ausencia, tal vez sus días de espera, tediosos y vacíos. Ni siquiera las manos le

temblaban.

—¿Está el jefe?

—Salió esta mañana.

—¿Dónde?

—No sé. A pagar la luz. Cuando se va no dice nada.

—¿No dice cuándo vuelve?

—Esta noche o mañana.

—¿No te alegras?

—¿De qué voy a alegrarme? —alzó los ojos por un instante.

—De verme por aquí otra vez.

—¡Ah, sí! —rio brevemente como si aquellas palabras le sonaran viejas.

Cruzó al otro lado del mostrador y sin hacer caso de sus prevenciones la estrechó en el pequeño corredor sin salida, entre el áspero olor de los bocoyes. Se dejaba querer, morder, amar entre las piernas, recorrer la agonía de sus pechos.

—Va a venir alguien; espera un poco.

—No viene nadie.

Quizás temía o esperaba a alguno de los clientes habituales porque, a poco, se alejaba hasta la puerta espiando con su gesto habitual la oscuridad de fuera.

—¿Tranquila?

Fue a sentarse tras ella en uno de los bancos miserables.

—¿Para esto me querías?

—Para esto y algo más.

—Anda, tómate el vaso y ven mañana.

Se preguntó qué estaría esperando, si era sincera o no, si estaría dispuesta a venderle, si, tal vez, los guardias acechaban cerca.

—¿No te vas? —insistía la muchacha.

—Quería hablar con él antes.

—¿Y si no viene?

—Nos iremos y en paz.

De improviso el mayor de los gemelos estaba allí como un mensajero del tiempo transcurrido, quizás menos breve de lo que suponía. En un instante supo que traía las armas prestas.

—¿Qué hay?

—Aquí estoy; como quedamos. Tenemos visita.

Más allá de la puerta entreabierta se distinguía la silueta de los

otros.

—¿Tomáis algo?

—¡Si te empeñas! Para eso siempre es hora.

La muchacha volvía a su rincón y con mano firme como siempre, servía al recién llegado su cazalla. A poco se escuchaban los cascos de un caballo, el desmontar de alguien y los saludos fuera. La puerta se abría de par en par y allí estaba la visita anunciada: el ventero al que tampoco parecieron impresionar las armas. Contestó con un vago «buenas noches» y junto al mostrador preguntaba a la chica:

—¿Pusiste de beber a estos amigos?

—¿No lo ve?

Su rostro eran dos grandes, bolsas regadas por una red de venas azules en cuyo fondo asomaban dos ojillos mezquinos.

—¿Y a los de fuera?

La muchacha se embravecía pero salía a la oscuridad con la botella, en tanto el amo bebía a su vez. Seguramente esperaba las preguntas que vendrían, en tanto el gemelo, harto de ir y venir, se quedaba finalmente vigilando la puerta.

—¿Qué tal por allá abajo?

—Como siempre, pidiendo más dinero.

—Algo quedará por aquí.

Abrió de un golpe el cajón del mostrador, mostrando su ruin interior.

—¿Quedar? Cuatro perras. Aquí no hay nada que hacer. Mucho cantar, alborotar, aguantar hasta la madrugada y todo, ¿para qué? Para nada. ¡Menudo negocio! —se alejó.

Miraba, suspirando, la noche de fuera; luego como huyendo de la muchacha y los otros que a media voz susurraban en la penumbra de la entrada, añadía:

—Negocios los de abajo.

—¿Qué se habla por allí?

—Poca cosa.

—Digo de nosotros.

—Nada de nada. Al menos que yo sepa.

—Es raro.

—Será que yo soy poco amigo de cuentos. Además este año vienen flojas las ferias y allí es donde más se comenta, —se sirvió

un nuevo vaso—— y donde está el dinero de verdad. Luego, es como si se lo tragara la tierra: o en las Cajas de Ahorros o en los Bancos.

—Pocos Bancos debe haber por allí.

—Pues aunque no lo parezca, el que más y el que menos tiene sus sucursales.

La muchacha callaba. Ahora, de vuelta, escuchaba al amo, mirando sin cesar la puerta o la escalera que llevaba al piso alto. Aún bostezaba cuando de pronto un ladrido lejano dejó el interior de la venta vacío y la puerta cerrada bajo su halo luminoso.

El grupo huyó, al amparo del cierzo que borraba la luna, con la voz del río a sus pies, hasta alcanzar a poco el camino de la cueva.

—¿Tú crees que eran los guardias?

—Me parece que no. Yo creo que se nos fue la mano en tomar tantas precauciones de pronto. Además hay un par de cosas que no entiendo.

No comprendía bien aquel modo de hablar del ventero, su poca información. Quizás buscaba solo alejarles de allí; quedar bien como siempre, con unos y con otros. Tampoco llegaba a entender por qué, tras la jornada de las Hoces, nadie se había dejado ver, si es que los amos de las merinas habían ido al cuartel a denunciarlos. Quizás preferían callar, temiendo por todo aquel ganado aún en los montes; puede que ya contaran con pagar su cuota como los puercos o las ovejas que regalaban a los pueblos, como un impuesto más, a la espera de mejores tiempos.

—¿Os fiais de la chica? ——preguntaba el taciturno—. Ya sabéis lo que dicen.

—¿De quién?

—De los dos.

—¡Vaya pecado; meterse en la cama con el dueño! ¡Qué remedio la quedará!

—Yo de la chica me fío más —concluía burlón el gemelo mayor —. Si un día hay que empujarla, yo me apunto. Estuvo a punto de volverse pero en el fondo tenían razón. Era preciso marchar de allí, buscar un nuevo refugio sin esperar noticias del invisible compañero. De todos modos tanto daba. Para su poca ayuda no valía la pena seguir corriendo riesgos. Además el mando se le escapaba de las manos al compás de las palabras de los otros, tan

pronto amigos como tribunal improvisado. Otro golpe y huir. Una postrera operación de prestigio que alzara la moral tras los días de espera. Poner punto final. Abandonar al otro vivo o muerto, escondido o camino de Francia en ese viaje interminable, con la bala en el aire, siguiéndole.

Aquel rasgo morado de la mano se fue extendiendo, creciendo su escozor bajo la venda en que envolvió la mano después de aquella breve lucha con el muerto. Ahora los días pasaban más aprisa, al compás de las nubes que animaban su paso. En la pelambre roja de los abetos una sarta de brotes traía, más allá de la nieve, presagios de otro tiempo más cálido. Y en los primeros días se dijo que en aquel su desafío con ella, como en tantas ocasiones, acabaría ganando.

Sin embargo, la primavera se resistía a llegar. Quizás en el valle de la carretera abierta eternamente, junto a la que desde octubre se esquiaba, ya anduviera al encuentro de los lagos altos, de la nueva estación deportiva, del reciente telesilla, pero al pie de la ventana el invierno y el cierzo aún se defendían.

Según el escozor y el dolor aumentaban, se preguntaba si aquel invierno no estaría alargando sus días, acechando, dispuesto a no marchar sin él. Las noches eran un solo pensamiento, un recuerdo preciso, un ir y venir al punto de partida por los meandros del recuerdo y el sueño. Tiempo y memoria se confundían, gentes y fechas, incluso su propia presencia. Días y noches huían velozmente, más aprisa que cuando semanas antes, parecían sucederse sin la pausa obligada de las curas o el café que, a duras penas, le mantenía en pie, con los últimos restos de cecina. Ahora que el tiempo estaba a punto de cambiar, llegaba una sutil claridad más viva que el carburo.

A ratos se despertaba sin saber si era día o noche, si el brazo, por donde la sin nombre caminaba, latía en su costado con aquel estertor de la caza en el monte. Aprendió a comprender cómo hasta entonces el otro ordenaba su vida, de qué modo aquel humo recto y sutil sobre las tejas marcaba su tiempo, sus salidas, su trabajo en la nieve.

Ahora con aquel brazo hinchado, negro, rociado del poco

alcohol que encontró en la cocina, no se arriesgaba a abandonar su celda, a alejarse de aquel aparador cargado de botellas, de la cama de hierro con su forma indeleble. En las rachas en que el sol estremecía el valle, cuando las avalanchas se desgajaban con estrépito, salía a comprobar qué muros alcanzaban, mas casi siempre morían en los mezquinos bosques de abedules. Una vez que su trueno solemne se apagaba y las chovas volvían a sus nidos, quedaba allí espiando los muros cercanos, el corral siempre presente, la techumbre que el agua poco a poco desmoronaba.

En aquel gotear monótono el invierno huía a la vez que amenazaba multiplicado por el silencio del río, pudriendo vigas, paja, grano, a lo largo de los caminos abiertos por la ventisca en meses anteriores. Noche tras noche, gota a gota, aquel liviano tejado de tablas empezaba a pudrirse como el brazo.

No se sentía capaz de revisarle, pero el rumor que conocía bien le iba diciendo por dónde el mal bajada, por dónde le seguía y el latir del costado, cuánto tiempo resistiría aún, por dónde la sin nombre venía amenazando. Por todo el valle, de la gran puerta de piedra donde ya los rebecos asomaban, donde las salamandras se extendían al sol, bajo cernícalos que iniciaban sus eternos vuelos circulares, hasta el río que comenzaba a abrirse paso entre anémonas y zarzas, las ardillas de vuelo leve, la liebre vagabunda, el rayo del halcón en lo alto, el torpe estremecer de los cervatos, traían un viento nuevo, lejos ya de las auroras de noviembre, que barría en los zorros su pelaje invernal como un inútil fardo, como él mismo hubiera querido dejar, borrar su cuerpo más inútil todavía con aquel brazo inválido.

«Ahí estás, yo te conozco bien aunque te escondas con ropa de colores, aunque cubras con ellas tu flaco cuerpo y ese acero que asoma a tus pies, en forma de guadaña. Tu manto no engaña en ese laberinto de cristales que se apaga de noche, que a mediodía luce en reyes, santos, vírgenes, prestes. Allí tras los novísimos, antes de la balanza, en el extremo opuesto del arco donde los ángeles cantan a la diestra del Padre, estás tú. Yo te conozco bien, más amarilla que membrillo, ladrona como el zorro, revuelta como loba agraviada, señora para pedir a todos que, bajando la cabeza, te rindan pleitesía

y devoción, acatando su suerte sin remedio. Te ríes con tu negra boca de ese incienso que sube hasta las bóvedas, de esos cánticos, de esas columnas tiesas, fuertes, de un solo trazo. Te ríes de los hombres, niños y viejos, gente de guerra y de paz dispuestos a marchar sobre los campos, prestos como tú a sembrar el miedo, la sinrazón y la miseria, tan piadosos ahora, demandando suerte, perdón y ayuda, y tan feroces luego, sobre todo con los débiles. Aquí se les ve humildes, piadosos, castos, pero sus ojos piensan ya en depredaciones y pillajes, según se alza la voz que les arenga desde el púlpito.»

La voz clama y explica una vez y otra, cuán poco sus vidas valen, qué poca cosa son comparadas con la Gloria junto a ese Cristo alzado sobre su calvario pintado, por encima del gran tablero recubierto de panes de oro que recubren los vapores del incienso.

Mujeres y lisiados, soldados y peones cubren las rejas de la capilla mayor donde una voz repite palabras que no llegan a entender. El altar con sus cirios y reposteros, con su completa clerecía, resplandece, pero aun así, tú también de ellos te ríes; como la Dama que a mi lado calla, que solo posa una rodilla en tierra, como los caballeros, que apenas mira ni esa reja de bronce más allá de la cual los oficiantes se alzan de sus sillones rojos para dar por terminada la ceremonia.

Al final, cuando los cánticos acaban, la gente de armas se abre paso entre la multitud y al tiempo que la lámpara se apaga, el incienso sube en busca del Señor, a través de las grietas de las torres, a lo largo de pináculos y crestas.

Niños, hombres, mujeres, vuelven a la luz como salidos del vientre de la noche. Queda la oscuridad contigo, tal como estuvo siempre, con sus reyes que descansan, mano sobre mano, junto al can favorito, cerca de sus mujeres, al pie de sus vasallos. Santos, obispos, reinas se celan, se vigilan en su sueño. En cualquier rincón, por todo el suelo cubierto de lápidas, nombres, fechas, símbolos de valor o escudos viejos, puede verse una paz definitiva bien distinta de la guerra que buscamos.

Fue por entonces cuando, a cuenta de esa guerra, recibimos nuestra primera paga de soldados. La Dama y yo recelábamos pues, más arriba de las Hoces, todo el mundo peleaba por la presa, por lo que buenamente pudieran apartar, mas según explicaba el

caballero, era propósito de los nuevos reyes pagar sueldos y gajes que no habrían de ganarse por abuso o por fuerza.

—Las guerras justas —concluyó— han de hacerse con gentes que tengan freno a lo injusto. Cuando tal freno no hay a robos, ni a atropellos, ni a doncellas, Dios mismo se nos vuelve contrario.

Pero la Dama y tú misma te reías; tú no crees en los hombres, tú los conoces bien, les has visto rogar por otras muchas causas injustas en estos tiempos de hoy tan necios y revueltos. Ni ese incienso, ni mantos recamados, ni tiaras, ni coronas son nada para ti.

Tú te ríes. Para ti nada son cien batallas en esas tierras nuevas o arriba en la montaña donde apareces cuando el cierzo azota.

Te ríes como la Dama viendo al pie de la muralla vender en el mercado campos de lino, tierras de vino y pan y hasta molinos por comprar un caballo con el que ir a la guerra. La Dama ríe viendo aparejar esas sillas gallegas tan altas como un lecho, cabezadas, frenos y riendas por quien, en su breve vida, jamás dispuso de ellas. La Dama solo mira, pulsa y tienta las picas, los yelmos y lorigas y más que nada las distintas espadas en cuya cruz sus ojos se retratan. Algunas son flor de lis, otras pomo redondo con la punta endurecida por la helada, breves, o como la vida de los hombres, largas para alcanzar el alma.

La Dama ahora no ríe, mira en torno ese tropel de infantes, clérigos y pajes, a través del cual tan difícil es abrirse paso hasta la tienda de nuestro caballero, donde su gente está preparándose para la marcha definitiva, con su vino, sus juramentos y sus dados. Ellos sí saben adónde se dirigen, qué clase de romería les espera. No son como los otros, vanidosos y necios comedores de nabos, acostumbrados al sayal y la pelliza, soñando con volver con un reino o al menos con una bolsa en el arzón, bien repleta de sueldos galicanos. La Dama también los conoce. Por eso, de todo el mercado que ya agotó su miel, su aceite, el vino, las recuas de pollinos y ovejas, tan solo cuenta para ella, ese rincón donde duermen, como gatos dispuestos a saltar, ralos bosques de mortales ballestas.

El tren fue haciendo su marcha más lenta hasta detenerse ante la marquesina. Las grandes ruedas rojas sobre la vía estrecha y

bruñida parecían aliviadas de viajeros, cajas de ganado y banastas enormes con toda una vida dentro. El fogonero se apeó de la maquinilla bruñida, pintada como un juguete recién sacado del museo y con su saco al hombro fue cubriendo de arena, la aguda rampa de salida. De nuevo, tras el pitido del jefe de estación, las ruedas patinaron hasta despegarse y el viaje proseguía.

Por el exiguo estribo exterior de los vagones avanzaba a su vez el revisor. Asomaba su rostro tras los cristales, obligando a bajarlos con un golpe de su tenacilla, y cada cual se despertaba, bostezaba, eructaba, buscando su billete entre la complicada maraña de sus ropas.

Pensó si faltaría mucho aún para la estación de la Caja de Ahorros. El gemelo pequeño parecía nervioso; en un descuido, en uno de aquellos ademanes violentos, era capaz de descubrirlos. Por ello procuraba calmarle con la mirada, darle a entender que tenía toda su confianza y por eso, a su lado le llevaba. En el vagón siguiente viajaban los otros, seguramente nerviosos también esperando el rechinar definitivo de los frenos. En un viaje anterior, pudieron comprobar que la Caja de Ahorros se hallaba muy cerca del andén, lejos del cuartelillo.

En un tren como aquel, abarrotado y sin pasillo, era difícil que alguien fuera a pedirles la documentación y si así sucedía, dado lo reducido de la marcha, se podía saltar y buscar, monte arriba, un refugio ya prevenido de antemano.

Al fin allí aparecía la cabeza de revisor, como en un cuadro antiguo, con el brazo armado del pequeño taladro. Le tendió los billetes de los dos y en tanto el otro los picaba con aire aburrido le dio el nombre de la estación preguntándole si quedaba mucho todavía. El revisor se apartó un instante de los asideros de metal, como en un ejercicio gimnástico y, mirando hacia la punta del convoy donde la maquinilla se obstinaba por vencer la cumbre de la cuesta siguiente, murmuró:

—Ahí viene.

Al extremo de la curva que ahora la máquina bajaba resoplando, reconoció a su vez el grupo de tejados, el almacén, vacío, y el depósito de agua sobre sus grandes caballetes, con la manga arrugada y la negra cadena del paso agitándose en el viento.

—Aquí nos bajamos —murmuró a su acompañante.

Ya el revisor había desaparecido y el gemelo se alzaba casi de un salto. Comenzaban a abrirse paso a duras penas, tratando de recordar cuántas vías tenía la estación, preguntándose en qué andén el tren iría a dejarles.

Un frenazo brusco, un pitido informal y la máquina aminoraba el paso con el freno vibrante de sus ruedas. Ya aparecía el almacén, encalado, con el nombre de la estación semiborrado, el racimo de casas en torno de la fonda y el estanco y, bien pegado a este en el portal vecino, el rótulo inconfundible de la Caja.

Los otros tres deberían estar dispuestos. Se asomó y vio en la escalerilla del vagón siguiente al taciturno, llevando a cabo igual comprobación. Asintió, un par de veces y volvió a mirar el andén que por su lado ya venía pegado al estribo, rebasándole. Un nuevo golpe que a través de los topes y cadenas conmovió el convoy, y finalmente el vagón quedó inmóvil. Por un instante se preguntó si todos recordaban fielmente, punto por punto, tanto detalle estudiado, discutido. A fin de cuentas aquella era su primera operación seria tras el robo de las Hoces.

Los del vagón siguiente deberían bajar al andén, con la mayor calma posible. Dos entrarían en la fonda como a tomar café y el gemelo mayor en el estanco a comprar un paquete de tabaco. Él, con el otro, cruzarían las vías alejándose camino del pueblo, para quedar cubriéndolos, junto al almacén, al amparo de los montones de traviesas. Ojalá el tren no se demorara demasiado. Ojalá aquella conversaciones entre los dos jefes no durara como en otras ocasiones. Así fue. El de la estación ya hacía la señal con su bandera y la máquina respondía, presta a poner en marcha su osamenta. Poca gente en el andén, casi toda rumbo a la capital, camino del mercado. A través de los cerros de traviesas, por sus rendijas grises y deformes vio a los tres hacer tiempo una vez en tierra, a la espera de que el tren se alejara.

Y el tren ya se ponía en marcha despacio como siempre, de mala gana se diría. El gemelo mayor encendió un cigarro y los otros acudieron a pedirle fuego. Los tres lanzaban una vista en torno barriendo el balasto de las vías, el depósito en lo alto, sucio y enorme, el montón de traviesas desde donde llegó un silbido suave, cálido, blando. Entonces los tres hombres entraron. Un instante; entrar y salir huyendo a trompicones en el centro de una hoguera

de disparos. Apenas unos pasos, ni siquiera alcanzar el balasto donde las balas repicaban. El gemelo pequeño se alzaba entre las vías disparando.

—¡Quieto! —le gritó—. ¡No vayas! —¡Tírate al suelo!

—¡Al suelo tú, cabrón!

—¡Tírate!

——¡Ya pagarás por esto!

En un instante caía junto al hermano partido en dos por un haz invisible disparado desde lo alto del depósito. Antes le vio retroceder junto a los otros, correr en zigzag tal como se le había enseñado, buscando el monte, atravesando el laberinto restallante de los impactos.

A poco la invisible siembra se espaciaba, pero a través del polvo los ojos del pequeño le seguían acusando, revueltos contra el suelo mientras en torno se apagaban voces, gritos, alarmas.

Recuperó el aliento y se tentó brazos y piernas. Miró la ropa destrozada pero limpia de sangre salvo la que manaba de un arañazo que, a lo largo de la frente, le partía una ceja. Tentó sus piernas una vez más y comenzó su viaje rumbo al bosque, procurando mantener el paso, recobrar el aliento, no acercarse a las fuentes a pesar de que la lengua parecía a punto de quebrarse. Según subía, a medida que la estación se iba borrando abajo hasta desaparecer, una esperanza inútil le asaltaba: si antes de la noche no daban con él, por unos días se hallaría a salvo. A salvo de los demás pero no de los muertos que en el andén yacían, ni de sí mismo sobre todo.

Ahora, como en las viejas querellas del seminario, intentaba ordenar en su cabeza aturdida por el rencor y el miedo, el recuerdo de sus últimas visitas a la venta, sus encuentros con la muchacha criticados por los otros, tan conocidos ya como el final del solitario de la barba florida en su cueva de amor vecina al pueblo.

—¿No lo sabías? —preguntaba divertida la muchacha.

—Te lo juro que no.

—Pues debes ser el único. No te rías así. Vosotros tenéis fama de saberlo todo.

—No me río. Le estuvimos esperando lo menos quince días.

—Eso te pasa por andar por aquí tan poco tiempo. Todo el mundo lo sabe que fue por culpa de ella.

—¿Por qué por ella?

—¿Por qué va a ser? Por lo de siempre.

Encogía los hombros, todo el cuerpo desnudo que, una vez más, le devoraba, le envolvía.

—Así te voy a matar yo —repetía riendo—. Anda, hazme algo; parece que estás muerto.

Y otra vez los cuerpos se borraban salvo el largo camino desde la boca al sexo.

Cuando el último estertor se detenía en el limbo apagado de las sábanas, siempre aquella pregunta:

—¿Y con las otras? ¿No lo haces más?

—¿Con qué otras?

—Con otras, con cualquiera. Ahora podrías meterte en la cama del otro. ¿O le tienes miedo al marido?

—Le tengo miedo a ella. Contigo me conformo.

—A los hombres les saben todas a poco. Lo que pasa es que es vieja.

—Al otro le gustaba.

—El otro estaba viejo también. Además ¿qué iba a hacer con todos esos granos en la cara?

—¿Tú le viste?

—En invierno, cuando la nieve, no salía de aquí. Buenos cuartos dejó por allá abajo.

—Aquí también caería algo.

—Aquí una copa de vez en cuando.

Se sentaba pensativa en la cama cubriéndose los pechos y las flacas espaldas.

—Anda quédate esta noche.

—No puedo.

—Nunca puedes. Esta noche el amo no vuelve.

—Eso dices tú siempre también. Mañana salimos temprano.

—¡Bah! —se ofendía—. ¿Adónde?

—Por ahí.

En tanto que en la oscuridad se malvestían, ajenos uno al otro una vez más, se lamentaba:

—Y ¿por qué no hacéis algo grande y termináis de una vez?

—¿Terminar? ¡Si estamos empezando!

Ahora se preguntaba si por dinero hubiera sido capaz de llevarle

hasta aquel camino que comenzaba a recorrer, que no sabía si deseaba concluir de una vez en alguna de aquellas aristas verticales.

Se detuvo a escuchar. Nada se oía. Solo aquel latir doloroso en la cabeza. Aquel miedo, aquella especie de rencor hacia sí mismo iba más lejos que cualquier deseo de venganza. Se detuvo, y escuchando en los linderos del bosque solo alcanzó a oír la voz del río, como siempre. Dudaba si volver y a cada intento se alzaban ante sus ojos los brazos del gemelo pequeño gritando, los tres cuerpos sobre el cemento del andén como las tres espadas de un naipe solitario. Volver para morir. Era bastante. Era absurdo luchar, arrastrarse sobre grietas y pozos tan solo por rencor, para vengarse. Quizás aquel camino de vuelta viniera a ser un castigo final a tantas dudas pero de todos modos en aquellos momentos le parecía un calvario demasiado largo.

Fue necio dejar pasar el tiempo, dejar que el invierno les cerrara los pasos sin intentar alcanzar la capital, sin intentar esa escalada ya imaginada un día, nada más cruzada la frontera. Quizás los otros tenían razón, puede que presintieran a su modo aquel final o tal vez confiaran en sus fuerzas pero, de todos modos sin saber hacia dónde, se sentía a ratos despojo de sí mismo como la Dama en la historia que tantas veces contó a sus alumnos, esa Dama que desde su dominio de las Hoces, partió para una guerra inútil que en nada mudó el valle, recordada tan solo porque no fue varón y cuyo cuerpo no está en ninguna parte si no es en la leyenda o en la fosa común de los libros de Historia.

Y fue como el periódico decía: aquel estancarse del invierno en negocios y ventas comenzó a prolongarse hasta hacerse habitual. Aquel alud primero de la compra de hogares, aquel ímpetu alegre de años atrás se detuvo. Hubiera podido despachar desde casa, por teléfono. Tan solo preguntas vagas y la respuesta eterna: Nadie, nada. Al menos en casa era posible dedicarse a ensoñaciones sobre tiempos futuros sin temor a ser un día devorado por la labor de aquella secretaria superflua ya como los mapas desvaídos o el buzón del correo.

Sin embargo, era preciso acudir, sentarse tras la mesa que comenzaba a aborrecer y cambiar impresiones con el jefe, cada vez

más sombrío, repasar las columnas de la prensa donde el se vende, se alquila, se traspasa, venían a confirmar lo que por su cuenta cada uno conocía.

En la cafetería los colegas más optimistas solían echar la culpa al tiempo, como si aquel cielo encapotado fuera culpable de que la gente guardara su dinero, como si aquel hielo que a la mañana era preciso romper sobre el cristal del coche, no fuera el de siempre, de años atrás, cuando de fuera llegaban puntualmente los ahorros aún cálidos, casi oliendo al sudor de tajos extranjeros.

Ahora la calle principal, cerrada los domingos para el paseo, era escenario de algaradas, tímidas al principio, luego más ordenadas que dejaban a oscuras las tiendas con los cierres bajos y más cerrada aún la calzada, con los grises camiones de los guardias. Vinieron los primeros encierros en la catedral, nunca hasta entonces conocidos, espiados de lejos por el curioso afán de los canónigos, las asambleas en los solares de las afueras, los convenios fallidos, las tenaces disputas, rupturas y laudos. Él, mientras tanto, en las tardes espesas y desiertas, miraba, más allá de los ficheros cerrados, aquellas cumbres donde quizás él, el padre o el abuelo agonizaban.

Por su parte la ciudad parecía encogerse, agazaparse, viva solo en el barrio húmedo, en los mesones de estudiantes, salvo a lo largo del fin de semana. Entonces renacía en tupidas caravanas que con su carga de esquís a cuestas se perdían a paso lento, con lluvia o cierzo, camino de otros valles paralelos al camino de las Hoces. Era una fiesta semanal repetida, ajena a la ciudad, a las semanas, renovada puntualmente, a la espera del día del Juicio Final, diferente de aquella otra subterránea que las dos inglesas desde su barra presidían.

Ahora, sin noticias de Paul, a pesar de ya no sentirse vigilado por su celador tal vez ocupado con las huelgas, se sentía, más que cliente habitual, residuo solidario de otros tiempos en que los bailes no sonaban a vacío en el piso de abajo.

—Nada, nada que hacer —le advertía el *disjockey*, señalando al otro lado de la barra—, las dos están así —trenzaba las manos en un gesto expresivo de las manos—. Ni el dueño mismo consiguió separarlas.

—¡Ni tú mismo!

—Es que yo no las pago.

Y la charla seguía sin conseguir romper la atención de la más joven hacia el vacío quizás pata ella repleto de clientes, indiferente más allá del idioma, que según el *disjockey* hablaba cuando le convenía.

—A mí la cría me va no quieras ver, pero la otra la tiene bien cogida. No sé por dónde, si por la pasta o los ovarios, pero ahí entre las dos, no hay quien se meta.

Y volvía a su esfera de cristal flotando entre destellos de colores, cambiando, pinchando discos, acompañando con los brazos, con sus juegos de piernas, el compás de la música, interpretándose a sí mismo, acompañando con sus ademanes las voces desgarradas, rotas. Luego con unos compases lentos, dejaba a los de la pista relajarse y él volvía sudoroso a por su cubalibre.

—¿Qué? ¿Nada? —y miraba a la más joven.

—¿Nada de qué? ¿Con la pequeña? No me quiere.

Ella le oía pero continuaba impasible, lejana, quién sabe a cuántas millas.

—Pues ya puedes ir metiendo la directa, porque en julio se nos largan.

Los ojos de la chica se volvían en un relámpago que el *disjockey* fijaba a su paso en el aire.

—¿Es verdad o no?

Negaba silenciosa con un mohín impersonal.

—No la creas, se marchan a Marbella. ¿Sí o no?

La muchacha negaba pero por vez primera sonreía.

—Dicen que están hartas de esto. ¿Sí o no? Que al paso que vamos, no queda un duro aquí.

—¿Y en Marbella, sí?

—Allí es otra cosa. De aquí a que se lo coman todo aún pueden aguantar. Aquí están hartas de aguantar horteras. —Para eso cobran ¿no?

Por un momento en los ojos de aquella cabeza triste, brillaba un destello menudo, no demasiado convencido, ni demasiado fiero.

—Tiene razón —respondía por ella el *disjockey*—. A este paso nadie sabe cómo acabamos. ¿Sabes por qué aquí no cierran?

—Porque esperan el verano.

—¡Qué verano! —se enojaba de verdad ahora—. Porque no tienen dinero para indemnizar. Entre sábado y domingo van

salvando la cara. ¿Es así o no es así? —preguntaba a las inglesas.

La cabecita asentía. Se veía que las razones económicas eran las únicas capaces de animarla.

—Pero como esto no se levante antes del verano, aquí hay uno que se va.

—¿Adónde?

—Yo tengo mi carnet y mis amigos. Igual me llevo a esta —señaló a la más joven— o las dos si quieren. ¿Por qué no te animas?

—Es que yo soy casado.

—Pues cásate otra vez. Ahora todos andamos al desmadre.

Se acercaba la mayor respirando, como la barra entera, ocio, ginebra y tedio.

—¿Qué tal?

—Bonita noche.

—Hoy pinchamos. ¿Por qué no echáis el cierre y nos vamos a casa?

—¿Para qué?

—A lo que salga. Dos y dos. Al que le toque, le toca. No vale salir luego eligiendo.

Las dos se miraban en silencio como tantas veces y, como tantas veces, la pequeña reía a medias.

—A esta hora, los *spaghettis* saben como caviar. Y tengo un vino teta.

Las dos cabezas al otro lado del mostrador se miraban repitiendo las palabras del *disjockey*: «Vino…, teta…, *spaghettis*».

—¿Ves? —concluía—, son como las tragaperras: se les echa la moneda y funcionan. —Recogía su abrigo de pieles y ya enfundado, se despedía de las chicas con un beso en la boca.

—Hasta luego, chatitas.

—Hasta luego.

—Pensarlo.

—¿Qué pensarlo?

—Todo.

—¿Qué es todo? —preguntaba la mayor a la pequeña.

—Esta noche, en la cama, te lo cuenta.

El portero saludó vagamente al cielo, cerrando ante sí el vacío, buscando allá en lo alto, en el otro vacío aún más espeso, algún rastro de luna, algún manchón de estrellas.

Con el alba, la ciudad despertó tras una breve noche de órdenes, brindis y pláticas. Rumor de vasos, luces en los palacios hasta bien entrada la noche y cenizas de hogueras señalaban en torno a las murallas, el solar de las tiendas y los asentamientos recogidos. Con el primer cantar alegre de los tordos, aquella multitud de caballeros y gentes de a pie se apresuraba al compás de las armas, entre caballos de monta y acémilas de carga, entre gente de lanza y peones.

La Dama quiso saber hacia dónde partían.

—Hijo —respondió el caballero—, la cita es más abajo, donde el rey y la reina esperan.

La Dama enmudeció como yo mismo. Los dos pensábamos si aún sería precisa más gente para emprender con fortuna aquella guerra.

Así debía ser y así salimos cruzando el gran puente extramuros rumbo al sur. Atrás quedaba un voltear de campanas y los cánticos de la clerecía. Atrás sus graves voces retumbando en las bóvedas como el día anterior y la música venida como del cielo.

Nunca en la breve vida que yo le conocí vi tan alegre a la Dama, entre obispos con su cruz de campaña en pie, entre alféreces y estandartes al viento, al amparo del caballero.

De la ciudad al lugar acordado, vimos nacer más de siete alboradas, tantos altos se hicieron, tantos descansos, agrupamientos, marchas y contramarchas en busca o a la espera de nuevos refuerzos.

Los reyes debían tener buenas razones para tal acopio de fuerzas. Nosotros nunca vimos tanta hueste junta, y lo que a la Dama impacientaba llevaba a calcular a los demás los acontecimientos que ya se aproximaban. Por las tierras pardas, sin sembrar ahora, donde solo algún cerrillo verde dejaba descansar la mirada, avanzábamos, día tras día, atravesando páramos inmensos, entre nubes de polvo, cubriéndonos ojos y boca con el escudo y el brazo, o bajando hasta el mentón las caperuzas. Las recuas vacilaban con sus cargas de centeno, trigo y mijo y los mismos caballos parecían bracear en el viento. Cuando veíamos formarse a lo lejos, sobre los surcos sin desbrozar aún, aquellos remolinos turbios, apuntando sus trompas hacia el cielo, nos apretábamos al amparo de los asnos que cruzaban a paso lento y manso aquella nube, que dejaba los ojos de sal y la boca de cieno. Otras veces, el

sol rompía y brillaban, entre los álamos pelados, pueblos tan miserables como el nuestro.

Viejos y niños se acercaban a vernos, los niños muy alegres, los viejos, silenciosos, y por otros senderos, día y noche, unidos a nosotros en vanguardia o detrás, a breve trecho, otras gentes de Vizcaya y Guipúzcoa, de toda Asturias y Castilla la Vieja según los iba reconociendo el caballero.

Las villas crecían, los campos ya se alzaban en aldeas remotas en almenas y aceñas, en cauces más honrados. De muchas de aquellas puertas defendidas se acercaban peones y jinetes, hidalgos y clérigos de amplia capa que llegaba a cubrir las ancas de sus mulas. Entonces entendió la Dama y yo entendí también que aquella empresa que tan a largo plazo nos reclamaba, no era una de aquellas que el amo solía emprender por mayo, a toque de bocina, para incendiar, cobrar tributo o recaudar impuestos.

La Dama lo entendía, ella hembra sola entre tantos hombres, con su secreto, mío también, durmiendo entreverada junto a su nuevo padre, junto a su amigo nuevo. Alguna noche, al calor de los fuegos y los vinos, estallaban disputas que se apagaban luego como tormentas de estío, quedando solo en truenos y relámpagos. Los veteranos contaban hazañas que pocos creían, batallas más allá de grandes ríos, contra cristianos y sarracenos. Algunos alcanzaron la mar del Sur donde dicen que el mundo acaba, otros vieron pasar lo mejor de sus días cautivos en aquellas ciudades donde soñaban volver como señores. Los más, como nosotros, venidos de la montaña sin razón ni aviso, nos encontrábamos perdidos en aquellas llanuras que nunca terminaban, donde una loma sucedía a otra loma, donde en caso de riesgo no había otro amparo que el escudo o los tapiales de adobe que aquel viento de marzo desmochaba.

Un día en que el viento se hizo manso y el cielo amaneció más bajo, vino la lluvia, una lluvia templada que volvió los caminos puro cieno. Era un agua perenne que fatigaba a peones y caballos.

La Dama miraba al cielo y aquel mar de barro pero allí no había cierzo que espantara las nubes. El caballero, en cambio, la dejaba resbalar sobre el cuero y el hierro, indiferente, con la mirada perdida a lo lejos. Su pensamiento, como el de todos los que a su lado se iban abriendo paso sobre el lodo, era llegar a la cita de los

reyes, apurando jornadas, dejando atrás, si era preciso, a los más débiles. Tal lo cumplían y así muchos de a pie que iniciaron en el camino enfermos, según se dijo, de la peste aunque yo digo que fue de aquellas jornadas tan duras, y aquel agua oscura como sangre, cayendo sobre nosotros en pesadas cortinas, como huestes más ordenadas que las nuestras.

Fue aquel agua, el hambre y los primeros muertos lo que diezmó los ánimos de los bisoños. El resto, los veteranos sobre todo, aguantaban lo mismo que los olmos, hundían la cabeza y avizoraban a la sin nombre por si nos esperaba tras alguno de aquellos cerros redondos.

Pero no andaba por allí. No aparecieron puentes para ahorcar ni recodos para estar al acecho. Ninguno la vimos, aunque es verdad que tampoco se apresura. Puede que ella aguardara a lo largo del río, ese padre de todos los demás, donde el rey portugués acabó por salir a nuestro encuentro.

Ante la puerta del otro se detuvo. Más aún que tras la suya vio de repente su propio desamparo. Sintió el brazo a punto de estallar, de romperse bajo la piel azul ya tan oscura que apenas se atrevía a mirarla cada mañana. La puerta golpeaba monótona repitiendo sus quejas de siempre, abriendo paso a un mundo olvidado más allá de los primeros brotes, sobre las zarzas pavonadas y los urces. Dentro, un viento de soledad soplaba, un negro aliento de soledad definitiva, desde la cama deshecha y la escalera arruinada hasta las dos alcobas que de tiempo atrás, conocía. Luchó por cerrar de algún modo la ventana de la cocina y al cabo, rendido, se dejó caer en el escaño, frente al hogar vacío. En la alacena estaba el coñac turbio y espeso de nombre indefinido, la cazalla como el cristal del río, el aguardiente de arándanos cuyo aroma pareció volver a la vida la penumbra. Pensó al destaparle en unas friegas para el brazo enfermo pero era malgastarlo. Un primer trago y ya los platos con restos de comida se borraban; otro más y las tinieblas abrían paso a una luz tenue, cadente, amiga. Las gotas aceleraban su compás por toda la casa, sobre los suelos rotos y latas rebosantes donde se hundían con un golpe profundo que recordaba los remansos fuera.

Cuando la botella llegó a su fin, ni siquiera la oyó caer al suelo.

Se diría que volaba más allá de la tierra invisible, de cantos y helechos, rumbo a la carretera interrumpida. En cambio la sin nombre sí estaba allí, inmóvil, como una buena madre que le tendiera sus brazos. Reconoció sus ojos bondadosos como tierra de paz, sendero suave, sin temor ni recuerdos. Aparecía allí, sentada en el extremo opuesto del escaño y tejía o simplemente cosía como tantas noches, con la nieve cubriendo la ventana, dispuesta a contar la historia de la Dama que se fue a la guerra, su retorno triunfal o el misterio de su escudo.

De pronto su dolor, su miedo, habían huido. De nuevo se hallaba a salvo, sano, niño, mirando la silenciosa compañera.

—¿Por qué me miras así?

—Porque no te conozco.

Las palabras salían de sus labios sin esfuerzo alguno, como aquellas plegarias que allá en la iglesia murmuraba los domingos.

—No eres tal como yo me pensaba —insistió.

La sin nombre dejó su tela inmóvil y mirándole desde sus dos gotas frías, transparentes, preguntó de nuevo:

—¿Cómo pensabas que era?

No se atrevió a responder, no fuera a ofenderla con su propio nombre, pero ella, en su lugar, lo hacía:

—Eso que echas de menos, no soy yo; eres tú, la percha donde cuelgan los hombres sus dolores. No me conoces porque no miras dentro de ti; si lo hicieras allí me encontrarías, allí verías el tiempo de las cosas que ni vuelve ni tropieza, el paso leve de la vida.

Y era de nuevo la madre contando viejas historias de la sin nombre esquilmando el valle cuando la carlistada, de aquel tropel de hombres, surgido en la primera vuelta de las Hoces para pedir unos sacos de pan, en busca de unos días de tregua…

Ocuparon las casas, los pajares y cocinas, venían en son de guerra con sus boinas rojas enormes y los pies destrozados por los caminos de la sierra.

—Aquí todos sois gente de paz —se reían tumbados en las eras ante el silencio tranquilo de los viejos y el tímido entusiasmo de los jóvenes—, pero con este pueblo y otro se formaba una buena compañía.

Los de menos edad se impacientaban escuchando y ellos volvían a la carga.

—¿Quién de vosotros va a alistarse primero? Buen rancho y buena paga. ¿Quién quiere sentar plaza? ¿Quién viene con nosotros a luchar por don Carlos?

Día tras días se les iban juntando refuerzos nuevos. Llegaban desde aldeas perdidas más allá de la ventana, con sus armas insólitas, nacidos de entre los cistos y los urces, caídos de la luna en aquellas breves y cálidas noches. Todos cuantos sabían mantenerse a caballo o disparar se alistaron en aquella aventura que, una vez más, dejaría desierto el valle partiendo en pos del convoy interminable, del sinfín de carretas que en muchas leguas a la redonda quedaron confiscadas.

Así quedó muerto el monte y las aldeas, así la sin nombre respetó solo a niños y mujeres que de nuevo tuvieron que empuñar hoces y rastrillos. Y como entonces los veteranos, ahora ella preguntaba:

—¿Tienes miedo?

—Solo se muere una vez. Acabemos y en paz.

—Tan cobarde es el que teme morir como el valiente que esconde su miedo. Después de todo —se alzó sobre el escaño—, sin los días contados, ¿qué sentido tendría la vida?

Fuera la puerta había dejado de batir, se la diría inmóvil, cerrada desde siempre. Tan solo se escuchaba a lo largo del pasillo, en la escalera, un rumor inmutable que llenaba la oscuridad de la casa.

El ojo inquieto mira el ir y venir acompasado de la máquina del amor, regular, silenciosa, trepidante en la penumbra mezquina. Al resplandor del alba, laca de uñas y tinte de cabellos toman formas que el ojo sigue y mide desde la cama paralela. En su reflejo parece repetir, multiplicar cada temblor, el lamento de ese racimo dorado de los tres cuerpos, su latir sonoro, apresurado en el que nada se pierde, en donde boca, seno, sexo circulan entrelazados ante el ojo que quiere aparecer indiferente pero que sigue atento el triángulo de aristas a la vez blandas y afiladas, agudas y redondas. No hay pasión —se dice al principio—, es un deporte cuyas reglas no se entienden porque no se conocen, pero que a fin de cuentas pueden aprenderse. Luego, a medida que el tiempo vuela, el compás de los

pies, de las piernas oscuras o tostadas, se va acelerando paulatinamente hasta llegar al fondo del blando corazón de la ginebra donde los tres navegan, se hunden y vuelven a flotar asidos a los residuos de la noche.

El resplandor del alba gira y se hace más denso, parece a punto de disolver el tinte de pelo del *disjockey*, ese toque rojizo entreverado de falsas canas que flamea a la tarde como una antorcha viva en la esfera redonda de la cabina y ahora entre los muslos de las dos, al compás impasible de la máquina.

El ojo inquieto con su cubalibre brillando en el fondo, intenta mantenerse ajeno a la pequeña, sacarla del triángulo roto al fin por el lado del hombre que se desliza y cae sobre la alfombra, a medias dormido, con los ojos muertos. El ojo inquieto, más tranquilo, se alza, cruza la penumbra para ocupar su huella, para cubrir la sombra de su cuerpo. La máquina de amor intenta recobrar su impulso sobre el camino de las sábanas pero algo falla, quizás la convicción. A poco se detiene cuando la mayor se levanta y trata de buscar refugio en el lecho cercano.

El ojo inquieto piensa, recuerda el comienzo de la noche junto a la barra donde el *disjockey* recoge su abrigo de falso astracán, a tiempo que se descarga de monedas. Luego enlaza a las chicas y se encamina hacia la puerta.

—Esta noche sí que no os vais vivas.

—¿Vivas?

—Que esta noche sí que vamos a casa.

Las dos se miran, miran al ojo inquieto que calla y se estremece bajo el relente que del río llega.

—Venga, no hay que pensarlo tanto. No os hagáis ahora las estrechas. ¿Os decidís o no?

La pequeña se encoge de hombros, las dos se dejan llevar hasta el taxi, camino de la casa del *disjockey*, a través de callejones vacíos en donde el frío empuja a lo largo de ventanas ciegas.

Todo tan complicado y a la vez confortable como el piso cuando se vencen los mil y tantos escalones y se llega al salón de las plantas entre el sofá de vientre a punto de estallar, botellas, pósters, flores y una gran alfombra para casos de emergencia.

El *disjockey* sale al cuarto de baño y en un instante vuelve desnudo de los pies a la cabeza.

—¿Qué bebéis?

Las dos mujeres pretenden no inmutarse. Después el ojo inquieto también empieza a desnudarse con torpeza. Más tarde a la hora nona del amor nocturno, la ropa toda de los cuatro es un oscuro montón vegetal que rebosa desde el sofá a la alfombra lo mismo que las plantas.

De pronto la noche, el alba, el camino hasta el cuerpo venal de la muchacha se borran, quedan tan solo sus ojos extrañados en tanto cubre su sardón diminuto, sus dos botones muertos con el borde esquilmado de la manta. Ninguno se decide a levantarse y el timbre vuelve a sonar afuera, cada vez más insistente.

—Algún cachondo —dice el dueño—. Seguro.

—¿Quién?

—Tú me dirás, chatita, quién va a venir ahora.

Fuera en la puerta, más golpes de nudillos. Alguien que manipula la cerradura. Nuevas llamadas.

—Dejarle que se aburra.

—¿Qué hora es?

—¿Qué más da? No se le abre y en paz.

El ojo inquieto se viste con torpeza y dejando atrás a su furtivo amor, la sombra de la pequeña agazapada, se abre paso a tientas en la selva de la otra habitación, camino de la puerta.

Más allá de la mirilla vieja que gira abriéndose en simétricos gajos, está el rostro, la sombra del invierno prolongado, no en la barra del mostrador, ni buscándole en la penumbra de la pista, sino allí cerca, al otro lado, acompañado de otras dos siluetas que no conoce pero que adivina bajo la tenue luz de la escalera.

—Vamos; abra usted.

—¿Qué hay?

—Le digo que abra y en paz. No nos haga esperar.

El *disjockey* está ahora a su espalda, con los cuerpos a medio vestir de las muchachas.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

Luego, cuando se hace la luz tímidamente y la puerta se abre con su rumor de cerraduras muertas, el rostro ya olvidado llena la habitación con su mirada de tanteo y resumen, de cosa ya sabida, desdeñando al *disjockey* y las chicas.

—Vístase. Tiene que acompañarnos —y adelantándose con un

gesto a su pregunta, ordena y concluye—: Vamos.

Él mismo vale por los otros tres, para la muerta y rota máquina del amor que se mira y coloca al otro lado, en el campo legal desde el que nada es posible hacer, salvo vestirse, aliviar el miedo en un suspiro y obedecer, escaleras abajo.

La máquina del amor discretamente embutida en el coche, corre a lomos de la otra silenciosa máquina. Callan, bostezan, seguramente ya conocen caminos parecidos, bajo la misma aviesa luz del alba. Seguramente saben que es mejor no pensar, esperar a que las circunstancias ordenen las horas que vendrán después, al otro lado de esa puerta donde, bajo la bandera nacional en su rótulo de plástico, dos guardias platican. Seguramente saben que lo malo es la luz, esta luz cenicienta luego, de día, con el sol en lo alto, si es que el buen tiempo se decide a asomar, ese dormir hasta la noche siguiente con el tiempo a la espalda como si fuera una pesadilla calcada de otras veces.

Pero el sol no asoma todavía y el reloj del pasillo desierto retrasa cuanto puede su aguja melancólica. El banco de madera va tomando forma poco a poco en los muslos, las nalgas, las espaldas, en el oscuro respirar de la mayor que duerme en el regazo de la chica, en el silencio nervioso del *disjockey* que a veces alza su mirada atusándose las raíces negras de su pelo rojo, preguntando cortésmente si se puede fumar, fumando, mascando sin encender el cigarrillo.

Poco a poco, al compás del reloj del muro, el pasillo, su cristal opaco al fondo, se va animando de bostezos, tazas de café y teclear de máquinas que, una con otra, parece que se animan. Ese sol que se espera viene ya pero nadie aparece, nadie les llama, les separa, pregunta. Las chicas, desmoronadas, amorfas, hundidas una en otra, se desperezan y levantan, se transforman en ojeras azules, piel cansada y huesos ateridos. Tan solo el *disjockey* duerme perfeccionando a ratos su postura un tanto inverosímil.

Es el primero que llaman a declarar. Es preciso despertarle, alzarle, empujarle para cumplir su trámite preciso, cosa que cumple relativamente pronto, para salir, más despejado «a tomar un café» según dice, indicando que espera en el bar de enfrente. Luego pasan las chicas y finalmente él, el último, semidormido, preocupado a medias, equivocándose al declarar su nombre, su profesión, estado

civil, domicilio, lugar donde trabajaba, todo ello repetido, subrayado por el tecleo de la máquina que poco a poco le va metiendo en la cabeza la sospecha, de que en esa mañana no irá a tomar café con el *disjockey* y las dos inglesas.

Sobre la mesa, entre su voz y la del que pregunta está la foto de Paul, quién sabe si copiada o recortada del periódico.

—¿Es amigo de usted?

Se encoge de hombros. En realidad la foto le ha pillado de sorpresa. No sabe qué actitud tomar, si un tono vago o confesar de plano como dicen en los seriales de la tele.

Él pensaba que les llevaban por las chicas, pero la foto allí le dice vagamente que la cosa no va por donde se imaginaba, que es inútil callar, en tanto la voz al otro lado se impacienta.

—Le estoy preguntando.

—¡Ah! sí, le conocía.

—Eran ustedes socios.

—¡Tanto como socios!

—Tenían un negocio a medias.

—No era un negocio. No llegamos a nada.

—¿Por qué?

—No sé.

En realidad no lo sabía, ahora se daba cuenta de lo poco que Paul contaba, de sus pocas explicaciones sobre sus idas y venidas, sobre los alemanes que de pronto volaron sin despedirse apenas.

—Pero entre amigos, ¿no le dijo nunca nada?

—No, creo que no. Nada que recuerde.

—¿Y qué me dice de todas esas compras que hacía por los pueblos?

—Ese era su negocio, asunto suyo nada más.

—No querrá usted hacerse de nuevas.

De pronto le venía a la memoria la visita ya olvidada a su viejo cementerio de imágenes.

—¿Cuántas le vendió usted?

—¿Yo? Solo estuve una vez. Yo nunca me he metido en esa clase de ventas.

—Está bien. —La voz hizo una pausa en tanto introducía en su boquilla desintoxicante un negro cigarrillo extralargo—. Comprobaremos eso. Usted tiene un negocio…

—No; trabajo por cuenta ajena, en una agencia.

—Una agencia, ¿de qué?

—Inmobiliaria. Pisos, chalets, parcelas.

Se detuvo, pensando si no estaría infringiendo alguna ley con aquellas palabras, si a pesar de sus dudas y sus duelos, no estaría tomando alguna confianza peligrosa. De nuevo aquellos films de la tele pasaban por su cabeza velozmente.

—¿Qué me dice de la urbanización?

—Tenemos varias.

—Yo le pregunto por la otra. Usted tiene terrenos fuera de aquí, ¿no?

—En el pueblo de mi padre. Pero eso, ¿qué tiene que ver?

—Las preguntas las hago yo. Responda.

—Ya le digo que sí, pero él vive todavía.

—Usted y su amigo los pensaban vender…

De pronto las preguntas concluían. La voz, al otro lado de la mesa, incluso la foto de Paul, parecían perder importancia, perderse entre el montón de folios y notas en tanto la voz callaba, tras su tos sorda, con el cigarro apuntando al cenicero.

Se piensa en la cama, en el lavabo, en la mirada dura y muda de Adela alzándose con su eterna amenaza de marcharse, en tanto empieza a vestirse, a llorar, a blasfemar con palabras aprendidas para herir y humillarse a la vez, para alzarse y consagrar a un tiempo el fracaso de sus amores y sus días.

Así llegamos, tras mucho caminar en el barro y el viento al pie del padre Duero, como muchos, le llaman, hasta dar con las huestes de la reina. Hombres, picas y lanzas crecían como aquel agua parda, cargada de limo, ensanchada por otros ríos pequeños, lagunas y regatos.

Doce mil hombres de armas con caballos defendidos llegaron a contar algunos y otros tantos a la jineta, treinta mil sumados los de a pie, repartidos en escuadras y batallas. Todos con muy grande afición a la causa de los reyes, con gran odio por nuestros enemigos como la Dama atenta a la cuenta de lanzas y peones, siempre en cabeza en el ala más fuerte, comida apenas, durmiendo poco, sin vestir, ni peinar en continua presencia de todos los otros.

Una mañana, al alba, sentí el golpe de su pie en el costado. Abrí los ojos con gran pesadumbre y la vi a pocos pasos, como un San Jorge naciendo de entre la niebla y las hogueras.

—Ven conmigo.

Me alcé y seguí sus pasos por entre cuerpos tendidos, humo y centinelas. Pensé en algún asalto, en alguna repentina descubierta, pero los pasos de la Dama seguían rumbo al río.

Al resplandor del alba cuán distinta, cambiada, estaba desde el día en que cruzamos las Hoces. El pelo ralo, espeso como estopa, el andar duro enhiesto de tantos días a caballo, las manos con el callo de la brida, le hacían parecer un hombre de semblante flaco, donde los pliegues quemados por el sol y el viento, se rompían en el relámpago de sus dos ojos castaños. Era difícil viéndola allí vestida de polvo y hierro, recordarla de niña con la madre y las hermanas. No le hubiera sido preciso engañar las miradas de los hombres, borrar su pecho huido, sus caderas rotas, sus muslos tan delgados, sus costillas a flor de piel y el vientre plano, todo aquello que aquel agua tan lenta apenas transparente, iba dejando ver según resbalaba sobre ella. Aquel gran padre Duero era como aquel otro padre, así la rodeaba y la ceñía, según su corriente vieja y grande a la vez, iba entrando en ella devolviéndola a su ser verdadero de hija y amiga. Limpiaba de sus pies el barro, lavaba sus ijares, dejaba su mano turbia del color de la tierra, prendida entre la greña oscura que se vencía ahora como el muérdago entre las dos delgadas columnas de sus piernas. Después, otra vez a caballo, volvía a ser uno de tantos a la sombra de la guerra, pero ahora, allí, entre las mimbreras, resucitaba bajo la luz del alba como esos santos y figuras de piedra que allá en la catedral contaban historias del mundo, de la vida del Señor y de los santos.

Allí resucitaba su carne tan desnuda como en el día del Juicio, en tanto el viejo Duero lamía sus costados que ahora ya no temblaban, que ahora se hundían en él hasta los hombros, dejando solo, en torno a la cabeza, el resplandor de sus cabellos como un halo.

¿Qué sueños le vendrían a la noche, si es que a ratos dormía, cerca del caballero? ¿Qué historias mentiría a lo largo de tantas jornadas, silencios y comidas, compartiendo su pan y su tienda? ¿Qué recordaba de sus días de caza, de su tiempo en el salón, aún

niña, jugando con el cintillo de la madre al calor vacilante de las resplandecientes llamas?

Ahora, de improviso, tres sombras habían aparecido entre la niebla, en la ribera opuesta. Apenas llegó a distinguirlas y ya la Dama luchaba por alcanzar el jubón, huyendo, torpe, a esconderse entre los mimbres. Ellos dudaban si vadear el río o no; eran tres peones de alguna otra batalla cercana y aún sin saber si era mujer o no, entraban en el agua con las armas en alto.

La Dama, ya vestida, dio grandes voces avisando a los centinelas y a poco, llegaba del campamento rumor de voces y cascos acercándose. Los tres dudaron y otra vez en la orilla huyeron al galope de sus piernas hasta encontrar amparo en unas aceñas viejas alzadas en la mitad del río donde nuestros socorros les cercaron.

Cuando volvimos, ya los nuestros alzaban sus reales despacio, como trailla de mastines. Ya aquella grey, de estandartes, caballeros y peones se alargaba camino adelante, muy junto al río por la llanura verde y tostada a veces, partida en dos mitades por el brazo del río, sembrada de ricas huertas, solo estéril en las arenas de las márgenes.

Y en la neblina aparecieron de nuevo las tres aceñas en el medio del río, convertidas ahora en una sola y bien guarnecida fortaleza. Allí, a su pie, mantenían el sitio los que nos auxiliaron, pues no era posible el paso desde tierra. Fue preciso solicitar la ayuda de los arqueros vizcaínos y la Dama partió en pos de ellos conmigo. Los vimos acercarse hasta el mismo pie del puente y comenzar a batir la fortaleza. Cada golpe parecía vibrar, no en el arco de acero si no en el cuerpo de la Dama, tan tenso, alerta, estaba al vuelo de los dardos. El rechinar de las poleas alumbraba en sus ojos ese relámpago impaciente a la espera de los tiros que sin marrar apenas derrumbaban sobre los mirtos, entre muelas de piedra y pan aún sin moler, sombras inertes sepultadas a veces en el agua.

Tras cada alud de dardos venía, como en el rayo, una pausa para volver a montar las armas, avizorar un pecho, una cabeza. Dos nubes más de dardos y aún los de las aceñas no cedían. Fue entonces cuando la Dama con la espada a dos manos echó pie a tierra voceando sus razones:

—Por cierto, señores compañeros y soldados, yo alabo mucho esta precaución vuestra, pero el negocio está puesto en tal estado

que no podemos esperar más sin gran afrenta nuestra.

Y cruzando con pie seguro el breve puente se enfrentó a los que desde el primer molino salían, lo cual visto por los que aún en la orilla aguardábamos, reunió en torno a ella tal multitud de tropa que arremetiendo, por la puerta y ventanas, logramos hacer como un escudo en torno a ella.

El caballero, su padrino, vino también con buena hueste de peones, y a cada tajo abría brecha en la gente frontera. Dentro y fuera resonaban los golpes. Ni un grito, ni una voz, solo el quebrar de astas y espadas sobre escudos y yelmos.

Despacio, retrocediendo a cuchilladas, defendiendo cada paso a golpe de hacha, los de las aceñas cedieron la primera, saltando unos al río, buscando en sus aguas salvar la vida ya tan comprometida.

Vinieron voces de que el rey se impacientaba y la Dama, con el morrión partido y sin visera, acometió con los arqueros el segundo molino hasta dar con los muertos en el agua y los vivos en la torre tercera suplicando clemencia. Pero no hubo tal, el rey mandó recado y los veinte o más hombres que ahora de hinojos, luchaban con su llanto por la vida, allá quedaron ahorcados en las vigas y tolvas con tal saña defendidas por ellos. La misma Dama fue alzando el rostro, buscando entre el racimo a los que a la mañana la descubrieron en el río. Ella misma los empujó sobre el cadalso en ruinas, salpicado de harina y sangre, de sacos de pan, malheridos y muertos. Ella misma empujó a los primeros sin consentir en lavarse el rostro ni las manos hasta no verles pelear su batalla postrera. Era como si contemplándoles con los ojos de par en par, danzando en el aire, borrara su vergüenza allá en el río y aliviara su afán por las hazañas de los hombres, por ser igual y más que su padrino.

Yo en cambio, al pie del agua, devolvía a la corriente el primer vino, el primer pan de la mañana. Recordaba las voces y la sangre, los golpes y los gritos pero antes que nada a los tres hombres pataleando entre las tolvas y aún antes suplicando, besando aquellos pies que antes vieran desnudos. Nunca supe si su delito fue descubrirlos o defender las aceñas, pero aquel sacudirse final de la vida, pendientes de la soga, me traía a la memoria los ojos de la Dama, lo único vivo más allá del yelmo, más fríos y agrios que los del caballero. Eran dos ojos enemigos, lejanos, como aquel cuerpo revestido de acero y plumas, de paño y cuero, tan distinto del que el

padre conoció, entonces tan afable, hasta benigno. En aquella jornada no la reconocía a pesar del coro de alabanzas en torno.

Ahora el tiempo de las hermanas y el camino, del escudo y la caza en el monte no volvería más, ni la sombra del padre a la noche, ni los años de muchacha cuando aprendió a cabalgar a mis espaldas; ahora marchábamos una vez más a lo largo del río, de ese otro río padre como llaman los castellanos, al amparo de los chopos y alisos que lo cercan para aliviarle del polvo y de los vientos, camino de Zamora la bien guardada, donde el rey portugués esperaba el primer asalto de los nuestros.

Montó el arma con el único cargador que le quedaba y tras asegurarse con un vistazo en torno, empujó la contraventana. La madera no cedió. Buscó el hueco siguiente y repitió el intento, pero fue inútil. El cuadrado recinto de la venta aparecía cerrado como un sólido bloque entre la niebla. Quizás el amo y la muchacha no andaban lejos, segando hierba, en busca de genciana o de alguna res pero el silencio no mentía. Ni cerdos ni gallinas, tan solo el rumor perdido de alguna esquila y la voz de los grajos, como siempre, rota en ecos a la hora del crepúsculo. Intentó forzar la puerta pero, al punto, comprendió que era inútil. Nadie esperaba dentro, salvo su propia ira que desde la estación, noche y día, le venía persiguiendo. Era fácil hacer saltar aquel candado, pero viéndole roto los dos sospecharían. Mejor esperar entre las cercas, o al amparo de los urces ahora que el sol se apagaba por momentos.

Esperaba temblando con la herida inflamada, con la lengua en pedazos y el párpado cerrado. «Analiza, haz balance de ti mismo —murmuraba el superior, con su voz monótona— sobre todo no te precipites. El seminario debe ser forja de hombres al encuentro del hombre. Lugar de piedad, estudio y disciplina.» Las palabras fluían suaves, llegaban lejanas como desde el otro lado de las cortinas moradas del confesionario, entre el respirar asmático, cansado y el tacto oscuro de aquellos brazos invisibles. Después, más allá de la mesa, con la pared abierta a sus espaldas sobre un patio donde los compañeros se divertían jugando a la pelota, aquel fluir inacabable, ajeno, proseguía: —Malos tiempos estos. Quizás, después de todo, la culpa sea nuestra.

—¿Nuestra? ¿Por qué?

—Quizás el pueblo —pronunciaba aquella palabra con una mezcla de respeto y prevención— no nos quiera así, tal como somos. La familia cristiana, por supuesto. Quizás ellos quieran sacerdotes capaces de aproximarse al hombre de hoy, de comprenderlo, de vivir con él, de llamarle por su nombre verdadero.

—De tratarle de igual a igual, quiere decir.

—De tratarle como amigo y compañero.

Y sin embargo, tras aquellas palabras volvía como siempre la prohibición absoluta de bajar a las cuevas del río, hablar con sus oscuros habitantes, de ayudarles en algún modo, aunque fuera modesto.

—Es inútil que intentes ayudarles en lo material. El ministerio sacerdotal no solamente es válido, sino superior a cualquier otro trabajo secular.

—¿En cualquier caso?

—En todo caso. Siempre que la fe no falte.

Entonces era falta de fe. Sería preciso esperar la señal como un nuevo San Pablo. Mas el aviso, la señal, no llegaba y un año no volvió, tras de las vacaciones de verano. La madre que tanto luchó por mantener a flote aquella fe compartida entre los dos, no le obligó a volver, quizás porque en ella también se apagaba. El padre procuró ocultar su decepción por el tiempo perdido, enviándole a un curso breve de magisterio. «Allí la fe no anda por medio», murmuraba, allí tan solo procurar completar asignaturas con lo que ya sabía y buscarse una escuela donde aguantar a los hijos de los otros.

El tiempo, la vocación perdida iba rodando por aldeas varadas junto a pequeños ríos como aquel que a sus pies dormía ahora, entre escolares, algunos de su edad ajenos a su palabra casi siempre, dejando caer sobre su escasa ciencia, sobre su flaca espalda aquella desconfianza eterna, aceptada desde el amanecer hasta la hora de salida.

Luego a la vuelta tras de las vacaciones, apenas recordaba a los alumnos, apenas reconocía a los mayores. La escuela seguía igual como la venta, o la torre ciega de la iglesia, solo la gente cambiaba en un verano, en un año, como ahora en el último viaje, apenas los

reconocía a no ser por sus mutuas rencillas, por sus odios perennes.

Ya las estrellas rompían espantando el cierzo sobre el sendero de las reses perdidas. Era inútil esperar. Mejor buscar la cueva y descansar hasta el día siguiente. Lanzó un vistazo a la venta cerrada y guardando el arma, tomó el sendero de basalto. El río batía las raíces de los álamos, el verdín de la torre, las redondas ventanas de las liebres. El pueblo, abajo, aparecía cerrado, como la venta, pero vivo en establos y corrales, en ladridos remotos, en los carros con los brazos en alto. De pronto se detuvo, se preguntó si, como al otro lado de las Hoces, no le estarían esperando. En un relámpago, a la luz de las estrellas, recordó aquel naipe de los tres cuerpos muertos, la sangre sobre el andén, las ráfagas entrecortadas desde lo alto.

Ahora unos pasos se acercaban desde el lado opuesto de la Raya. Se tentó la cintura comprobando que el arma seguía allí y a poco, entre los urces reconoció la silueta de la muchacha. Espantó hacia la venta la res que le seguía y se le quedó mirando, con aquel mismo gesto, tras el amor de antaño, cuando viéndole vestirse, parecía reconocerse en la sombra velada de su cuerpo. A su vez, tampoco se escondía. Como entonces también, parecía esperar una palabra.

—¿No hay nadie abajo?

—Vienen más tarde. Además ¡hoy es mal día! —le dijo el nombre de un santo, de una fiesta cercana en un pueblo vecino—. Allí andan todos.

—Y tú, ¿por qué no vas?

Se encogió de hombros en silencio, descubriendo, poco a poco, la sangre de la barba, la cara hinchada y la ceja partida.

—¿Qué buscas por aquí?

—Nada —mintió—, venía solo a verte.

Le miró sin creerle, refugiada en la oscuridad, examinando la sahariana, el cinturón armado, los pómulos a punto de rasgar la piel quemada.

—¿Y eso?

No contestó. Debía saber que andaba cerca, seguramente conocía al detalle todos sus días, incluso el desenlace de su segunda historia. La primera, la otra, estaba allí a pocos pasos, en la venta hacia donde ahora caminaban.

—Creí que habías cerrado.

—Casi desde que se fue el amo.

—¿Y tú? ¿No te marchas?

—A lo mejor este invierno también.

Se adelantó unos pasos y tocándole la herida de la frente preguntó:

—¿Duele mucho?

—Bastante.

—A todos nos toca alguna vez. Hoy a ti, mañana a mí. ¿Qué importa? Solo es cuestión de suerte y ganas de vivir. Aunque a veces no se sabe para qué. Todos llevamos nuestra carga a cuestas.

Buscó algún sentido a sus palabras. Quizás se refería al amo, pero nadie podría asegurarlo. Puede que él fuera el confidente o tal vez aquel pastor que no quiso aparecer bajo la lluvia, puede que tantos como en el valle acechaban de lejos, incluso ella misma que ahora limpiaba la sangre con cuidado.

—Haces mal en volver por aquí. Tarde o temprano subirán a buscarte.

—Cuando vengan ya habré puesto tierra por medio.

—Eso se dice siempre. Luego, sin saber cómo, hasta los más listos caen.

—Yo me marcho mañana.

—Eso también se dice, pero «mañana» es un día que nunca llega. Además ¿adónde vas a ir?

—Lo estoy pensando.

Ese camino incierto, en sentido contrario, de pronto se le aparecía eterno, inacabable. Volver sobre sus pasos, recorrer los mismos senderos, mojón tras mojón, vado tras vado, hasta alcanzar de nuevo la frontera.

—¿Llevas dinero?

—Algo queda.

Le debía estudiar desde la sombra. Quizás de forma parecida aconsejaba a otros, tras el amor en el alba de la alcoba.

—Si vas así, solo con verte te detienen. —Salía a la luz otra vez, comprobaba el estado de la ropa, los rastros de la sangre seca, los desgarrones en las mangas y espaldas.

—Espera un poco, voy a ver si hay alcohol.

El recuerdo del amo venía del rincón de las cuadras, del oscuro interior donde un rumor de agua doméstica cubría el murmullo del

río. Ya volvía con el frasco de alcohol, la jofaina y un puñado de jirones de trapo. Pero la mano más que limpiar la herida, iba haciéndola crecer, por toda la cara amoratada ya, roturada de cortes y arañazos.

—¿Duele?

A pesar de aquellas manos secas ya, de su boca que no reconocía, de aquella sombra recuerdo de su sombra, a través del alcohol que volvía la piel pura brasa, sentía que su vida se alzaba y tomaba forma de nuevo, negándose a marchar, luchando por no iniciar aquel inútil viaje.

—Ya está. Solo queda la barba.

—Mañana me la afeito, descuida.

Arriba en el reino del otro, estaba la navaja olvidada después de la infección. Procuraría hervirla. También cambiaría la ropa destrozada. Quizás quedara alguna modesta provisión que roer, puede que algún falso carnet de los que el otro utilizaba, si es que, en aquel nido revuelto, era capaz de conseguir encontrarlo.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Su despedida vino en una risa seca, bien distinta a la de antaño.

La mano no estaba allí vecina a sus heridas, solo los brazos en torno de su cuello.

—Anda, déjalo, marcha.

La vida se negaba, se aferraba a aquellos otros días, no con la alegre pasión de entonces, sino con miedo, incapaz de abandonarla, a pesar de las voces que se acercaban cantando desde lejos.

—No seas necio. Te van a detener por nada. ¿Qué adelantas con esto?

Su voz era otra vez de orden, como antaño, le huía, se escapaba, camino de la puerta.

—¿Qué quieres? ¿Qué me lleven a mí también?

—Te mandaré llamar.

—¿A mí?

—Te escribo.

—Sí bueno, escríbeme. Pero márchate ahora.

Ya las voces del vino parecían a punto de doblar el último recodo.

—¿No te vas? —se impacientaba.

—Esta vez sí te llamo.

—Eres tú quien te fuiste, no te olvides.

Se tentó la cara por última vez, como dándole las gracias y emprendió aquel camino de vuelta, que ahora con todas sus fuerzas deseaba no emprender nunca.

Bajo la luna enorme, bajo su halo lechoso, la ventana en lo alto era solo una mancha cuadrada, como la iglesia entre los alisos de corona redonda, como la torre con su corona de ladridos. Aquella noche intentó dormir en el reino del otro, con su recuerdo rondándole. Luego, de madrugada, se afeitó a duras penas, comió un poco, bebió un trago y vistiendo la mejor ropa que pudo encontrar, lanzó un vistazo abajo, más allá de la niebla, en los huecos que el viento abría. Ni siquiera ladraban los perros, ni los gallos cantaban la mañana recién amanecida Tomó la mochila y se la echó a la espalda, después, paso a paso, como quien cuenta con toda una vida por delante, inició la escalada hasta la ventana donde el cierzo ya soplaba con fuerza.

Allí se detuvo. Las botas del huésped le apretaban pero, a fuerza de andar, acabaría acostumbrándose. Soltó un poco los cordones y de nuevo en pie, a poco se perdía al otro lado. El cierzo sobre él era un telón silencioso y brillante.

Zamora, aunque cercada, resultó bien defendida y el rey decidió retirarse a pesar del enojo de sus caballeros y, sobre todo, de los vizcaínos. Muchos le abandonaron y nuestro caballero se fue en pos de ellos sin escuchar las razones de la Dama. Vinieron días aciagos. Las ciudades se alzaban o rendían a uno y otro bando y un rojo resplandor se extendía por el cielo cada tarde, señalando el lugar de los asaltos, el sangriento final de los sitios.

Muchas otras señales aparecieron por entonces; una gran luz en pleno día, sobre nuestras cabezas, y otra en Burgos, donde nuestro monarca luchaba por tomar el castillo. Un niño de tres años habló, amonestando a todos que hicieran penitencia, mas tan malos presagios se olvidaron al punto con la vuelta del rey, ya decidido a rendir la ciudad definitivamente.

Los portugueses que la defendían, dándola por perdida, huyeron a plantar su real a Toro con lo que marchas y contramarchas,

asaltos y salidas se sucedieron hasta que, menguados de recursos, una noche, abrieron sus puertas tratando de salvar la impedimenta.

En una hora pareció resurgir nuestro campo, volver a los primeros días de aquella enmarañada guerra. Muchos peones salvaban el río en maderos y barcas, y cuando el sol se alzó, todos marchaban tan sin gobierno que fue preciso a los capitanes volver a reunirlos y ordenarlos. De las seis escuadras que se formaron, iba la Dama a la derecha del rey, por la parte de las cuestas. Yo, con el peonaje, marchaba por el centro defendiendo los flancos y a nuestro paso, que era más lento, dimos vista, no a los portugueses, sino a unos cerros cortados a modo de portillo por donde los caballos solo podían pasar con grave riesgo.

Hubo nuevo consejo y un cardenal, de nombre don Pedro de Mendoza, con solo un capitán por escolta, cruzó al otro lado de las lomas a espiar las tropas del enemigo. A su vuelta aconsejó darles alcance.

—No me parece cosa de caballeros —dijo con voz pausada y medida—, ahora que vemos lo que deseamos, volver atrás sin hacernos valer ante nuestro adversario.

Y una vez salvados los cerros, ya en orden de batalla, a la vista de las banderas enemigas, unos y otros fuimos a las maños. Allá la Dama iba con su negro penacho y el peto hundido por los tiros de pólvora y, una vez quebradas las primeras lanzas, la perdí en el remolino que con gran ímpetu se defendía o atacaba.

El estruendo de la pólvora apagaba las voces, unos nombrando sus apellidos, otros gimiendo sus llagas y caídas, otros pidiendo ayuda. Los capitanes empujaban a los más negligentes con amenazas, recordando viejas cuestiones entre portugueses y castellanos, sobre el valor y esfuerzo de cada uno, y así les obligaban a dar cara, llevándoles de buen grado o por fuerza hasta los flancos más necesitados.

Mas el enemigo no cejaba. El sol caía y la victoria se hallaba por decidir, hasta que finalmente el Señor que estaba por nosotros, hizo que no pudiendo aquellos sufrir la avalancha de los nuestros, fueran desbaratados, llevando el río sus cadáveres hasta las mismas puertas de Zamora.

Y en la orilla estaba la sin nombre viendo pasar los cuerpos, sin cuidarse de la lluvia, descargando su espada sobre los heridos que

aún luchaban por asirse a los mimbres. Dos o tres veces repitió el golpe hasta que, saltando sobre mis temores, le pregunté:

—Señora, ¿a qué tanta saña? Esos no han de volver ya vivos a su tierra.

—Lleguen o no —respondió sin volverse—, son míos. Mira allí, en la otra orilla.

Y en la orilla vi a un grupo de peones volteando a un hombre que suplicaba de rodillas.

—¿Qué van a hacer con él?

—Castrarlo.

Recordé lo que ya se decía en el camino; que muchos portugueses, por el orgullo que traían, hicieron robos y forzaron mujeres, al entrar en Castilla.

—Mejor la muerte —repuse a la sin nombre.

—¿Por qué han de ser siempre tan orgullosos los hombres de nacer con su razón entre las piernas?

Se volvió a darme cara pero no era la sin nombre sino la Dama, tan parecida estaba, con el morrión partido y el rostro negro del sudor y el humo, con la piel tan afilada que a buen seguro se le podría alcanzar a ver la calavera. Sus manos ahora aparecían hinchadas y al levantarse vacilaba teniendo que apoyarse en mí para quedar en pie. Fue entonces cuando uno de los portugueses en su huida cruzando la corriente, vino a dar frente a nosotros. La Dama se volvió con dificultad pero el otro ya en pie, la ganó por la mano y alzando una gran piedra de la orilla la descargó con tal tino y fuerza que partió el yelmo en dos, haciéndole caer con la boca y los oídos reventados en sangre. Yo luchaba con él, en tanto los que le perseguían le alcanzaban. Les vi sacar espadas y cuchillos, derribarle por tierra y sujetarle. Más tarde, de un tirón, le arrancaron las calzas y abriéndole de piernas igual que si de un puerco se tratara, le asestaron un tajo que retumbó en el vientre.

Su grito cubrió la noche, acalló el relinchar de los caballos, las voces que en las tinieblas buscaban amigos o rehenes, el estertor ardiente de la Dama.

Yo no quise mirar aquel cuerpo sangrante sobre el polvo. Alcé a la Dama, inmóvil sobre su caballo, y juntando sus bridas con las mías, sin volver los ojos atrás, me alejé de la orilla con la esperanza puesta en algún buen cirujano.

Le tendía un gran sobre abultado que ni siquiera llegó a abrir.

—Aquí está todo. Puede comprobarlo. Me firma aquí. No sabía si atender al bolígrafo o al pequeño paquete repleto de algo que ya no recordaba, de quién sabe qué efectos personales, áspero feto de sí mismo que al final decidió abandonar sobre la mesa. Tras firmar miró en su interior como quien se asoma a su pasado, temiendo encontrar allí dentro algún sucio pecado olvidado, algún feo recuerdo de su vida.

—Una comprobación sin más —proseguía la voz al otro lado— pura rutina, su amigo tiene para rato en Francia.

—¿Al fin apareció?

—Siempre aparecen. Solo queda recuperar lo que sacó, pero eso ya es pura burocracia. Ahora sabemos que usted no tuvo nada que ver.

—¿Con qué?

—Con el asunto de las divisas.

No quiso seguir preguntando cómo no se atrevió a abrir el sobre con su vida dentro. No fueran a volver de nuevo las preguntas, los informes, los oficios y el encierro abajo, cigarro tras cigarro, noche tras noche. De todas formas siempre pensó que aquello de los santos de madera no era gran cosa para Paul, aunque él se obstinara en demostrarlo. Ni llegó a entender nunca la relación con sus amigos alemanes, ni su buen conformar, ni su afán de servirles en los contados días de aquel largo invierno.

—En lo que se refiere a sus posibles negocios con usted, por el momento no tenemos nada en contra —volvió a echar un vistazo al expediente como un médico que no se decidiera a dar el alta definitiva—. ¿Quiere un café?

—No gracias.

—Entonces —le despedía— puede usted marcharse cuando quiera.

—¿No vino nadie? —se atrevió a preguntar.

—No.

—¿Ni llamaron por teléfono?

Esta vez, la negativa llegó sin que el otro alzara la cabeza. No se atrevió a insistir.

Adela no existía ya. En realidad, abajo, no había pensado en otra cosa. En un principio pensó que llegaría con la cara hosca, aún en

son de tormenta como en aquellas cintas de la tele que antes veían juntos hasta quedar dormidos. Vendría por aquel pasillo solitario que él mismo recorría ahora, espiando de reojo bancos donde esperaba gente de edad y mujeres de semblante paciente. A medida que se acercaba al rumor de la calle, cruzaba el marco luminoso un sol radiante que barría las nubes, haciendo entornar los ojos fatigados.

Y en la calle, con la muestra luminosa que aún recordaba encendida a sus espaldas, lo que más le llamó la atención fue qué pronto todo se olvidaba. A no ser por el picor de la barba y el traje repentinamente viejo, se diría que aquella mañana era una más, en la que al fin el invierno, se alejaba.

Cuando giró el llavín, empujando la puerta, esperó un instante. Todo el camino se le fue calculando cómo encajar la ira de Adela, aquella voz en la que a menudo se crecía, a la que finalmente se acababa acostumbrando, pero nadie apareció. Tan solo llegaba de la cocina el rumor del frigo interrumpido a ratos, vuelto a poner en marcha, haciendo aún más patente el vacío de la casa. Se sentó en la cama, comenzando la delicada operación de despegar los calcetines de la carne, tras arrojar lejos de sí los zapatos, quitarse el traje y la ropa interior sucia, sudada, que de buen grado hubiera quemado allí mismo, sobre la alfombra. Y ya totalmente desnudo, dispuesto a entrar en la ducha, el sueño vino traicionero.

Ducharse o no, levantarse, esperar, llamar a la oficina, tanto daba. Todo podía esperar, el mundo entero podía esperar como él mismo desde la noche del disjockey. Respiró profundamente y, como tiempo atrás, ante la pequeña ventana de la tele, llegó la mano amiga sobre los párpados pesados.

Se despertó; miró el reloj. Apenas una hora y sin embargo el tiempo había vuelto a su lugar de nuevo. Se duchó y afeitó, escuchando los rumores de la casa todavía vacía. Era aquella uña guerra silenciosa, un epílogo a las iras ruidosas, a las escenas anteriores. Sería preciso esperar como otras veces, aún a costa de humillarse un poco, de perder autoridad. Y sin embargo la realidad de Adela poco contaba ahora, hasta donde quiera que estuviera dispuesta a llegar, a prolongar su ausencia.

En tanto se vestía recordó las postreras disputas, sus llantos sin razón, sus lágrimas nerviosas, los primeros intentos de cortar de una

vez sus amenazas más necias todavía. Miró la hora. Tiempo de comer. Fue a la alcoba y la cama sin hacer vino a corroborar su certidumbre. Hora de comer, de marchar a la calle definitivamente, al mostrador amigo donde tomar un tentempié y esperar a los colegas de la tarde.

Nadie comentó nada. Era como volver de un viaje de negocios. Todo seguía igual, pero alzando los lamentos a nivel nacional de catástrofe prevista y razonada.

—Lo que pasa es que no nos toman en serio. No sabemos llorar como hacen otras provincias y, mientras tanto, lo que tenemos nos lo quitan.

—¡Tanto como quitar!

—A ver qué pasa con la industria. Se la llevan donde todos sabemos.

—Hace un par de años no decías eso. Hace unos meses nadie la quería.

—Ni ahora. Pero si con industria o sin ella vamos a tener los mismos conflictos que los demás, que la traigan y vamos adelante. Si hay que pechar, pecharemos con ella. Además esto del paro no va a durar toda la vida.

—Con unos cuantos meses más es suficiente. Yo cerraba el negocio bien a gusto.

—¿Y en qué ibas a meterte?

—En lo que sea.

—Eso decimos todos pero ninguno estamos ya para valentías.

Se preguntó si se veían tal cual eran, apoyados allí, frente al espejo, como tantas tardes, con el estómago rebosante sobre el cinturón y el habano barato, mirando al otro lado de los cristales el ir y venir de sus propios hijos, las nuevas algaradas, el paso apresurado de los guardias. Ante sus ojos debían cruzar también los oscuros días del final de la guerra, de un trabajo fiado a su voluntad de indianos en propio país, de emigrados no demasiado lejos de sus pueblos.

Sus voces sonaban ajenas, monótonas, sin pausa. Todo aquel confuso mar de razonamientos apenas le tocaba. Contemplando su vida desde las altas torres de su indiferencia y de la indiferencia de los otros, se preguntaba, con la mayor serenidad posible, dónde había vivido hasta entonces, dónde habría que volver a vivir, más

allá del silencio de la casa, más acá de las voces que aún proseguían su sermón inacabable al lado de la barra, entre Paul y el *disjockey*, aquel Paul entre rejas, quién sabe hasta cuándo, dónde, con sus dos alemanes o suizos, con sus aires de hombre de empresa tal como él había llegado a imaginárselo.

Cuando salió, les vio callar a través del cristal; seguramente ahora cambiarían de tema. Tanto daba lo que pensaran de él, se dijo ya camino del despacho.

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted? —Conchita intentó ocultar su timidez, su vergüenza ajena.

—Vamos tirando.

—Me alegro —la colcha o la bufanda monstruosa lamía sus pies, a punto de romper para siempre el cordón umbilical, que aún la unía a las agujas inmóviles.

—¿Hay correo?

Entre sobres ya conocidos y recibos, una blanca tarjeta le llamaba. Tardó en reconocer el nombre, luego las letras se animaron trayendo a la memoria el recuerdo de las visitas a la Diputación.

Miró el reloj donde latía el corazón del muerto y tras un vistazo inconsciente al cielo raso ya, marcó el número. No contestó nadie pero decidió esperar. A fin de cuentas no había pasado demasiado tiempo. Guardó la tarjeta y volvió a mirar el cielo, los viejos mapas a ciclostil ya arrugados, la boa de colores envolviendo los pies de la muchacha, las torres a lo lejos, más allá del cristal, cerca del barrio húmedo, y por primera vez desde su libertad, sintió de nuevo el gusano aquel *whisky*, terrible, vivo aún, y el gusano procaz de la máquina del amor de las dos chicas.

De pronto le llenaba una sensación no conocida de rabia y de impotencia. Sin saber contra quién, sin saber por qué ahora le venía. Aquel modo de flotar entre los demás, al margen de los otros, allá tras su cristal o en sus despachos, le hacía sentirse fuera de juego desde siempre, desde el día en que decidió enfrentarse con el padre, en que le abandonó, en su encierro de hielo y nieve, dispuesto a no pisar otra sombra que la propia, a borrar el recuerdo de la madre, olvidada en sus últimos días en la mezquina alcoba a ras de suelo, a solas sin rencor, sin esperanza, a pocos pasos del amante muerto.

Aquí estoy, bajo la tierra roja de la Cándana, bajo viñas de vino amargo y pan que agita sus espigas en el viento. Mi corazón es de ceniza, mis manos como el sarmiento de la vid, mis pies reposan cerca del agua, que en los meses de nieve se hincha y lava mis heridas, mi cuerpo. Mi vida ya no me pertenece; está arriba bajo el escudo que me retrata jinete armado de todas las armas, según aparecí por el sendero hermano de este río, a punto de alcanzar las Hoces y con ellas la salvación definitiva. Tras jornadas de cabalgar con mis verdugos, su trote, a mis espaldas; tras noches de velar espiando el rumor de su paso, meses después de que abriera los ojos ante su majestad recién venido a verme, como todos.

Apenas volví en mí, apenas se fue haciendo la luz desde la oscuridad primera, desde el terrible sonar de los oídos, supe por sus miradas que todos conocían la novedad. Dieta y caldos ligeros, vomitivos y sangrías abreviaron la cura hasta el día en que pude valerme, alzarme en aquel blando lecho no con jubón y calzas, sino en camisa de seda margomada. Llegaban rostros graves o curiosos. Me miraban, hablaban entre sí para salir después agitando la cabeza en silencio. A medida que pude oír, según el retumbar menguaba en mis oídos, llegaba su charla velada desde fuera: viejas historias que yo nunca conocí hasta entonces en las que otras mujeres lidiaban y vencían como aquella otra Juana que luchó veinte años por recobrar su condado en Bretaña, o las que, con sus señores y maridos, fueron a Tierra Santa dejando en manos de otros las haciendas y los hijos.

Un día se alzó el costado de la tienda y apareció aquel hombre centro de todos los demás, al que con gran respeto todos honraban.

—He aquí nuestra Juana de Montfor —dijo uno y como su majestad le preguntara mi nombre verdadero, respondió—: Juana se llama, pero Juana García.

Entonces el hombre centro de todos, se inclinó sobre mí y era su rostro joven aunque ceremonioso, ya marcado por viajes y vigilias. Me dio a besar su mano al tiempo que decía:

—Pues bien, Juana García; yo voy a armarte caballero y en tu persona hago noble a tu valle, mientras vivas.

Y tomando una espada que le dieron tocó mi hombro con ella, saliendo después tal como vino, rodeado de silencio y respeto.

Entre los rostros que quedaban vi otra vez al caballero, mi

padrino. Era su rostro ahora el menos amigo de, todos. Otra vez las palabras volvieron, su disputar a media voz, sus amenazas. Al amparo del rey estaba a buen recaudo, mas una vez sana, mi vida valía lo que ellos acordaran.

En aquel gran debate se quejaban de ser primeros en el valor y en el tiempo de servir a su majestad; decían que era gran injusticia, hacer tal merced a una mujer, cualesquiera que fueran sus méritos.

Llegó el buen tiempo y con él las campanas a lo lejos, el canto de los tordos, el caminar pesado de los carros. Venían en el viento voces de mando, llantos de heridos, gemir de prisioneros, relámpagos que iluminaban el cielo de la tienda. Mas, sobre todo, el aire era más cálido ya, ni tan duro como en los días anteriores, ni tan duro el dolor en los oídos de donde no volvió a manar aquel humor negro y azul como jugo de arándanos.

Días enteros, pasaron en el mayor de los silencios, rotos tan solo por el canto del pardillo, el fragor de las avenidas en el río y el grito estremecido de los grajos. La luz iba durando más; otro vez descubría la penumbra en torno mío, iba aprendiendo como de niña a escuchar, a entender que no estaba sola, que algunas voces se repetían, preguntaban y volvían, hasta que cierta noche, el oscuro costado de la tienda se alzó y alguien estuvo largo rato mirándolo. Nada dijo ni tuvo, al parecer, intención de entrar, solo miraba en tanto yo velaba con los ojos cerrados a medias. Quien quiera que fuese debió darse por satisfecho, pues dejando caer el paño, a poco se alejaba con un pesado rumor de acero y pasos.

Mi suerte se enderezó al fin en mi cuerpo, ya tan solo postrado de noche, de día renacido antes de que el pinzón alborotara. Pude tenerme en pie, caminar hasta el río, contemplar el aturdido volar de las palomas, el camino invisible del gavilán entre las nubes y acercarme al rescoldo de las hogueras hasta saciarme del aroma de los chopos.

Y un día en el umbral, al resplandor de la primera niebla descubrí a mi padrino. Iba aliviado de armas, como de viaje y con gesto amigo me saludaba. Me hizo saber cuán dolido por mi causa estaba, quejándose de que no le avisara mi verdadera condición. Yo respondí que tuviera a bien perdonarme, recordando que a quien dices tu secreto le das tu libertad.

Guardó silencio como meditando y respondió con voz grave:

—No seré yo quien vaya contra vuestras razones mas todas aquellas cosas cuya posesión es agradable, más vale poseerlas que esperarías.

Y creyéndome enferma aún o fiado de mi vestido nuevo dio en venir sobre mí sin escuchar mis ruegos ni mis voces. Por mi fortuna otras se alzaron, acudiendo presto gente de armas que consiguió apartarle tan a su pesar como si el honor o la vida le fueran en ello. Miró a los que le llevaban y sin decir palabras, tal como apareció, volvió a borrarse en la niebla.

Nunca le volví a ver pero sí a su gente. Nunca olvidé aquel rostro ni su modo de hablar de las mujeres en nuestro viaje tratándolas de albañal, templo pintado, cabeza de pecado, ruina del Paraíso, como en Cuaresma los predicadores.

Yo, escuchando tales palabras, me preguntaba luego si no andaría retratándose a sí mismo pues no hay quien muestre tan rabioso desdén por algo que no desea o teme. Mas alma sola ni canta ni llora y así le fui olvidando a medida que se acercaba el día de la partida. Ya deseaba verme camino de las Hoces, entre sus fauces grises, sus cardones azules y los penachos florecidos de sus cimas.

De día dormíamos, de noche cabalgábamos. Siempre lejos de pasos y aldeas, con las armas a punto y los ojos abiertos, alertas los oídos a los rumores que a lo largo de los cerros se alzaban al amparo de la luna llena. Volvimos a cruzar los solitarios páramos, bien dormidos ahora, sus bosques de macizas espadañas y llegamos a avizorar nuestra ciudad con sus macizas torres y su mercado recogido al pie de las murallas.

Dormimos lejos, más allá de los arrabales y con la luna ya menguando, otra vez la dejamos, paso a paso, en el silencio de la cuesta, hasta borrarla de nuestras espaldas, crecida en sus rebaños pero más reducida que en tiempos de guerra. De nuevo reconocimos nuestro río. Supimos de él por sus aguas tan limpias, transparentes, por las olmedas chaparras, y los álamos enormes, agitando sus cabelleras en lo alto, desafiando al viento.

Volvimos a sentir su voz, el paso lento de los bueyes en el limo, el redoblar solemne de los pozos, el tañido perpetuo de los cistos. A su orilla escuchamos también, por vez primera, los pasos de nuestros seguidores, los cascos de su hueste, cada vez más cercanos.

Fuimos robando horas al día, durmiendo poco, luchando por poner tierra entre sus ansias y nosotros, pero fue inútil. Al salir de La Cándana, entre el vino y el pan, me alcanzaron como mi escudo dice. No venía el caballero con ellos, pero yo le reconocí en el pavés de sus verdugos, en su saña hasta dar conmigo en tierra, en su afán por borrar hasta mi nombre.

Nadie pudo valerme, nadie acudió a mis voces. Mi siervo cayó herido y aquí estoy, cerca del agua que lava mis heridas, del cierzo que es mi amigo y no me toca.

La primavera llegaba en avalanchas constantes, apenas el sol tocaba los neveros. Las fuentes descubrían en los mansos recodos su cauce desigual entre mimbres y cistos, en tanto los rebecos, con los flancos escuálidos por la dieta invernal, volvían a asomar buscando nuevos pastos. La carretera aparecía bajo las grandes lastras de hielo y nieve. Luchando con ellas, como todos los años, se acercaba, avanzando poco a poco, la furgoneta del vino y el pan, del tiempo de abundancia.

—Este año cayó bien —gruñó el que conducía, contemplando los montes en torno.

—Por lo que no trajo el otro —repuso el ayudante.

A lo lejos se escuchaba la llamada insistente del cuco y el conductor por salvar un bache más duro que los anteriores, a punto estuvo de sacar las ruedas del arcén.

—Otra de estas y nos vamos al río.

—Puede que no se esté tan mal abajo.

—Mejor lo pruebas tú antes y luego me lo cuentas.

De nuevo lanzaron una mirada al camino y los prados ya desnudos allí donde la nieve se había retirado. En lo alto aún se alzaba cerrada la venta, junto a la raya divisoria.

—¿Se sabe si la arriendan este año?

—Hasta ahora no.

—Con el buen tiempo volverá a ser negocio. Al menos los domingos.

—Un buen hotel sí sería negocio.

—Un buen hotel en invierno, ¿para qué? ¿Quién se viene hasta aquí con las Hoces por medio?

—Ahí tienes a los viejos.
—Esos no cuentan. Lo mismo que si estuvieran bajo tierra.
—Pero ellos no se van.
—Igual que si se quedan.
Las ruedas patinaban. Por un instante el motor se aceleró como girando en el vacío. El conductor se apeó maldiciendo y fue a echar un vistazo a los neumáticos.
—¡Solo faltaba esto! Tener que echar mano a las cadenas por dos viejos de mierda.
—Nos volvemos y en paz.
—¿Y dónde damos la vuelta?
Continuaron el camino resignados. Ya en el último recodo del río asomaba la iglesia junto al salto y la piña de muros. El conductor señaló el pueblo vacío y con un gesto, concluyó:
—El mejor negocio, quedarse en casa como esos dos, sin deber nada a nadie.
—Por lo que compran, pocas juergas deben correrse.
—Veremos este año qué se les antoja. Cuanto más viejos, más caprichosos.
Detuvo la furgoneta a la entrada, donde aún campeaba el nombre de las ruinas, y se apeó de un salto. El ayudante también había echado pie a tierra y se frotaba las manos intentando calentarlas. A pesar del sol, la tierra en torno respiraba una helada humedad que les hizo volver a la cabina a por las cazadoras.
—¡Qué cabrones de viejos; vaya sitio que se fueron a buscar!
—¡Más cabrones nosotros por venir a buscarlos!
—A ver si terminamos pronto.
La pareja, tras calzar las ruedas traseras y lanzar un vistazo sobre andenes y regueros, se acercó a la primera de las dos casas en pie. El chófer llamó a la ventana de la cocina y al no llegar respuesta, se metió en el corral, seguido del compañero, cuidando de no pisar los charcos.
—Estará en la cama. Estos duermen más que el tejón. Se pasan el invierno entre las mantas.
En el corral tampoco respondió nadie. La puerta abierta golpeaba en el quicio monótona. Las últimas lluvias habían dejado su huella podrida y olorosa en el arranque de la escalera.
—Es raro —dijo el chófer.

—¿Qué es raro?
—Esto así, tan callado.
—No van a estar cantando. Se habrá ido.
—No se adonde.
Siguieron hasta la cocina y otra vez murmuraba en los rincones el afán de rumoroso del agua. Aún quedaban restos de comida en los platos y en la alcoba, la cama aparecía deshecha.
—¡A esto llaman vivir! —insistió el muchacho.
Pero los pensamientos del chófer andaban lejos de allí, al otro lado del corral enfangado.
—Vamos a ver qué cuenta el otro.
—Lo mismo se marchó también.
—¡Cualquiera sabe!
Descubrieron los restos del canal iniciado en la nieve, apenas reconocible.
—Se ve que estuvieron espalando.
—¡Lo que no se le ocurra a esta tropa! —comentó el muchacho moviendo, divertido, la cabeza.
Al empujar la cancela del segundo corral una nube de grajos se alzó pesadamente. Por un instante, un vendaval de graznidos y alas les envolvió aturdiéndoles antes de irse a posar en los tejados vecinos.
—¡La leche, vaya escándalo! —maldijo el joven defendiéndose aún de la avalancha—. En mi vida vi tanto bicho junto.
De nuevo el chófer llamaba inútilmente.
—Nada. Aquí tampoco están.
—Pues a la próxima los vemos. Vámonos; lo mismo andan en el monte atropando leña.
—¿Y esa de ahí? —el chófer señalaba el montón de retamas. Y antes de que el ayudante respondiera insistía—: Calla, ¿no hueles? —En un instante el viento se había calmado. Del fondo de la casa se alzaba un hedor que, poco a poco, borraba el del estiércol.
—Será algún perro muerto. Vámonos.
Pero el chófer ya entraba. El muchacho le oyó abrir puertas y apartar cortinas. Luego, de pronto, volvió a trompicones.
—Hay que dar parte abajo.
—¿Qué pasa?
—Mejor es que no entres. No es un plato de gusto.

—¿Están ahí?

—Está uno. Bueno, lo que queda.

EL muchacho dudó entre el temor y el acicate de aquel hedor que era cada vez más rancio, insoportable, pero ya el patrón se alejaba a buen paso y decidió seguirle, alcanzándole cuando ponía el motor en marcha. Con las prisas se olvidó de quitar las calzas y tuvo que bajar de nuevo.

—Un día se te olvida la cabeza.

El ruido del motor apenas espantó los grajos. En los tejados, en las tapias vecinas, parecían aguardar a que los dos intrusos se alejaran. De cuando en cuando se estrechaban o reñían alzando al aire sus picos rojos, sus uñas enormes coronadas de penachos.

La iglesia fue abierta por última vez para los responsos de ambos. Tal como habían vivido, allá quedaban juntos. Ya los parientes se despedían con frío y tedio, con los pies helados y la prisa empujando, con la miradas medrosa en los altos. Y sin embargo aún tardaría el sol en ponerse y el cielo sería ya siempre terso hasta septiembre al menos. La breve caravana descendía suavemente por las cuestas vecinas al salto, al final de las cuales esperaban los coches aparcados. Comentaban el valor del más viejo enterrando al compañero, su muerte solitaria tan cerca y a la vez tan lejos.

—Quizás fue el corazón.

—Puede que resbalara. A su edad no se puede vivir de esa manera.

—¡Quién se lo iba a decir! Tanto tiempo sin hablarse. —Ahora tendrán de qué. Más juntos, imposible.

Abajo junto a la carretera, ambas familias se intercambiaban pésames que eran despedidas definitivas. Los coches arrancaban y de nuevo quedaba solo el rumor del salto y aquel canto del cuco repetido, igual que una llamada de atención, ajena a aquel desfile de ternos y coches nuevos.

Pensó que le tocaba volver solo, mas al cerrar la casa sin saber para qué, una voz le llegó del otro lado de las tapias.

—¿Se marcha ya?

—Aquí queda poco que hacer.

—No sé sí me recuerda.

—Así, al pronto…

Se acercó con la pesada llave aún en la mano, sin saber qué hacer con ella, si llevarla consigo o esconderla en la ventana como antaño.

—Ahora sí.

Del periódico. Sus idas y venidas. Los titulares, las visitas a la Diputación, el helicóptero. Incluso le vino a la memoria la tarjeta con el teléfono al que no volvió a llamar.

—Vine a hacer una nota para la última página. A última hora me falló el fotógrafo.

—Aquí hay poco que sacar.

—Ya sabe; cosas del director que cuida la provincia. De todas formas —dudó, lanzando una mirada más allá de la venta, donde la carretera terminaba—, yo quería charlar con usted. Le mandé una tarjeta. No sé si la recibió.

—¿Hace mucho?

—Un mes o dos. Puede que más quizás. Pero es igual; lo arreglamos ahora. Si es que no tiene prisa.

—Prisa ninguna —miró sin querer el reloj, el corazón del otro—. Mejor hablamos un poco más abajo.

—Yo conozco un bar, pasadas las Hoces. Si quiere voy delante.

En el bar, ante unos vasos, bajo el zumbido de la televisión, incapaz de acallar las voces de la barra, el periodista se explicaba. Paul andaba detenido, pendiente de juicio en Francia. Tan hábil siempre, le fueron a coger en lo más fácil.

—Sería una denuncia.

—¿Por sacar esos santos? No lo crea. Eso es cosa de nada.

—Bueno, por lo de las divisase. El otro rio como arriba en la montaña. Miró por un instante su cigarro y añadió:

—Su amigo de usted no andaba solo. En los últimos meses se dedicaba a sacar dinero en cantidad.

—¿De quién?

——De, quien fuera, con esto de la crisis. Ya sabe: evasión de capitales se llama la cosa.

—¿Para cuánto tiene?

—No sé cómo anda eso. Lo que está claro es que aquí le va a ser difícil volver. Los otros, los suizos, fueron más listos. Se olieron algo y dieron la espantada.

El otro volvió a reír entre dientes, apurando el cigarro, frunciendo el bigotillo. Bien se veía que la suerte de Paul no le importaba, ni era el motivo de su presencia allí.

—¿Es fiesta aquí? —preguntó viendo cruzar más allá de la ventana unos cuantos muchachos con luces y guirnaldas.

—Mañana.

—¿Qué santo?

—La fiesta de la Dama.

Respondió con un vago gesto que nada decía, en tanto las voces, el dominó, el rumor de la televisión arreciaban. Sirvió dos nuevos vasos y dejándose caer sobre el respaldo de la silla cambió de tono.

—Lo que yo quería tratar con usted es un asunto que debe quedar entre nosotros.

Se preguntó a qué tanto misterio; qué podían tener los dos en común, salvo aquella aventura de las muertes, las breves notas en el periódico y aquella intervención inútil consiguiendo por un día el helicóptero.

—No me entiende. No van los tiros por ahí.

—¿Por dónde entonces?

—Le estoy hablando de la nueva carretera.

Se le quedó mirando sin comprender.

——No me entiende, ¿verdad?

—Pues no.

—La carretera van a pasarla desde el puerto donde esquían ahora hasta el otro donde estuvimos esta tarde.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo que he tenido en mis manos el proyecto.

—De eso se ha hablado muchas veces ya.

—Pero nunca se ha hecho un estudio como ahora. Yo le digo que, para el año que viene, es cosa hecha. En cuanto que la gente suba a esquiar, imagine a cómo van a ponerse los terrenos. Usted tiene unos cuantos, ¿no?

—Algo… sí.

—Aparte de los que podrían comprarse.

—¿Con qué capital?

—Para eso están los créditos. Sobre un proyecto así, podrían buscarse.

Todo era vago y a la vez al alcance de la mano. Rancio de puro

viejo y a la vez tentador como un cuento de niños.

—Yo puedo presentarle a alguien que a lo mejor está dispuesto. Usted podría comprar allí sin llamar la atención. A fin de cuentas algo así iba a hacer con su amigo. A nadie va a chocarle, haciéndolo con tiento.

Ya la noche caía. Los preparativos en el jardín de la capilla progresaban. Ahora probaban los nuevos altavoces.

—¿Y en todo eso qué parte llevaría?

—Sobre ese punto llegaríamos a un acuerdo.

De nuevo aquella absurda sensación de realidad. Abandonar para siempre a los colegas, irse a vivir definitivamente con la mitad más joven de la máquina del amor, ahuyentar pata siempre la secretaria y su boa de colores, olvidar el cuarto helado, la ira de Adela y sus vestidos prestados. De pronto todo estaba allí como un regalo de Reyes demasiado concreto para ser verdadero.

—Y no es ese negocio solo. Van a poner en marcha un plan para llenar de estaciones la sierra. Todo eso del esquí está de moda. Esto de ahora es nada más el principio.

—Eso también se ha dicho siempre.

—¿Y si le enseño la fotocopia del proyecto?

El recuerdo de Paul fue y vino en un relámpago.

—Eso no parece muy legal.

—Por eso hay que pagarlo.

Pensó en la mitad joven de la máquina del amor. Aquella noche de nuevo pasaría a recogerla. Era suave, cálida y dulce y nunca preguntaba ni de dónde venía, ni en qué negocio andaba, ni cuándo pensaba irse. Hablaría con ella, sentía curiosidad por conocer la opinión de alguien que distinguía tan bien el mundo a un lado y otro de la barra.

—Lo pensaré.

—Llámeme al periódico.

Fuera se detuvieron ante los dos escudos de la Dama, iluminados por la luz de los ensayos de la fiesta.

——Están medio borradas las letras.

—Por eso unos la llaman «la que no tiene nombre» y otros la Dama a secas.

El cura, satisfecho de sus preparativos, apagó la luz. Solo quedó brillando la bombilla de entrada y la salida a la negra carretera. Los

dos escudos volvieron a la penumbra de su tiempo, quedaron otra vez borrados entre el suave rumor de las parras silvestres.

Ya nunca más volví a tierras de las Hoces. Cuando torné del mundo de los muertos, arrastrado por las voces de los que a mi lado caminaban, solo alcancé a ver la huella del carral por donde el asno caminaba con mi cuerpo terciado sobre el aparejo. No iba mi compañera a mi costado. Tan solo alcancé a ver, tras los cascos del animal, un par de pies desnudos mal cubiertos de gastadas sandalias. Mi lamento, que al compás del camino se iba alzando, les hizo detenerse, y, otra vez cara a la luz del sol, vi dos hombres con hábitos raídos, de cabeza pelada y ademanes pesados. Me dieron de comer y luego, sobre el ruin animal, con los pies casi rozando el polvo de la tierra, continuamos hasta caer la noche. Pronto vi que no enfilábamos las Hoces; el sendero subía más cada vez, como buscando lo más pino de los montes, hasta llegar a salvarlos y volver a caer, siguiendo las gargantas de menudos arroyos, entre bosques de castaños. Ninguno de los dos hablaba, ni siquiera en las comidas, solo una vez y para darme cuenta del final de la Dama, muerta, nunca se supo, si por el rey arrepentido de sus mercedes o por el caballero o por el odio de los nobles. Atrás quedaba sin lápida ni cruz, marcado el lugar de su cuerpo tan solo en la memoria de los hombres.

En la sexta jornada, dimos vista a la casa de mis acompañantes. Desde lo alto se veía brillar la pizarra de sus techos, la torre de macizas campanas, los canales del agua que regaba sus huertas.

Allí me dieron techo y cama; allí volví a mi nuevo ser, este que soy ahora, lejos de nuevos lances, muertes y vanidades, tras pedir formar parte de su grey y su vida, más dura y penitente que cualquier otra guerra.

Tres días hube de estar, según manda la regla, ante la puerta del convento, soportando la prueba de humildad, los agravios, insultos e improperios de los otros monjes y un año más, una vez admitido, sirviendo en la enfermería a los ancianos heridos por el mal de la edad, solteros y casados, niños, mujeres, huidos de la justicia, arrepentidos y rebeldes que era preciso reducir a golpes de vergajo. La regla lo quiere así y así se mantiene la fe y la disciplina en este

nuevo ejército, perdido entre neveros, robles y grutas de ermitaños. Todo es aquí olvidar el mundo y esperar el día señalado, comer apenas, orar, obedecer, dormir poco y velar a toda hora. Borrar dentro de sí toda especie de orgullo, todo antiguo heroísmo, linaje, elocuencia o sabiduría, olvidar más que nada el demonio de la carne, cuyos pecados son tenidos por más graves.

Fue al final de mi año de prueba cuando uno de los monjes cayó en él, arrastrando a dos jóvenes novicios, Sorprendidos, fueron llevados a juicio público y una vez confesada su falta, desnudos ante la comunidad, raparon sus cabezas hasta borrar de ellas las coronas. Luego, uno tras otro, escupimos sobre sus rostros y azotamos su espalda hasta hacerles perder el sentido, hasta que a una señal del abad quedaron encerrados, a pan de cebada para nunca más volver a la orden.

Así llegó el día de olvidar para siempre el mundo más allá de los tapiales de la huerta, dar la espalda a la vida pasada y acogerme para siempre a mi nuevo techo y mi nueva familia.

En aquel alevín de catedral, oscura y sin ventanas ni vidrieras, recibí el nuevo hábito, el que, ya de por vida, nunca abandonaré. Retumbaron las letanías en las oscuras bóvedas, en tanto mis cabellos cortados iban cubriendo el suelo en torno a mis pies. Las voces a mi espalda pedían para mí humildad, sabiduría, fortaleza, en tanto el coro contestaba y yo lo deseaba esperando a la vez ver mi nombre en el pacto, junto a los de los otros monjes.

Como quien jura fidelidad a un rey, así juré yo en presencia de mis nuevos hermanos ser buen discípulo de Cristo, no cambiar de lugar, no murmurar, aceptar el veredicto del consejo de ancianos.

Llevé mi nombre hasta el altar y me hice siervo voluntario de Cristo, bajo el oficio honrado de enfermero. Bajo mi mano están los apestados, los heridos, los huéspedes y peregrinos. Oigo hablar muchas lenguas pero ninguna me dice nada de mi valle. Cada día debo mullir las camas y lavar muchos pies maltrechos, a lo largo de viajes interminables. Mas ninguno de esos negros muñones cruzó ante el escudo que nada dice, frente a la puerta que nada guarda, bajo el cierzo y la nieve. Ninguno conoce el nombre de mi Dama y aunque yo pienso en ella nada digo. Pero ni el hambre, ni la mesa escasa, ni los ayunos rigurosos me llevan a olvidar los días del halcón en el monte, ni las jornadas junto al Duero. A veces entre

sueño y sueño, o a la hora prima, cuando rompe el día, creo verla tal como un día la vi, bañándose en la acequia. Otras me mira desde el rincón oscuro de la noche o parece que escucho su voz entre el rumor perenne de los salmos. Nunca desaparece, nunca muere del todo, el Señor me perdone. En este ruin silencio que crece cada día, su recuerdo crece también, el tiempo pasa y temo que acabe por entrar en mí, echar por tierra mis votos y propósitos, arrastrándome por siempre, otra vez en los brazos del mundo, lejos de estas paredes, patria definitiva, cuando ya siento tras de mis propios pasos, el paso quedo y medido que anuncia a la sin nombre.

Cuando la luna se alza arrojando del cielo las estrellas, envuelta en su halo de bruma que la hace medrar y la borra a un tiempo, la que no tiene nombre viene al paso de su caballo ruin por el camino de las Hoces. Tronco, cabeza y miembros lleva cubiertos de un acero tan negro como el que allá, en lo alto, se vuelve ceniciento. Yelmo, morrión, briales brillan sordos en las manchas de sangre, sobre el hierro pavonado, sucio del barro de La Cándana. El rostro se adivina partido por la oscura cicatriz de una gran cuchillada. Sus ojos, que la visera cubre, deben mirar en torno los pastos vacíos por donde el río baja tras el deshielo repentino, las aldeas desiertas, los caminos. A su paso medido calla el hurón y el búho, hasta el tejón suspende su trabajo; el viento queda amarrado a los alisos. Tan solo el agua, sin el freno del hielo, permanece. Tras la huella en el polvo, va quedando el puente del ahorcado con sus restos de sogas que pregonan justicias y crímenes.

A medida que los cascos resuenan sin rozar la tierra, van quedando detrás, baldíos y huertas, ventanas ciegas y postigos rotos y arriba, en el horco de los montes, osamentas de iglesias carcomidas. En los días de cierzo y ventisca llega, acude puntual la que no tiene nombre. El agua no borra la sangre helada de sus armas, ni estorba su caminar, su paso. Su mirada, por el contrario, la lleva entre los remolinos y avalanchas que desde la sierra deja escapar la gran ventana, Su caballo cruza despacio entre los vientos recios, sobre el cristal del hielo que teje sus hilos medrosos sobre vados y torrentes, que anida en los tejados, derrumbando nidos y cal, aperos y aparejos olvidados. Atrás queda la sombra de la barba

florida, durmiendo bajo el estiércol y los dos solitarios, arriba, entre los lirios. Queda a su espalda la mujer abrazada ya para siempre a su amante vecino en el cálido vientre de la tierra, los corrales desiertos y la venta sola.

El valle entero se va cerrando, su propio valle, su propia imagen en el escudo que nunca dijo nada, sobre un portal que nada cierra, que no existe ya, derrumbado por tierra. Toda su vida, que es la vida del valle entre sus dos cordilleras, va con ella como un viejo fardel que el viento bate, que sé diría quiere desprenderse. Mas la mano de la sin nombre lo vuelve a su lugar, lo atenaza, lo domina. Una y otro, Dama y tiempo, a medida que la ventisca crece, se estrechan y confunden hasta borrarse, sendero arriba, camino adelante, rumbo a las altas cumbres de la sierra.

En *La que no tiene nombre* se aúnan dos historias con el escenario común de la montaña de León, en sus límites con Asturias, donde Fernández Santos ya desarrolló *Los Bravos*. El episodio histórico se sitúa en la Edad Media, recreando la tragedia de una mujer que realmente combatió con los Reyes Católicos, siendo asesinada por otros caballeros que envidiaban su posición. La narración más actual se refiere a un pueblo en el que no quedan más que dos habitantes, que se resisten a abandonarlo, esperando la muerte y recordando la guerra. Todo ello en medio de un lirismo, una tensión contenida y una riqueza de lenguaje difícilmente comparable, en que la muerte es el principal protagonista.

Algunos críticos consideran que *La que no tiene nombre* es la obra maestra de Fernández Santos.

Jesús Fernández Santos

La que no tiene nombre